

FRANÇOIS
MAURIAC

PREMIO NOBEL DE LITERATURA 1952

VIDA DE
JESUS

NOVELA



PLAZA & JANES

P & J

EL AVE FENIX

FRANÇOIS
MAURIAC

PREMIO NOBEL DE LITERATURA 1952

VIDA DE JESUS

NOVELA

PLAZA & JANES
EDITORES, S.A.

Título original:

Vie de Jesús

Traducción de

F. Oliver Brachfeld

Portada de

Jordi Sánchez

Primera edición: Junio, 1985

«El Cristianismo reside esencialmente en Cristo, más en su Persona que en su doctrina. Así, pues, los textos no pueden desvincularse de Él, sin que pierdan al instante su sentido y su vida. Toda la sagacidad de los críticos, toda su paciencia y su lealtad han podido prestar, y en efecto los han prestado, eminentes servicios para el estudio material de los libros en los que la Iglesia primitiva compendió su creencia. Tales cualidades de los críticos no hubieran podido, sin la fe, ayudarles a penetrar en la vida interior de los textos, comprender la continuidad, el movimiento y el misterio que encierran bajo el Esplendor de la Presencia que constituye el alma de los mismos.»

MAURICE ZUNDEL

(El poema de la Santa Liturgia.)

© Flammarion
© PLAZA & JANES EDITORES, S. A., 1976
Virgen de Guadalupe, 21-33
Esplugues de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN 84-01-42161-6 - Depósito Legal B 22368-1985

PRÓLOGO A UNA NUEVA EDICIÓN

Apenas se ha lanzado un libro, el autor desearía retirarlo, sobre todo cuando ha tratado en él el único tema que importa, y asimismo el único que no se puede traicionar. ¡Pero es ya demasiado tarde! Millares de personas leen la obra, e inmediatamente protestan; los mismos reproches surgen de todos los puntos del horizonte. Entonces el autor se emociona: «Acaso sea verdad que Jesús testimoniaba a su madre más ternura de la que yo había señalado. Y luego, al describir su aspecto físico, ¿tenía yo el derecho de prescindir de un documento tan capital como el Santo Sudario de Turín? ¿Tenía el derecho de sustituir ese calco con una imagen personal que yo mismo me había formado según unos datos de orden psicológico, no desde luego de un artesano feo o endeble, sino de un galileo parecido a todos los demás y tal como, en fin, lo vio Rembrandt? Ahora bien, el hombre flagelado cuya huella la fotografía ha revelado en la reliquia de Turín, era muy alto y su rostro debió de ser sin duda tal como el que aparecerá un día en las nubes desgarradas del cielo,

con una gran majestad y una gran gloria... Y, ¿por qué haber desprovisto de todo contorno a la figura de María de Magdala?»

Por consiguiente, he procurado efectuar algunos retoques en todos estos puntos y aun en varios más, en la pequeña medida en que me ha sido factible, sin llevar a cabo una refundición completa de mi libro.

He de pedir, pues, perdón a los exegetas a quienes haya irritado o zaherido; pero no era mi propósito entregarme a la crítica de los textos. El Nuevo Testamento, tal como se nos ofrece hoy, es la historia de un hombre de rasgos bien definidos y cuyo retrato psicológico podemos intentar dibujarlo cada uno de nosotros. Quise mostrar que «ese documento respira», como dice Claudel, y que en ninguna otra historia advertimos alentar a nadie, como ocurre precisamente en ésta.

No es que menosprecie la crítica histórica, ni tampoco que sea para mí completamente extraña. Salí del colegio en plena crisis del «modernismo». En los primeros años de nuestro siglo, la fe de un joven católico se veía asediada por todas partes. La persecución del «combismo» en Francia no significaba nada al lado de los ataques contra la doctrina, los más poderosos de los cuales fueron conducidos en el interior mismo de la Iglesia con una habilidad y talento «endiablados».

El que a la sazón se llamaba aún abate Loisy, no publicaba nada que yo no leyese con una avidez dolorosa. Algunos de sus rasgos me afectaron profundamente; como, por ejemplo, cuando decía que no poseía en el mezquino repertorio de sus conocimientos la idea de ciencia aprobada por sus superiores. Creía cuanto decía, y, para no ser menos, sacrificué los versículos que el sabio abate denunciaba como interpolaciones. ¿Confesaré hoy que por culpa de él y de sus émulos me abstuve

durante años de leer el Cuarto Evangelio? E incluso en los sinópticos, me aparté apenas del texto de san Marcos.

Como muchos católicos ofuscados de aquellos años, las dificultades históricas me incitaron también a buscar en otras partes de la historia los fundamentos del Credo, al que no dejaba de adherirme siempre. El Cristo viviente en la Iglesia, viviente en los santos y en cada uno de nosotros, autentificaba al Cristo de la historia. Fui a la sazón lector asiduo de los *Annales de philosophie chrétienne*. La revelación interior, sin sustituirse en el hecho histórico de la Encarnación, debía de ser suficiente, según creí entonces, para invalidar las argucias de los historiadores. Volví a encontrar en mis apuntes numerosas citas del padre Tyrrel y de los apologistas de la Inmanencia.

Desde entonces, la Iglesia ha separado entre ellos la cizaña del buen grano. En cuanto a mí, atestiguo que me vino mucha luz de este lado y que, muy lejos de desapegarme del Cristo de Nazaret, el estudio del Cristo interior me condujo a Él. El conocimiento del río había hecho que me apartara de toda inquietud con respecto al manantial: el gran árbol lleno de pájaros me hizo mirar sencillamente el grano de mostaza.

Poco a poco me fui acostumbrando a examinar más fríamente ciertas objeciones. Saltaba a la vista que Monsieur Loisy y sus discípulos partían de un «a priori» tan exigente como podía ser mi fe en Cristo: la imposibilidad de admitir en el plan de la historia nada que pudiera implicar la existencia de lo sobrenatural. Esta negación no ha terminado aún de suscitar las hipótesis más gratuitas, las conjeturas más atrevidas. De ser yo indiferente a estas materias, juzgaría hoy que la crítica ortodoxa tiene para sí, por lo menos, que apoyarse en una tradición, mientras que las opiniones contradictorias de sus adversarios, salvo en algunos puntos que de ninguna manera son

esenciales, no son más, en la inmensa mayoría de los casos, que criterios que sólo corresponden a las exigencias de la controversia.

«¡Cuántos esfuerzos para oscurecer la divinidad de Cristo —ha escrito admirablemente Paul Claudel—, para empañar ese rostro insostenible, para rebajar el hecho cristiano, para borrar los contornos bajo las finas vendas entrecruzadas de la erudición y de la duda! El Evangelio reducido a pedacitos no constituía ya más que un montón de materiales incoherentes y sospechosos en donde cualquier aficionado podía buscar los elementos de una construcción tan presuntuosa como provisional.»

Cuando hoy día se me ocurre volver a leer aquellos mismos textos que antaño me habían turbado, u otros más recientes, me doy cuenta de que me hallo entre personas apasionadas, con los confesores de una fe imperiosa. Necesitan tener la seguridad de que ese Jesús haya sido un hombre parecido a los demás, un agitador como hubo tantos antes de él y después de él. Sin embargo, ¡cuánto mejor hubiese sido y cuánta mayor confianza nos daría que nunca hubiese nacido! ¡Ah, sí! Muchísimo mejor hubiese sido que aquel hombre jamás hubiera nacido. Los que le han traicionado podrían entonces dormir en paz, con la cara vuelta hacia la nada.

¿Diré todo cuanto pienso? La ausencia de serenidad en algunos profesionales de la exégesis, todos los razonamientos apasionados, las demostraciones hechas con una voz temblorosa, ese estremecimiento mismo, brinda testimonio a Aquél a quien ellos sólo mataron para sí mismos, pero que se obstina en sobrevivir y orientar millones de destinos. Ignorando hasta el nombre de determinado profesor, me bastaba sólo la tónica de su diatriba contra mi librito para adivinar de dónde venía aquel hombre y de qué negras vestiduras se había despojado.

Tampoco vosotros podríais hablar de Él con desapego. También vosotros estáis envueltos en una lucha. También vosotros sois testimonio de Aquél a quien intentáis destruir.

La Faz súbitamente revelada gracias a la fotografía del Sudario de Turín no es sino el signo sensible de un milagro más asombroso; bajo los furiosos golpes de la crítica y desde hace un siglo, este rostro continúa incólume; combatido sin tregua, el fuego inextinguible no cesa de incubar sordamente en la selva humana. Los adversarios llegan hasta el extremo de la negación, niegan que ese hombre hubiese existido jamás, denuncian en su historia un mito nacido de la esperanza humana. Hablan y escriben; pero Él siempre está presente, designado por los mismos golpes que se pretende asestarle: «Allí donde estará el cuerpo, escrito está que se reunirán las águilas...» Y entre los que se apretujan en torno al Resucitado, tan sólo hay águilas.

Sin embargo, nadie conoce como yo mismo los puntos débiles de mi obra. Después de tantos artículos y cartas recibidas, ya no puedo dudar, si no de haber deformado a Cristo, por lo menos de haber proyectado sobre su figura un juego de sombras y de luces, según oscuras preferencias mías. Hice hincapié en lo tocante a mis preocupaciones, y ante todo en ese furor del Hombre-Dios, en cuyo punto mi espíritu en realidad tropieza; como para probarme a mí mismo que no asombra mi fe. Aquella aspereza y violencia las relacioné con una idea acaso demasiado humana del amor; creo que en Cristo no se oponen al amor, sino que, al contrario, son precisamente el signo de él.

Y luego, en el debate que asoma en todas las páginas de mi libro, y que es el debate de la Gracia, es muy posible que me haya inclinado a un lado, apartando demasiado al hombre, dejando

en fin, los corazones son alcanzados a pesar de todo, si debían serlo...

toda iniciativa a Jesús, fiándome en esta opción y preferencia soberana: «No me habéis escogido vosotros, soy yo quien os escogí.» Todas las contradicciones del Evangelio quedan resueltas si uno consiente en que Dios, que es amor, no cede nunca sino a aquellas razones del corazón que se emancipan a la misma razón.

Tal como en una obra del genio humano cada uno de nosotros se forma un reino a su medida, todo cristiano busca en Cristo a su propio Salvador; y he aquí precisamente la maravilla de que, habiendo venido para cada uno de nosotros, descubrimos entre todas sus palabras las que nos dirige en un plan particular, mientras que otras alcanzan a almas más elevadas y son mejor comprendidas que aquellas cuyas dificultades no se parecen en nada a nuestro drama, a nuestro tormento secreto.

A pesar de la imagen demasiado personal de Cristo, que el autor haya podido brindar al lector, bien sabe que su libro llegó a turbar, afortunadamente, conciencias adormecidas. Sentimos tanta vergüenza al hablar de Él, cuando nuestra vida está completamente mezclada en este mundo por el que no quiso rezar, que nos es preciso detener nuestro pensamiento sobre esta verdad de nuestra existencia: todo ocurre como si cada cristiano tuviese sus tierras fijadas de antemano en el campo del Padre, tierras que deben ser labradas y sembradas. Y, a despecho de nosotros, lo esencial de nuestra tarea se cumple a través de nosotros mismos y casi a pesar de nosotros. La Gracia nos utiliza a pesar de todo para un designio que nos rebasa: como si el autor de un drama hiciese de apuntador para un mal actor que representa un papel sólo con los labios y a pesar suyo; como si acabase por sustituirse a sí mismo, sin que el público se diese cuenta. El éxito alcanzado está lejos de lo que hubiera sido en el caso de que el actor hubiese sido fiel a sí mismo; mas,

El crédito que este libro halló entre un vastísimo público muestra lo que, con una horrible frase, nos vemos obligados a llamar «La actualidad de Cristo». El momento histórico en que nos encontramos, nos ayuda a penetrar la cuestión misteriosa que el propio Jesús se planteó, dejándola sin respuesta: «Cuando vuelva el Hijo del Hombre, ¿encontrará aún fe en la tierra?» Hoy vemos ya lo que sin duda encontrará: una preparación a la fe, en la casi inexistencia de toda creencia positiva, una extraordinaria disponibilidad del alma humana. Las multitudes derrengadas y desprovistas de pastor cuyo ganado invade las avenidas de las grandes capitales y que a tropicones andan detrás de las oriflamas, al servicio de unas doctrinas que pertenecen al Tiempo, dilapidan un tesoro de desinterés y amor bastante grande para adquirir la vida eterna, en el día en que Aquél, que es la vida, aparezca y diga:

—Yo soy, no temáis nada.

Lo que, más que ninguna otra razón, me ha movido a escribir esta «Vida» es precisamente la necesidad de volver a encontrar —de tocar con la mano, por decirlo así— al Hombre viviente y que sufre, cuyo sitio queda vacío en medio del pueblo: el Verbo encarnado, esto es, un ser de carne, de una carne semejante a nuestra carne. Algunos de mis contradictores (y entre otros Monsieur Edouard Dujardin) se asombran de que yo no sintiera como ellos la tentación de ahorrar a Jesús los relajamientos de la vida carnal, para atribuirle única y exclusivamente una vida totalmente espiritual. Porque un Couchoud o un Dujardin, no son unos blasfemos, ni, dicho propiamente, unos ateos; sólo niegan la existencia histórica del Salvador para asegurarle una vida in-

dependiente de todo cuanto limita, mengua y humilla en Él a Dios.

Aun cuando esta tentación jamás haya hecho mella en mí, en este punto he cedido siempre a una exigencia de mi espíritu que no se mueve a sus anchas más que en lo concreto. ¿Voy a confesarlo? Si no hubiese conocido a Cristo, «Dios» hubiera sido para mí una palabra desprovista de sentido. Excepto por una gracia muy particular, el Ser infinito me hubiese resultado inimaginable e impensable. El Dios de los filósofos y los sabios no hubiera tenido cabida alguna en mi vida moral. Era preciso que Dios se sumergiera en la Humanidad y que en un momento preciso de la historia, en un punto determinado del globo, un ser humano, hecho de carne y sangre, hubiese pronunciado ciertas frases, ejecutado determinados ademanes para que yo me hincara de rodillas. Si Cristo no hubiese dicho: «Nuestro Padre...», yo nunca hubiera alcanzado el sentimiento de esta filiación: esta invocación nunca hubiera asomado desde mi corazón a mis labios. Sólo creo en lo que toco, en lo que veo, en lo que se incorpora a mi sustancia, y he aquí por qué tengo fe en Cristo. Todos los esfuerzos encaminados para reducir en Él la condición humana, van en contra de mi tendencia más profunda, y sin duda es preciso enlazar mi obstinación en preferir al rostro de Cristo-Rey el del Mesías triunfador, la humilde figura del hombre al que en el albergue de Emaús los peregrinos de Rembrandt reconocían, al partir el pan, a nuestro hermano cubierto de heridas, a nuestro Dios.

Por fin, confieso no haber conocido jamás el estado de espíritu (que respeto) de esos hombres que se dicen católicos pero se niegan a creer en un Cristo real. Si no creyera yo en cierto hombre nacido bajo la era de Augusto y crucificado bajo

la de Tiberio, si toda la Iglesia reposara en un sueño o en una mentira (1), sus dogmas, su jerarquía, su disciplina, su liturgia carecerían para mí de todo valor e incluso de toda belleza: su belleza es el esplendor de la verdad. Si Jesús no fuese Cristo, las catedrales no dirían nada a mi sensibilidad, y a lo sumo me parecerían un inmenso vacío. En caso de guerra, las vidrieras de Chartres, cuyo destino inquieta con justa razón a las personas de buen gusto, me interesarían menos que la vida del más humilde soldado.

Un artista incrédulo considera la noble e ilustre fachada que la Iglesia erige ante el mundo; admira la nave de Pedro, inmutable por encima de los siglos. Sin embargo, olvida los fundamentos: tantas vidas sacrificadas, tantas inmolaciones. Desde hace diecinueve siglos, de generación en generación, la mejor parte de la Humanidad se pone voluntariamente en cruz y persiste en esta postura, sin que ninguna mofa o burla sea capaz de hacerle descender de ella. Ninguna consideración de orden moral, estético ni social podría hacerme aceptar esta crucifixión de tantas criaturas, si Jesús de Nazaret no fuese Cristo, hijo de Dios..., si Él no hubiese existido.

Los conventos, los presbiterios (para no hablar más que de clérigos y monjes) no están poblados únicamente de almas alegres, inundadas de consuelos. Y, sin duda, éstas abundan. Mas incluso aquéllas gozan de una paz que no es la misma que nos brinda el mundo. Su alegría es el fruto de una victoria continua sobre la naturaleza, y de una muy dolorosa victoria. Luego, allí están los demás: los fieles que se quedan en medio de la cuesta, luchan, sucumben, se levantan, vuelven a caer y se arrastran otra vez por el camino señalado por la sangre de cuantos les precedieron. Todos, los pecadores y los santos, creyeron en una

(1) Juego de palabras intraducible: *songe*, sueño, y *mensonge*, mentira.

palabra, depositaron su confianza en una afirmación solemne: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.» Unos y otros, santos y pecadores exclamaron en sus momentos de duda y angustia: «¿A quién nos dirigiríamos, Señor? Tú posees las palabras de la vida eterna.» ¡Poco les importaría hacer lo que hicieron los muertos! ¡Qué les importa el polvo de aquellos a quienes no amaron! No se trata para ellos de aceptar una herencia nacional, ni de fingir la fe en unas leyendas que pueden ayudar a mantener determinadas virtudes útiles. Si, cosa imposible, les fuese revelado que el Hijo del Hombre no es el Hijo de Dios, dejarían de seguirle, dejarían de cargar con su cruz, aun cuando sólo fuese por el bien de una cierta civilización, o de determinada cultura. Siguen sus huellas, porque Él había dicho: «Soy Cristo...», y le creyeron al pie de la letra.

No se me objete que la esperanza sin fundamento deja de ser esperanza, que los cristianos, de no existir la eternidad, jamás lo sabrían y que, en fin, la Nada no puede confundir a nadie. Este razonamiento vale para los que no abandonaron el mundo sino cuando, desde hacía tiempo, el mundo les había abandonado a ellos; para los que aportan a Dios tan sólo unos restos que ya nadie quisiera. Sí, esos, en la apuesta a la que les invita Pascal, con toda seguridad ganan. Pero ¿y para los demás? ¿Para tantos seres jóvenes consagrados a Dios en la fuerza y en la ternura de su edad? A pesar de todo, renunciaron a una realidad: la miserable felicidad humana existe. El amor no nos parece precario y ridículo sino por ser una mera caricatura de la unión divina. Si esta unión fuese un espejismo, si las promesas eternas jamás hubieran sonado en el mundo, tan triste amor hubiera sido la perla de inapreciable valor, encima de la cual no hubiera existido nada, y hubiese sido preciso renunciar a todo para adquirirla. Mas el Verbo se hizo carne. La cruz sólo es adorable por-

que Él fue clavado en ella. La cruz sin el Verbo no sería más que un patíbulo.

Y he aquí por qué un creyente, por muy débil y desamparado que se sienta, tiene el deber de contestar a la pregunta eterna: «Y tú, ¿qué dices de este Hombre?» El libro que se va a leer, tan indigno de su objeto, no es más que una respuesta entre otras mil, el testimonio de un cristiano que sabe que cuanto cree es verdad.

Nuestro frondoso árbol católico no nos parece hermoso sino porque es realmente vivo, y porque, pese a tantas ramas muertas, desborda de jugo, y la sangre de Cristo continúa circulando en él desde las raíces hasta las ramificaciones más tiernas y hasta la última hoja. El catolicismo sin Cristo sería una concha vacía, curiosamente labrada. Aun cuando una brusca marejada destruyera los templos y los claustros, los palacios y las obras, en realidad nada estaría destruido, puesto que subsistirá siempre el Cordero de Dios, de quien he intentado en este libro fijar una imagen infiel.

Protesto una vez más de que se me atribuya haber querido imponer a nadie esta imagen. Si cada uno de nuestros amigos se forma de nosotros una representación distinta de las de todos los demás, ¡con más razón ha de ocurrir lo mismo al tratarse del Hijo de Dios! Y por esta razón considero como una gracia inesperada haber podido llegar, gracias a esta «Vida», a un número tan crecido de almas. Doy las gracias a tantos lectores que me testimoniaron haber quedado conmovidos. Una carta anónima no siempre es infame; existen algunas que son sublimes, como, por ejemplo, cuando llevan una firma como ésta: «Un pobre sacerdote desconocido cuyo nombre no diría nada a usted.»

Paris, 6 de agosto de 1936.

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Entre los historiadores, el exegeta es el más decepcionante. Si pertenece a la clase de los que empiezan por negar lo sobrenatural, y en Jesús no discernen a Dios, podemos estar seguros de antemano de que no entienden nada del objeto de su estudio, y para nosotros toda su ciencia pesa menos que una paja. En cambio, si es cristiano, nos atreveríamos a decir que demasiadas veces su fervor mismo hace temblar la mano del pintor, oscureciéndole la mirada; el hombre, el retrato que nos traza de Jesús, corre el riesgo de aniquilarse en el fulgor de la segunda Persona divina.

Sin duda el encuentro de la erudición y del conocimiento místico en un escritor suscitó en Francia admirables trabajos, como son los del padre Lagrange y los de los padres De Grandmaison, Lebreton, Pinard de Laboulaye y Huby. Hay, sin embargo, otros que, desgraciadamente, y bien sabemos por qué, parecen muy «razonables», y hoy día niegan la existencia histórica de Cristo; el Jesús de los Evangelios; ya reducido por sus historiado-

res a las proporciones de un hombre ordinario, ya elevado por su adoración y su amor muy por encima de esta tierra en que viviera y en que murió, pierde a los ojos del pueblo fiel, al igual que a los de los indiferentes, todo contorno definido, y ya no brinda ni un solo rasgo de persona real.

Pues bien; al llegar a este punto, un escritor católico, por muy ignorante que sea, un novelista —que precisamente es ducho, si me atrevo a decirlo así, en materia de protagonistas inventados—, tiene acaso el derecho de aportar su testimonio. Sin duda una «Vida de Jesús» debiera escribirse de rodillas, con una sensación de indignidad propia para hacernos caer la pluma de la mano. Un pecador debería sonrojarse por haber tenido la osadía de acabar esta obra.

Ojalá pudiera por lo menos persuadir al lector que el Jesús de los Evangelios es todo lo contrario de un ser artificial y elaborado. He aquí la más escalofriante de todas las grandes figuras de la Historia y, entre todos los caracteres que ella nos presenta, al menos lógico, por ser el más vivo entre todos. A menos que nos enfrentemos con ella en lo que pueda tener de particular, de irreductible.

Antes que sepamos de Él que es Dios, nos aparece alguien en una época determinada aún bastante cercana a la nuestra, en el tiempo: un hombre determinado que se relaciona con una patria, con un clan; un hombre entre muchos otros, uno de tantos entre ellos, hasta el punto que para distinguirlos de los once pobres hombres que le rodeaban, era preciso que lo identificara el beso de Judas. Ese obrero carpintero habla y actúa como un Dios. El galileo de baja clase social, miembro de una familia pobrísima que, desde luego, no se preocupa por él y le cree loco, posee tal poder sobre la materia, sobre los cuerpos y los corazones, que subleva al pueblo y lo entrega a la esperanza mesiánica; y los sacerdotes, para derribar

a tamaño impostor, tendrán que recurrir a su enemigo peor: el romano.

Sí, a sus ojos sólo es un impostor servido por los demonios, un imitador de Dios que finge perdonar los pecados y cuya blasfemia rebasa todas las blasfemias. Así se les apareció ese Jesús al que los suyos amaban temblando como se quiere a un amigo al mismo tiempo todopoderoso y todo humildad: el mismo hombre bajo ambos aspectos, único, pero diferente, según los corazones que le reflejan; adorado por los pobres y odiado por los soberbios a causa de cuanto tenía de divino, y por esta misma razón tan incomprensido por unos como por otros; he aquí el objeto de mi pintura, el retrato cuyo bosquejo he tenido la imprudencia de intentar.

Incomprensido y, por tanto, irritado, impaciente y a veces furioso, como lo son todos los amores. Mas, bajo la violencia de la superficie de su ser, reina en profundidad una paz que es la suya y que no se parece a ninguna otra; su paz, como Él la llama, la paz de la unión con el Padre, la calma de una ternura que conoce de antemano su hora y no ignora que su camino desembocará en aquella agonía, aquellos ultrajes y aquel patíbulo.

Violencia aparente y calma en la profundidad se manifiestan igualmente en sus palabras. Sería preciso volver a tomarlas una por una, quitarles el óxido del tiempo, así como la costra que conserva el hábito, quitar las capas de los comentarios lenitivos que venían acumulándose en ellas desde hace tantísimos años. Entonces volveremos a oír la voz que no se confunde con ninguna otra: aún tiembla en cada palabra que hayamos retenido de Él, y no cesa jamás de suscitar, no sólo el amor, sino —como lo dijo el padre Lacordaire— «unas virtudes que fructifican en el amor».

Y este librito, tan temerario no habrá sido escrito en vano si un solo lector, al cerrarlo otra vez, entrevé de pronto lo que significa la excusa de los

guardias a quienes los pontífices reprochaban no haberse atrevido a poner la mano sobre Jesús: «Jamás ningún hombre ha hablado como este hombre...»

I

LA NOCHE DE NAZARET

Bajo el reinado de Tiberio César, el carpintero Iexu, hijo de José y María, habitaba el puebluco de Nazaret, del que no se habla en ninguna historia, y al cual las Escrituras nunca nombran: un puñado de casas excavadas en la roca de una colina, frente a la planicie de Esdrelón. Subsisten aún los vestigios de aquellas grutas. Una de ellas ocultaba aquel niño, aquel adolescente, aquel hombre, entre el obrero y la Virgen. Allí vivió aproximadamente treinta años, no en un silencio de adoración y amor: Jesús vivió en medio de todo un clan, entre los chismorreos, los celos, los pequeños dramas de un parentesco numeroso, unos galileos devotos, enemigos de los romanos y de Herodes, y que en su espera del triunfo de Israel solían dirigirse a Jerusalén en las festividades.

Estaban, pues, allí desde los comienzos de su oculta vida, todos los que en el momento de sus primeros milagros, pretendieron que desvariaba y hubiesen querido asegurarse de El; los que el

Evangelio nos nombra: Jacobo, José, Simón, Judas... Hasta qué punto se había formado muy parecido a todos los demás niños de su edad, lo prueba sobradamente el escándalo de los nazarenos cuando predicó por primera vez en la sinagoga. No los engañó con buenas palabras: «¿No es el carpintero —decían— el hijo de María, y sus hermanos (sus primos) no se hallan aquí entre nosotros?» Así hablaban de Él las gentes de la vecindad que le vieron crecer, o con quienes había jugado y cuyos encargos Él solía antes ejecutar: era el carpintero, uno de los dos o tres carpinteros del pueblo.

Y, no obstante, como todos los talleres de este mundo tan bajo, a una hora determinada, éste se oscureció a su vez. Puerta y ventana estaban cerradas sobre la calle. Los tres habitantes de la casa se quedaban a solas en el cuarto, en torno a una mesa en la que se colocó el pan. Un hombre llamado José, una mujer llamada María, un muchacho llamado Iexu. Más tarde, cuando José hubo abandonado este mundo, el hijo y la madre se quedaban uno frente a otro, esperando.

¿Qué se decían? «Pues María conservó todas estas cosas en sí misma, y volvía sobre ellas en su corazón...» Este texto de Lucas, y aun otro del mismo evangelista: «Y su madre conservaba aquellas cosas en su corazón...», no sólo prueban que recibió de María todo cuanto él conocía de la infancia de Cristo; atraviesan con un trazo de fuego la oscuridad de aquella vida de tres personas, y luego de dos, en el humilde taller de carpintero. Desde luego, la mujer no podía olvidar nada del misterio que se había consumado en su carne. Mas, a medida que transcurrían los años sin que se cumplieran las promesas del ángel anunciador, otra mujer que no hubiese sido ella lo hubiera sin

duda olvidado todo, pues las profecías eran oscuras y terroríficas.

Gabriel había dicho: «He aquí que concebirás en tu seno y parirás a un hijo y le darás el nombre de Jesús. Será grande; se le llamará hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá nunca fin.»

El niño llegó a ser un adolescente, un joven, un obrero galileo inclinado sobre su banco de trabajo. No era grande; no se le llamaba hijo del Altísimo; no tenía trono alguno, sino tan sólo un escabel, en el rincón del fuego de una pobre cocina. La madre hubiera podido dudar... Pues bien, he aquí el testimonio de Lucas: «María conservaba aquellas cosas e incansablemente volvía sobre ellas en su corazón.»

En su corazón: las conservaba sin entregarlas a nadie. Acaso ni siquiera ante el Hijo... No podemos imaginarnos conversación alguna entre ellos. Pronunciaban en arameo las palabras ordinarias de las pobres gentes, las que designan los objetos usuales, los útiles, los alimentos. No podían haber palabras para lo que se había cumplido en aquella mujer. La familia, en silencio, contemplaba el misterio. La meditación de los misterios comenzó allí, en aquella sombra de Nazaret en donde la Trinidad respiraba.

En la fuente, en el lavadero, ¿a quién hubiera hecho creer la Virgen que lo era y que había dado a luz al Mesías? Mas, en el decurso de aquellos quehaceres, nada la distraía de contemplar su tesoro en su corazón: la salutación del ángel, las palabras pronunciadas por primera vez: «Yo te saludo, llena eres de gracia, el Señor está contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres...» y que serían repetidas miles de millones de veces por los siglos de los siglos... Esto no lo ignoraba la

humilde María, ella, que, pertenencia del Espíritu Santo, había profetizado un día, ante su prima hermana Isabel: «Todas las generaciones me proclamarán bienaventurada.»

Después de veinte años, después de treinta años, la madre del carpintero, ¿cree aún que todas aquellas generaciones han de proclamarla bienaventurada? Se acordaba del tiempo de su gravedad, del viaje al país de las montañas, a una ciudad de Judá. Había entrado en casa del sacerdote Zacarías, que era mudo, y de Isabel, su esposa. Y el niño que aquella anciana llevaba en sus entrañas se había estremecido, e Isabel había exclamado: «Bendita tú eres entre las mujeres...»

Veinte años después, treinta años después, ¿se cree aún María bendita entre todas las mujeres? No ocurre nada, y ¿qué le podrá suceder a aquel obrero abrumado, a ese judío que ya no es muy joven, que sólo sabe cepillar tablas, meditar la Escritura, obedecer y rezar?

¿Subsiste todavía un testigo entre aquellos que asistieron antaño a la manifestación de Dios, desde el comienzo, en aquella noche bendita? ¿Dónde estaban los pastores? ¿Y aquellos hombres sabios, familiarizados con los astros, venidos de allende el mar Muerto para adorar al Niño? Todavía la historia del mundo parecía someterse entonces a los designios del Eterno. Si César Augusto ordenó el censo del Imperio y de las tierras vasallas como era Palestina en los días de Herodes, fue para que una pareja siguiera el camino que conduce de Nazaret a Jerusalén y a Belén, y porque Miqueas había profetizado: «Mas de ti, Belén de Efrata, pequeña en cuanto a tu rango entre los clanes de Judá, de ti nacerá el soberano de Israel...»

La madre envejecida de aquel obrero carpintero buscaba en el fondo de la sombra a los ánge-

les que en los días que siguieron al de la Anunciación no habían cesado de llenar su vida. Fueron ellos los que durante la noche santa mostraron a los pastores el camino de la gruta y el fondo de aquellas tinieblas en donde el Amor temblaba de frío en un pesebre, prometiendo la paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Fue asimismo un ángel quien había ordenado a José durante un sueño que cogiera al Niño y a su madre y huyera a Egipto para escapar a la cólera de Herodes... Mas, desde el regreso a Nazaret, el cielo se había cerrado de nuevo y los ángeles habían desaparecido.

Era preciso dejar que el Hijo de Dios penetrara profundamente en la carne de un hombre. De año en año, la madre del carpintero hubiera podido creer que sólo había soñado de no haber permanecido continuamente en presencia del Padre y del Hijo, recordando y volviendo a recordar en su corazón las cosas cumplidas.

El ANCIANO SIMEÓN

Tan sólo de uno de aquellos acontecimientos se esforzó acaso en apartar su pensamiento. Hubo una palabra pronunciada en el Templo que, en determinados instantes, tal vez sintió la tentación de olvidar. En el cuadragésimo día después del nacimiento del Niño, habían regresado a Jerusalén para que María fuese a purificarse y para presentar al Señor a aquel hijo varón que le pertenecía, como todos los primeros hijos, y a quien era preciso rescatar al precio de cinco sículos. Y he aquí que un anciano llamado Simeón había tomado al Niño entre sus brazos. Y de pronto, desbordó de alegría en el Espíritu Santo: Que el Señor le deje irse en paz, ya que sus ojos han visto la

Salvación, la luz que iluminará las naciones, la gloria de Israel... Mas, ¿por qué, súbitamente, el anciano se volvió hacia María? ¿Por qué profetizó: «A ti una espada te atravesará el alma...»?

Jamás aquellas palabras la abandonaron, nunca más: aquella frase, aquella espada. Fue atravesada por ella en aquella hora y en ella se quedó clavada. Y bien sabía ella que sólo podría ser herida en su hijo, que todo sufrimiento, como toda alegría, sólo le pueden venir de Él. He aquí por qué cuanto subsistía en María de flaqueza humana, se alegraba acaso de que los años transcurrieran sin que se disipara la oscuridad de su pobre vida. Tal vez se imaginara que para la salud del mundo no se necesitaba más que aquella presencia ignorada por el mundo, ese desconocido enterramiento de un Dios en la carne... y que no debía temer otra espada que la del dolor de permanecer sola entre las criaturas, testigo de ese inmenso amor.

II

EL NIÑO ENTRE LOS DOCTORES

Era una vida tan corriente y semejante a todas las vidas, que Lucas, que al comienzo de su evangelio se vanagloria «de haberse instruido exactamente en todo, desde el origen», no encuentra nada que contar acerca de la adolescencia de Cristo, sino el incidente acaecido durante un viaje que para la fiesta de Pascua hizo Jesús a Jerusalén a los doce años de edad, acompañado de sus padres: cuando María y José regresaron a Nazaret, el Niño les había abandonado. Primero creyeron que se había quedado con sus vecinos y allegados, y caminaron sin Él toda una jornada. Luego les invadió la inquietud. Habiéndole buscado en vano de grupo en grupo, desanduvieron asustados lo andado. Durante tres días, creyeron haberlo perdido y erraron por todo Jerusalén.

Cuando lo descubrieron por fin en el templo, sentado en medio de los doctores a quienes sus palabras encantaban, nada estaba tan lejos de su espíritu como compartir la admiración de aqué-

llos, y su madre le dirigió, tal vez por primera vez en su vida, amargos reproches:

—Hijo mío, ¿por qué te has comportado así con nosotros? Tu padre y yo te estamos buscando completamente afligidos...

Y por primera vez, Jesús no dio la respuesta que hubiera dado cualquier otro niño; no contestó con el tono de un escolar ordinario. Sin insolencia, pero como si careciera de edad, como si estuviese más allá de todas las edades, les preguntó a su vez:

—¿Por qué me habéis buscado? ¿No sabíais que yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre?

Ellos lo sabían sin saberlo... El testimonio de Lucas es formal: los padres no comprendían lo que les decía el Niño. María era una madre parecida a las demás madres, consumida por las preocupaciones y las inquietudes... y, ¿qué madre penetra fácilmente el misterio de una vocación? ¿Qué madre, en determinada hora, no se desconcierta ante ese ser que va creciendo, que sabe perfectamente adónde quiere ir? Mas, predestinada como estaba, iluminada desde el principio, recogía en su corazón lo que la pobre mujer no era capaz de comprender. No obstante, aquellas palabras del Niño debieron de parecerle duras. ¿Le habría dirigido su Jesús otras más dulces, antes de la postrera y suprema dicha desde lo alto de la cruz?

Lucas nos asegura que Jesús era obediente para con sus padres, pero no añade que haya sido cariñoso para con ellos. Ninguna de las palabras que Cristo dirigió a su madre, relatadas por los Evangelios (salvo la última), deja de manifestar duramente su independencia frente a la mujer; como si no se hubiese valido de ella para encarnarse, y había salido de aquella carne y, en apariencia, no había ya nada de común entre ella y Él. A los que se lo advirtieron un día: «Tu madre y tus hermanos están afuera, buscándote...», contestó: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis

hermanos?» Luego, mirando a los que estaban sentados en torno suyo, añadió: «He aquí a mi madre y a mis hermanos. Pues quienquiera que haga la voluntad de Dios es mi hermano, y mi hermana, y mi madre...»

Por lo menos hay algo seguro: el niño de doce años le hablaba ya sin dulzura, como si hubiese querido delimitar la distancia entre los dos; de repente, era como un extraño. Por lo demás, basta un apretón de manos, o una mirada para que una madre se sienta amada; y a cada instante, aquella madre volvía a encontrar a su Hijo en el interior de su yo; no tenía que perderle, no habiéndolo abandonado nunca en su corazón. El Cristo dispone de toda la eternidad para glorificar a su madre según la carne. Aquí, en la tierra, acaso la tratara algunas veces como hace aún con sus esposas, a quienes tiene el designio de santificar y que tras sus rejas, en su celda, o en medio del mundo, conocen a su vez todas las apariencias del abandono, de la soledad..., no sin conservar la certidumbre interior de ser elegidas y amadas.

Aquel Jesús de doce años que fue creciendo en sabiduría, edad y gracia, y a quien al salir de Jerusalén su madre había creído en compañía de parientes y allegados, estaba, pues, entre muchas gentes, artesanos como Él, o labradores, viñadores y pescadores del lago: gentes que hablaban de sembrar, de corderos, de redes, de barcas y peces, o que miraban a poniente para predecir el viento o la lluvia. Sabe, a partir de entonces, que para ser comprendido por unas personas sencillas es preciso emplear palabras que designen cosas que cada día manejan, recogen, siembran y cosechan todos los días con el sudor de su frente. E incluso, lo que rebasa estas cosas, no es comprendido por unas pobres gentes sino por comparación con ellas y mediante analogía: el agua de los pozos, el vino,

el grano del jenabe, la higuera, el cordero, un poco de levadura, una fanega de harina; no se necesita más para que los humildes comprendan la Verdad.

EL JOVEN JESUS

A los doce años un judío ha salido ya de la infancia. Aquel Jesús que asombró a los Doctores debía de ser, a los ojos de los nazarenos, un muchacho muy piadoso y ducho en el conocimiento de la Torá. Sin embargo, entre el incidente del viaje a Jerusalén y su entrada en la palestra, a plena luz, pasarán dieciocho años, los más misteriosos. En efecto, la infancia es a veces tan pura que el niño Jesús resulta imaginable; pero, ¿y el joven Jesús, el hombre Jesús?

¿Cómo penetrar en una noche semejante? Era ya hombre, y salvo el pecado, revistió todas nuestras flaquezas... también nuestra juventud, aun cuando probablemente sin nuestra inquietud, sin nuestro ardor siempre desilusionado y nuestra agitación del corazón. A los treinta años le bastará decir a un hombre: «Déjalo todo y sígueme» para que este hombre se levante y le siga. Habrá mujeres que renunciarán a su locura para adorarle. Sus enemigos odiarán en Él al hombre que fascina y seduce. Los seres que no son amados llaman «seductores» a los otros. Acaso en el muchacho que cepillaba tablas y meditaba la Tora, en medio de un pequeño grupo humano de artesanos, campesinos y pescadores no se manifestaría aún lo más mínimo de un poder semejante sobre los corazones... Mas, ¿qué sabemos acerca de ello? Por mucho que lo cubriera con cenizas, el fuego que había venido a encender en la tierra, ¿no llameaba ya en su mirada y en su voz? Acaso hubo or-

denado a la sazón a un joven: «¡No! ¡No te levantes! No me sigas...»

¿Qué se decía de Él? ¿Por qué el hijo del carpintero no tomaba mujer? Sin duda su piedad le protegía. La plegaria ininterrumpida, aun cuando no se manifieste por palabra alguna, crea en torno a los santos una atmósfera de recogimiento y adoración. Todos hemos conocido a seres así que, ocupados en los trabajos ordinarios, no por ello dejan de permanecer sin cesar en la presencia de Dios..., y hasta los más viles les respetan por un oscuro sentimiento de esa presencia.

En verdad, aquel a quien un día obedecerían el viento y el mar, poseía también el poder de hacer reinar una gran calma en los corazones. Tenía el poder de impedir a las mujeres que se turbasen al verle; apaciguaba las tempestades que se iniciaban, pues de otro modo no hubiesen adorado en él al Hijo de Dios, sino a un niño entre los niños de los hombres.

III

FIN DE LA VIDA ESCONDIDA

El ruido levantado por la predicación de Juan Bautista llegó también a Nazaret.

En el decimoquinto año del reinado de Tiberio existía un rincón en el mundo donde los hombres conocían lo que el Dios único espera y exige de cada uno de nosotros en particular; no sacrificios ni holocaustos, sino la pureza interior, la contribución del corazón, la humildad, el amor de los pobres; era en aquella Galilea sometida a Herodes Antipas, el tetrarca, en aquel pueblo menospreciado por romanos y griegos. Atenas y Roma habían avanzado tan lejos como es posible ir en la dominación, en el conocimiento y en los placeres. Allí, aquel pequeño pueblo se había lanzado en una dirección netamente opuesta, volviendo la espalda a aquella búsqueda del poder, de la saciedad y la molicie satisfechos. A orillas del mar Muerto, los esenios vivían sobrios y castos, ocupándose únicamente de su alma.

Nos imaginamos en el taller de Nazaret a ese

hombre esperando la hora que se acercaba ya. Acaso María le habría hablado de Juan, del hijo de su prima hermana Isabel y de ese nacimiento misterioso: Zacarías, el sacerdote, y su esposa Isabel, que era estéril, habían ya alcanzado la vejez. Le fue revelado a Zacarías, mientras se quedaba a solas para ofrecer incienso y todo el pueblo estaba esperando en el atrio, que le nacería un hijo varón que estaría poseído por el Espíritu Santo. Por haber dudado durante un momento de semejante milagro, Zacarías quedó mudo hasta que el acontecimiento se verificara y la vieja Isabel tuviera un hijo; entonces, contra el parecer de los vecinos, el padre había escrito en la tablilla: «Juan es su nombre.» E inmediatamente su lengua quedó liberada. María se acordaba de la visita que hiciera seis meses más tarde a su prima. Mas el cántico que había cantado desde el umbral, no había nacido en su corazón, después de tantos años: «Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se estremece de alegría en Dios mi Salvador —porque Él miró la bajeza de su sierva— y a partir de ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada...» No, el silencio de las últimas horas de la vida escondida no podía ser turbado por el himno de la alegría. María comprendía que el tiempo acababa de llegar: la espada ya se movía un poco.

«Y yo no soy digno de inclinarme para desatar los cordones de su zapato... Yo os he bautizado en el Espíritu Santo... Entre vosotros hay alguien a quien no conocéis...»

Los publicanos, los soldados y el bajo pueblo le planteaba preguntas: «¿Qué debemos hacer?» Y él contestaba a los peajeros: «No exigid nada más allá de lo que os ha sido encomendado»; y a los soldados: «Absteneos de toda violencia.» Y, si duda, aquellos corazones ardientes estaban decepcionados, ellos que esperaban, sin saberlo, la respuesta que otro iba a darles bien pronto: «Si queréis ser perfectos, abandonadlo todo y seguidme.»

Juan Bautista hablaba abiertamente de ese desconocido: «Viene el que es más poderoso que yo. Su mano sostiene el garbillo y limpiará el granero, y quemará la paja en un fuego que no se apaga nunca.»

Últimos días de la vida escondida. El obrero ha dejado ya de ser un obrero: rehúsa todos los encargos y el taller adquiere un aspecto de abandono. Había rezado siempre, pero ahora María le sorprende, de día y de noche, con el rostro contra el suelo. La impaciencia de que todo sea cumplido y que Él manifestará a menudo durante aquella subida al calvario que durará tres años, acaso le posee ya ahora. ¡Ah, cuánto le tarda oír crepitar las primeras chispas del incendio que recibió la misión de encender! Hasta aquella hora, el Dios se había aniquilado hasta tal punto en el hombre que su propia madre, iniciada, sin embargo, en el misterio, lo olvidaba y descansábase del peso de tan abrumador conocimiento: era su hijo, como todos los hijos, a quien ella besaba en la frente, al que contemplaba dormir; un joven cuya túnica remendaba; se ganaba su pan, se sentaba a la mesa para comer y hablaba con los vecinos; y no faltaban otros artesanos piadosos como Él y versados en las Escrituras. Sin duda era el mismo hombre que, en aquellos últimos días, se acercaba a la puerta, escuchaba sin decir nada cuanto contaba la gente, con la mirada más allá de las cosas, atento al rumor que ascendía por doquier con respecto a Juan. Mas ya una potencia se manifiesta en Él, cuyo único testigo es su madre. Sí, un hombre, o mejor dicho, «el hombre», lo que expresa esa misteriosa apelación de «el hijo del hombre».

Ya se halla lejos de allí, entregado por entero a lo que ama, a la Humanidad que le será preciso conquistar... ¡de manos de qué enemigos! Cuan-

do piensa en sus enemigos, Jesús no imagina a los fariseos, los príncipes de los sacerdotes, los soldados que le golpearán en el rostro... Osemos mirar de frente esa gran verdad: conoce a su adversario. Su adversario tiene varios nombres en todos los idiomas. Jesús es la luz venida a un mundo entregado al poderío de las tinieblas. El demonio es el maestro aparente del Universo en aquel decimoquinto año del gobierno de Tiberio. Inventa para César, en Capri, todos aquellos juegos inmundos para que nos relata Suetonio. Se vale de los dioses para corromper a los hombres, toma el lugar de los dioses, diviniza el crimen, es el rey del mundo.

Jesús le conoce, y él aún no conoce a Jesús; no le hubiera inducido en tentación, si le hubiese conocido. Simplemente, hállese en torno al alma más pura y más santa de cuantas jamás se hubo atrevido a acercarse. Mas, ¿qué santo no sería fahlible? Esto da seguridad al Maldito. El orgullo que le perdió a él mismo, ¡se extiende como una úlcera en tantos rostros que se creen angélicos!

En este momento de su vida, el Hijo del Hombre es un gladiador aún disimulado en el fondo de las tinieblas, pero ya a punto de entrar en el circo cegador; es el relator a quien la bestia negra espera y teme. «¡Veía —debía exclamar Cristo en un día de exultación—, veía a Satanás caer del cielo como un rayo!» Acaso tuvo la visión de aquella caída durante las postreras oscuras horas de su vida. ¿Habría visto también (¡cómo no habría de verlo!) cómo el Arcángel vencido, arrastraría a su séquito a millones de almas, más numerosas y más apretadas que los copos de una tempestad de nieve?

Toma un manto, se anuda las sandalias y dice a su madre una palabra de despedida que no será conocida jamás.

IV

EL BAUTISMO DE JESÚS

Se apresura hacia Judea, avanza hacia la región del Jordán, cerca de Betania, donde sus primeros amigos le aguardan, y que no es la misma Betania en la que, un poco antes de la hora de las tinieblas, sus últimos amigos habían de adorarle.

¿Viaja solo o acompañado de otros nazarenos a quienes el bautismo de Juan atrae? Conocía en su corazón a los discípulos del Bautista, venidos de Betsaida a Betania, a quienes Él iba a quitar al Precursor, tan pronto como le hubiesen visto: y entre ellos, el más amado de todos: el hijo de Zebedeo...

Pero, primero, Juan Bautista se halla solo cuando Jesús se acerca a él; todavía no le conoce. Sólo más tarde exclamará: «He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo.» Jesús se somete al rito del bautismo como todo otro israelita piadoso, y como si tuviese alguna suciedad que lavar. Era preciso que el Hijo del Hombre hiciera un primer ademán, que emergiera por encima de

la Humanidad en la que, desde hacía treinta años, se hallaba más sepultado que el grano en la Eucarestía. Sin embargo, no le correspondía subirse a un mojón y gritar: «Soy Cristo, el Hijo de Dios.» Se despoja de sus vestidos para entrar en el agua, a pesar de la resistencia de Juan, a quien se ve obligado a violentar. Entonces el Espíritu le cubre visiblemente con sus alas, cuya sombra se había estremecido treinta años antes sobre la Virgen para que lo llevara en su seno. Juan Bautista oye una voz (quizás otros también la oyeron): «Tu eres mi hijo muy amado...» El Hijo del Hombre se retira entonces en la soledad, en donde ronda el demonio hostigando a aquel temible desconocido.

LA PRIMERA LLAMADA

Después de cuarenta días de ayuno y contemplación, helo aquí regresado al lugar de su bautismo. Sabía de antemano a quién debía encontrar allí: «¡El Cordero de Dios!», dice el profeta al ver que se acercaba (y, sin duda, a media voz...). Esta vez dos de sus discípulos se encontraban a su lado. Miraron a Jesús, y esta mirada fue suficiente: le siguieron hasta el lugar donde moraba. Uno de ellos era Andrés, hermano de Simón; el otro, Juan, hijo de Zebedeo, «Jesús, al verlo, lo había amado...». Lo que está escrito acerca del joven rico que debía alejarse triste, queda sobrentendido aquí. ¿Qué hizo Jesús para retenerle? «Viendo que le seguían, les dijo: “¿Qué buscáis?” Contestaron ellos: “Rabí, ¿dónde vives” Y Él: “Venid y veréis.” Fueron y vieron dónde vivía y quedaron junto a Él aquel día. Y era aproximadamente la hora décima.»

Texto tan conmovedor como ninguna de las palabras directas de Cristo. ¿El lugar donde habita? El desierto poblado de piedras que Satanás le incita a transformar en panes. Lo que se cambia en aquel primer encuentro, bajo el alba de Betania, es el secreto del amor no humano... inexpresable. Ya el fuego encendido se propaga, salta de árbol en árbol, de alma en alma: Andrés advierte a su hermano que acababa de encontrar a Cristo y conduce al desierto a Simón, a quien a partir de aquel día Jesús llamará Cefas.

Al día siguiente, el incendio se extiende, gana aún a Felipe, un hombre de Betsaida, como lo eran asimismo Andrés y Pedro. La palabra y el ademán que lo unen a Cristo nos serán desconocidos para siempre. Mas la llama salta de Felipe a Natanael. Ese árbol nuevo no prende fuego inmediatamente, pues Natanael está muy versado en la Escritura y protesta diciendo que nada bueno puede salir de Nazaret. Su amigo le replica simplemente: «Ven y verás.»

Para un alma predestinada, ¿bastaba ver a Jesús para reconocerle? No. Jesús le daba un signo, y el que tuvo para Natanael era el mismo que pronto convencería a la mujer de Samaria. «¿De dónde me conoces?», habíale preguntado Natanael, con tono desconfiado. «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas bajo la higuera, te había visto.»

Y Natanael replica inmediatamente: «Eres el hijo de Dios.»

Importa poco que la obra secretísima cumplida bajo la higuera no nos haya sido revelada. Lo que Natanael descubrió era que lo más profundo de su alma estaba abierto a aquel hombre; se sentía abierto ante Él, lo mismo que el último de entre nosotros, todavía hoy, postergado por la confesión de sus faltas o con el rostro vuelto hacia la Sagrada Forma. Ese signo que a los seres sencillos y sin artificio impulsa a humillar su ros-

tro contra el suelo, ¿a quién no lo había prodigado Cristo durante su vida mortal? En efecto, contestará a los pensamientos más ocultos de los escribas y fariseos; mas ellos, lejos de golpearse el pecho, sólo verán en ello una treta de Belcebú. Más que su incredulidad, la fe del humilde Natanael asombra al Cristo cuya sonrisa nos podemos imaginar, cuando le dice:

«—Por haberte dicho que te había visto bajo la higuera ¡tú crees! Pero aún verás cosas mayores...»

Acaso, al celebrarse el encuentro con Natanael, Jesús había ya abandonado el desierto en donde, durante cuarenta días, había ayunado, sufrido los asaltos del Príncipe inmundo. Remontando el Jordán por Arquelais y Escitópolis, llegó al lago de Tiberíades, y a Betsaida, patria de los discípulos que acababa de quitarle a Juan. No es que la hora del abandono total hubiese ya sonado para ellos; sus redes y sus barcas aún iban a retenerles algún tiempo más: sólo era una primera llamada.

Nada se nos aclara con respecto a los sentimientos del Precursor abandonado, salvo acaso cierta hostilidad que se manifestará bien pronto entre los que rodeaban a Juan, en cuanto a los discípulos de Jesús. Mas el Hijo del Hombre, que llega como un ladrón, no vuelve la cabeza hacia los que deja en su soledad tras haberles quitado a un alma muy amada. Su gracia actúa en el secreto de los corazones que frustró de un hijo o una hija; sus consuelos afluyen por otras vías que las que nos son familiares. Nada le es más extraño que las protestas, las excusas, las lágrimas: a través de los siglos de cursilería, es preciso llegar hasta aquel judío suavemente implacable que había venido para separar, como lo dijo Él mismo, y que se aferra a esta tarea desde su primer paso, con (en apariencia) una indiferencia de Dios para con ese Penitente, ese Bautista al que le arrebató a sus amigos más queridos. Pronto lo proclamará a to-

dos los vientos: no trae Él la paz, sino la espada, exige verse preferido a los parientes más próximos e incluso a un maestro como el Precursor, y que se les abandone para seguirle.

V

CANA

Ese Jesús, pálido aún a causa de su ayuno y de haberse batido con el diablo, remontando el Jordán llegó al lago de Tiberíades con sus nuevos amigos. Y uno de ellos era Juan; luego Andrés, Simón, Pedro y Natanael (llamado también Bartolomé). Cada uno de ellos vio por primera vez el drama que Cristo ha introducido en el mundo y que aún hoy se celebra por doquier donde el nombre de Jesús está glorificado: la vocación, la llamada, el debate de los pobres humanos empeñados en plena vida, molestados por mil trabas, y ligados sobre todo por los lazos de la sangre que encadena el corazón, y condenados a una maravillosa pureza. Mas a orillas del lago aquellos hombres tienen la dicha de estar a solas con Cristo. Nadie, entre ellos y el maestro que les atrae, sustituirá a la Gracia.

Jesús no les apremia: les deja para poco tiempo a sus familiares y su oficio. Él mismo vuelve junto a su madre a la casa de Nazaret. Todos vol-

verán a encontrarse en Caná, en Galilea, adonde estaban invitados a unas bodas. San Juan precisa que Cristo se presentó con sus discípulos. Pero como quiera que, durante la comida, Jesús dijo a María: «Mi hora aún no ha llegado», es preciso situar a Galilea, un poco antes de que los apóstoles lo hubiesen abandonado todo para seguirle.

El primer milagro de Jesús se realiza en una solemnidad de la unión carnal, en medio de una boda tan alegre que el vino llegó a faltar y tuvo que transformar el agua de seis tinajas de piedra, destinada a las abluciones.

«Manifestó su gloria —escribe Juan— y sus discípulos creyeron en Él.» Por ellos, pues, realizó aquel acto, para prepararles a responder por el don total a una segunda llamada. También porque María se lo suplicó: «No les queda ya vino...», y porque, pese a algunas frases algo duras, traicionó su debilidad divina frente a su Madre.

Ya su decisión de franquear todos los umbrales, de sentarse a todas las mesas, está tomada; porque vino por los pecadores, por los que se pierden.

El escándalo se inició con Caná, y había de durar hasta Betania, hasta la última unción. Aquel hombre que se decía Hijo de Dios se mostraría todos los días con los publicanos, con meretrices, con gente frívola, con la chusma. En Caná hallábase entre gente alegre que no se privaba de bromas y risas. El que presidía el festín se dirigió al esposo. «Todo varón —le increpa— bebe primero el vino bueno, y cuando se ha bebido ya mucho, el menos bueno; pero tú has guardado el vino bueno hasta esta hora.» Imposible dudar de que las seis tinajas de piedra hayan aumentado la alegría de una boda en la que ya se ha libado abundantemente. Más de un abstemio acaso habrá planteado hipócritamente a Cristo una pregunta que se produciría tan a menudo en las conversaciones de los fariseos: «Los discípulos de Juan ayunan: ¿por

qué no los vuestros?» Pero Él sonrió y se calló, pues su hora aún no había llegado.

Sin embargo, como le había sido anunciado, Natanael era testigo de un prodigio más asombroso aún que el que le había deslumbrado en Betania: ¿qué no podría hacer a partir de entonces el Hijo del Hombre? El día en que afirme que el vino es su sangre y el pan su carne, los que estuvieron en Caná no habrían de tardar mucho tiempo en creerlo. Aquel primer milagro, aparentemente el menos «espiritual» entre todos, les encamina sin que lo sepan, les introduce en el inimaginable misterio.

LA LLAMADA DEFINITIVA

Jesús, seguido de los suyos, se trasladó a Cafarnaum, a orillas del lago donde Simón, Andrés, Santiago y Juan volvieron a encontrar sus barcas y sus redes. Los dejó libres sólo para poco tiempo; ya no se le escaparían más. Todo esto nos parece sumamente sencillo, ya que hemos leído muy a menudo esta historia de Jesús pasando por la orilla del lago y viendo a sus amigos lanzar sus redes; sólo tuvo que valerse de una frase: «Seguidme y yo os haré pescadores de hombres», para que sin volver siquiera la cabeza lo hubiesen dejado todo, siguiéndole. En verdad, aquello no se hizo sin que les diera un nuevo signo de su poder, elegido entre todo cuanto debía impresionar con mayor seguridad a aquellas almas sencillas. Primero les había pedido prestada su barca para escaparse del pueblo que le oprimía demasiado. Simón había remado un poco, y Jesús, sentado en la popa, hablaba a la muchedumbre agolpada en la orilla, a una multitud sin duda apasionada, pues ya Jesús divisaba la opinión: en Nazaret, en la sinago-

ga —como todo judío piadoso —tenía derecho de hablar, sus comentarios a las profecías habían irritado a un pueblo que le había visto nacer, y al que el carpintero Iexu no impresionaba en nada, a pesar de todas las curaciones que empezaban a atribuirle. Llevó al extremo su irritación al dar a entender a la gente que los gentiles serían sus preferidos y sólo por milagro consiguió escapar a su furor.

Esta vez ya no se arriesgaría más a solas: helo aquí en la barca con Simón y los hijos de Zebedeo. Desde Betania, los bateleros saben que Él conoce la vida secreta de cada uno de ellos; vieron con sus propios ojos el prodigio de Caná; Jesús curó de unas fiebres a la suegra de Simón: sólo le falta llegar a ellos en el punto que más cuenta a sus ojos: saber pescar tantos peces como quiera, pues esto sólo ellos son los más indicados para saber si representa un milagro. Precisamente habían trabajado durante toda la noche, sin pescar nada. Y he aquí que Simón tuvo que llamar en su ayuda a Jacobo y a Juan para sacar las redes. Las dos barcas estuvieron a punto de hundirse bajo el peso del pescado. Entonces, Cefas cae de rodillas. Y todavía hoy es el signo de que Dios está presente, cuando nosotros advertimos nuestras sordideces en todo su horror: «Alejaos de mí, Señor, porque soy hombre pecador.» La respuesta de Jesús, como muchas de sus palabras, contiene una profecía que aún sigue cumpliéndose ante nuestros ojos: «En lo sucesivo pescarás hombres en lugar de peces.»

Sin embargo, por lo menos uno de ellos, Simón, estaba casado. Y cuando se le dirige la llamada definitiva, Jacobo y Juan no abandonan tan sólo su barca, sino incluso a Zebedeo, su padre. Lo abandonan «con los jornaleros», según precisa el evangelista, para acentuar el aspecto horrible

de ese abandono. «Si alguien viene hacia mí —había de repetir Jesús un día, con singular violencia— y no odia a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, incluso su propia vida, no puede ser mi discípulo.» Nunca el Hijo del Hombre insistió con tan evidente resolución de chocar con la Naturaleza. Esta exigencia inaudita no es, sin embargo, el punto de llegada, sino el punto de partida hacia toda santificación. No, aquel Cristo tan amado no era odiado tan violentamente por nada. ¡Qué candidez la de escandalizarse porque muchos, entre cuantos habían visto a Cristo en la carne, pudieron dejar de amarle! Muchos atenúan el alcance de sus palabras más ásperas, calificándolas de mera hipérbole; todos los orientales usan un léxico excesivo. Y, no obstante: «Estas palabras son muy duras —refunfuñaban los judíos—, y ¿quién podría escucharlas?» Irritaba, pues, a los propios semitas acostumbrados al estilo hiperbólico. Aun en la actualidad siguen pareciendo tan duras y siempre tan odiables como entonces. El amor absoluto repele a los mediocres, choca con la falsa minoría selecta, asquea a los delicados. Y, sin duda, sus enemigos le odiarían todavía mucho más de lo que le odian (¡e incluso sus pretendidos amigos!), si no sustituyeran al aburrido y empalagoso rabino de modelo corriente, al hombre que realmente vivió y manifestó un carácter de extraordinaria «entereza» en el sentido metafísico; y, en realidad, implacable. Es su ignorancia la que hoy día induce a muchas personas a odiar a Cristo. Si lo conocieran no lo soportarían.

Jesús había sopesado tanto sus palabras que nos advirtió la necesidad de poner a prueba nuestras fuerzas antes de decidernos a seguirle: «Pues quién de vosotros —nos dice—, si se propone construir una torre no se sienta antes para calcular el gasto necesario y ver si tiene con qué acabarla, por temor de que una vez puestos los cimientos al

edificio no pueda llevar la obra a su fin, y que todos los que le vean luego se burlen de él, diciendo: "este hombre comenzó a construir y no pudo terminar..."» Es la historia de todas las falsas partidas hacia Dios: ¡es tan dulce convertirse y verse perdonado! Pero Cristo mismo nos invita a medir primero nuestras fuerzas, sabiendo adónde nos arrastra y que no nos amó para que nosotros nos burlemos de ello.

VI

LOS MERCADERES EXPULSADOS DEL TEMPLO

Después de una breve estancia en Cafarnaum, en donde el demonio lo denunció a todos por boca de los poseídos y donde los enfermos no le dejaban en paz, se fue a Jerusalén, pues era tiempo de Pascua, y la época de las grandes hecatombes: los mercaderes llevaban al atrio del templo rebños de bueyes y corderos para los ricos. Otros vendían las palomas ofrecidas en sacrificio por los pobres. Los cambistas se hallaban a la disposición de cuantos tuvieran necesidad de sus buenos oficios. ¿Podía haber cosa más sencilla y qué había en ello que pudiera escandalizar? «Puesto que es para el Buen Dios...» ¡Pequeña frase eternal Y he aquí que de repente surge un hombre furioso, armado de un látigo; no de un látigo de niño, sino uno hecho con cuerdas. Sus discípulos, atónitos, se guardaban bien de imitarle. Expulsa al ganado, vuelca las mesas y grita: «¡Quitad todo esto de aquí! ¡No convertáis en un mercado la casa

de mi Padre!» ¡Qué escándalo! Todos los cobardes huyeron detrás de sus animales. Sus propios amigos ignoraban que Él era el Amor. ¿Cómo hubieran podido discernir en aquel estallido el amor del Hijo para con su Padre?

Tuvo que detenerse, jadeante, con la cara bañada en sudor. Los judíos refunfuñaban: «¿Qué signo nos mostrarás para obrar de esta suerte?» Jesús les miraba. Hubiera podido realizar ante sus miradas cuanto le hubiesen exigido, curar a todos los inválidos que se hallaban allí y a quienes Él atraía por doquier, que le perseguían como moscas. Sin duda lo hubiera hecho si uno de aquellos desgraciados se hubiera destacado de la muchedumbre y tenido la audacia de implorarle; mas todos temblaban ante los doctores de la Ley... y también ante Él, acaso al verle estremecido de ira, con el látigo de cuerdas en su puño cerrado.

Entonces se volvió hacia sus adversarios, fariseos, doctores y sacerdotes. Sonrió un poco y dijo: «Destruid el templo, y yo lo reconstruiré en tres días...» ¡Por fin! Helo aquí en flagrante delito de irreverencia e impostura. Este hombre se burla de ellos groseramente, según creen. Jesús hablaba del templo de su cuerpo. Sin embargo, aun cuando fuesen de buena fe (y sin duda la mayoría lo era), ¿cuál de sus interlocutores podía comprenderle? ¿Les estaba Cristo desorientando ex profeso? No es posible que fuese su deseo que, oyéndole, no le entendieran y, viéndole, no le vieran. Les quiso cegar porque sólo merecían las tinieblas. Merecían las tinieblas porque hubiera sido posible que no fuesen tan ciegos.

«¡Destruid este templo y yo lo reconstruiré en tres días!» Los doctores, los fariseos, los detentores de la letra cambian miradas y se regocijan. Dos de ellos graban esta frase odiosa en su memoria; se la recordarán el día de la justicia, dentro de tres años, cuando el Hijo del Hombre les sea entregado por fin, y apretujándose en torno del sumo

sacerdote buscarán testimonio contra el impostor. Quizá Jesús, en aquel minuto en que aún tenía en la mano el látigo de cuerdas, contemplaba ya aquel lugar futuro de su vida, cuando dos de ellos se presentarían para acusarle:

—Este hombre dijo que podía destruir el templo de Dios y reconstruirlo en tres días...

Acaso escucha ya en su corazón la pregunta del sumo sacerdote:

—¿No contestas nada a lo que estos hombres deponen contra ti?

NICODEMO

Mas la hora de las tinieblas aún no ha sonado. Entre los fariseos que rodean al Hijo del Hombre, no todos son unos zorros. No es suficiente ser un fariseo para atraerse su odio. Uno de ellos, miembro del Gran Consejo, doctor en Israel, estaba turbado ante lo que oía y veía. Hubiera querido conversar con el desconocido. Pero allí estaban sus cofrades, su carrera... Un alma recta, sin duda, la de Nicodemo; pero de otra casta que los pescadores galileos que, al seguir a su Maestro, no tenían más que perder que una vieja barca y unas redes remendadas. Un doctor, en Israel, está obligado a mayor prudencia que las gentes vulgares. La prudencia es una virtud, y no es bueno provocar escándalo cuando uno ocupa un cargo público.

Y, no obstante, Nicodemo no pudo resistirse a aquella tentación, a aquella atracción. No fue el menor milagro de Jesús haber turbado a aquel hombre llegado ya. En medio de la noche (semejante a los que van a santificar su Pascua en secreto, en una ciudad lejana), el gran personaje se acerca a Jesús, que no le rechaza. E, incluso, puesto que es doctor en Israel, la verdad le será

profundamente revelada.

Aquí aparece la especie de ininteligencia peculiar de algunos filósofos profesionales: el Hijo del Hombre se encuentra al mismo nivel que los pescadores, los publicanos y las mujeres perdidas... Mas el sabio Nicodemo le desconcierta por la candidez de su lógica. «¿Cómo podría uno volver a nacer por segunda vez? ¿Sería necesario volver al seno de su madre?», opondrá aquel hombre docto a Él, que le entrega el secreto de toda vida espiritual: morir en la carne para volver a nacer según el espíritu.

Prudentemente, Nicodemo se retira antes del alba. Sin embargo, se iba por el lado de la luz. Tímido o cobarde por naturaleza, conservador de una posición adquirida, no por eso su corazón dejaba de ser afectado. La Gracia iba a trabajarlo lentamente a lo largo de todos aquellos años, hasta el día en que, tímidamente, se atrevería a salir en defensa del nazareno, en pleno Consejo..., hasta aquella hora de las tinieblas, cuando por fin se descubriría a sí mismo: y los perfumes que Magdalena iba a verter sobre los pies del Señor viviente, él los derramaría, sin temer ya nada más de los judíos, sobre el desgarrado cadáver de su Dios. Y Jesús respiraba ya, cuando Nicodemo estaba allí bajo el manto de la noche, un aroma de mirra y de áloe.

VII

LA SAMARITANA

En aquellos días surgieron dificultades entre los discípulos de Juan y los de Jesús. Jesús no bautizaba Él mismo, pero no impedía a sus discípulos que lo hicieran, y éstos atraían mayores multitudes que el Bautista. Este procuraba apaciguar a los suyos con estas palabras sublimes:

El que tiene a la esposa es el esposo. Pero el amigo del esposo, que está presente y lo escucha, experimenta una gran alegría al oír la voz del esposo. Esta es también mi alegría..., es preciso que Él crezca y yo me disminuya...

No obstante, será el Hijo del Hombre el que le deje el campo libre. Jesús, para volver a Galilea, hubiera podido seguir el Jordán, al igual que cuando su último retorno, y como lo hacían casi todos los judíos con tal de evitar a Samaria, región menospreciada y maldita desde que unos colonos asirios habían entronizado allí sus ídolos. Los samaritanos hicieron algo todavía peor: acogieron a un sacerdote rebelde, expulsado de Jerusalén, y

éste había erigido un altar en el monte Garizim.

Jesús siguió aquella ruta, a través de las mieses de Samaria, para encontrar un alma, desde luego no menos mancillada ni mejor dispuesta para el bien que la mayoría; por esta alma, sin embargo, y por ninguna otra, entró en territorio enemigo. La primera recién llegada, la primera a quien habría de encontrar y de la que se valdría para alcanzar muchísimas otras. Derrengado, se sienta en el brocal del pozo que Jacob había excavado un poco antes de llegar a la pequeña ciudad de Síjar. Sus discípulos se alejaron en busca de pan, y Él esperaba su regreso.

La primera alma que apareciera... Resulta que es una mujer; Jesús hubiera podido tener más de un motivo para no dirigirle la palabra. Primero, no era conveniente que en el camino un hombre hablase a una mujer. Además era judío, y ella samaritana. Y, por fin, Él, que conoce los corazones como también los cuerpos, no ignora quién es aquella encantadora persona.

Era el Hombre-Dios el que alzó los ojos hacia aquella criatura femenina. Él, la Pureza infinita, que no tuvo que matar el deseo bajo su forma más baja y triste, no por eso deja de ser el deseo encarnado, puesto que es el amor encarnado. Quiere con violencia el alma de aquella mujer. La quiere con una avidez que no admite espera ni aplazamiento, sino que se manifiesta en el acto, en el instante y en el mismo lugar. El Hijo del Hombre exige la posesión de esa criatura. Poco importa lo que ella sea; una concubina, una mujer que ha rodado por doquier, a la que seis hombres tuvieron en sus brazos, y aun aquel con quien ella está ahora, y que goza con ella, no es su marido. Jesús toma lo que encuentra, recoge a un alma cualquiera, para que su reino se haga. La mira y decide que, en su nombre, esa criatura se apoderaría de Síjar ese mismo día y fundaría en Samaria el reino de Dios. Durante toda la noche se había cansa-

do de catequizar a un doctor de la Ley, para darle a entender lo que significa morir y nacer de nuevo.

La mujer de los seis maridos comprenderá al instante lo que el teólogo no alcanzaba a comprender. Jesús le mira a la cara; no acusa ese gesto de desdén, esa retractación de los virtuosos ante una muchacha que vive del amor. Ni siquiera indulgencia, ni convivencia. Es un alma, la primera que ha llegado y de la que va a valerle. Una flecha de sol atraviesa un tiesto en medio de las basuras, y surge la llama, y ya toda la selva se incendia.

Es la hora sexta. Hace calor. La mujer se oye llamar. ¿Le está dirigiendo la palabra aquel judío? En efecto, acaba de decir:

—Dame de beber.

Inmediatamente, coqueta y burlona, contesta a aquel sudoroso desconocido:

—¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?

—Si conocieses el don de Dios y supieras quién es el que te dice «dame de beber», tú pedirías de él, y él te daría agua viva.

Cristo salta por encima de las etapas normales: la frase es incomprensible para la samaritana; mas Él ya ha penetrado, como un ladrón nocturno, en aquella alma oscura. Ella debía experimentar en todo su ser la investidura de su alma, y que el desconocido, cuyo sudoroso rostro contempla, y cuyos pies estaban grises a causa del polvo de los caminos, ocupaba todo su interior, y que aquel flujo tan vivo era irresistible. Turbada, dejó de burlarse, y, como todas las mujeres, comenzó inmediatamente a hacer unas preguntas de niña pequeña:

—Señor, no tienes nada para sacar el agua, y el pozo es profundo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Eres más grande que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual él bebió, así

como sus hijos y su ganado?

Jesús no tiene tiempo que perder: con un ademán impaciente va a lanzar a aquella mujer en plena verdad. Le dice:

—Quienquiera que beba de ese agua, volverá a tener sed. Mas el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed nunca más. Y el agua que yo le daré será en él una fuente de agua viva que salte para vida eterna.

Toda palabra del Señor debe ser tomada al pie de la letra... De modo que muchos han creído haberse embriagado con aquella agua, y se equivocaron, y no era ésa de la que hablaba Jesús, ya que aun cuando hubiesen bebido de ella, todavía tendrían sed. No obstante, la mujer contestó:

—Señor, dame de esa agua para que yo no tenga nunca más sed y no tenga que venir aquí a sacar agua.

—Vete, llama a tu marido y volved juntos aquí.

Siempre el mismo método para persuadir a seres sencillos: el que había empleado con Natanael cuando le dijo: «Te había visto bajo la higuera.» Le revelaba de golpe y porrazo aquel conocimiento que tenía de sus vidas, o, mejor dicho, su poder de instalarse en ellos, de establecerse en el fondo más secreto de su ser; y por esto, cuando la samaritana le contestó: «No tengo marido», replicó:

—Tienes razón al decir «no tengo marido». Porque tienes cinco maridos, y el que tienes ahora no es tu marido; en esto has dicho la verdad.

La mujer no pertenecía a la raza regia de Natanael ni de Simón, de los que inmediatamente se hincan de rodillas, golpeándose el pecho. En principio no es más que una pecadora sorprendida en flagrante delito y que, para desviar la atención de aquel rabí demasiado clarividente, lleva el debate a un plano teológico. Tras haber balbuceado: «Señor, veo que eres un profeta...», añade precipitadamente: «Nuestros padres habían adorado en

esta montaña, y vosotros decís que para adorar hay que ir a Jerusalén...»

Jesús no se deja arrastrar, sino que descarta la objeción con pocas palabras... Mas el tiempo apremia: ya ve regresar a sus discípulos con las provisiones. Les oye hablar y refr. Todo debe cumplirse fuera de su presencia. La verdad será, pues, dada de una sola vez a aquella pobre mujer.

—Llega la hora, y ya llegó, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.

Y la samaritana dice:

—Sé que el Mesías vendrá y que nos instruirá acerca de todas las cosas.

Los pasos de los discípulos resuenan ya en el camino. Para hacer entrega del secreto que aún no ha revelado a nadie, Jesús escoge a aquella mujer que tuvo cinco maridos y que hoy tiene un amante.

—Yo lo soy, el que te está hablando.

Y, al mismo tiempo, una gracia de fe fue dada a aquella miserable, tan poderosa que ni la menor duda hubiera podido rozar ya su mente: sí, aquel pobre judío derrengado que había caminado mucho bajo el sol y sobre el polvo de los caminos, y que se moría de sed hasta el punto que mendigaba un poco de agua a una samaritana, era el Mesías, el Salvador del mundo.

Se quedó petrificada, hasta que oyó a los que estaban con aquel hombre y se acercaban ya. Entonces echó a correr como una persona cuyas prendas han empezado a arder, entró en Sijar, alborotó a las gentes y gritaba:

—¡Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo cuanto yo había hecho!

Diríase que Cristo, siempre sentado en el brocal del pozo, mientras sus apóstoles le presentaban un mendrugo de pan, siente una cierta dificultad en volver al estrecho universo en que ellos le obli-

gan a vivir: «¡Maestro, comed!», insisten. Pero el Amor vivo, desenmascarado por aquella mujer, no ha tenido el tiempo necesario de volver a ser un hombre que sufre hambre y sed.

—Yo ya he comido una comida que vosotros no conocéis.

Esta respuesta procede todavía de otro mundo. Las pobres gentes se imaginan que alguien le había llevado algún plato misterioso. Él mira sus ojos desorbitados, sus bocas entreabiertas, y más allá de las cosechas de Samaria, bajo la luz cegadora, las mieses que blanquean: por encima de las mieses, unas cabezas que se mueven: la muchedumbre que la mujer arrastra hasta Él (acaso su amante va entre ellos).

Jesús, por fin, toca la tierra, les habla de las cosas de la gleba que conocen, cita un refrán popular, les da seguridad y les lleva a comprender que cosecharán lo que Él sembró. Ya les había hecho «pescadores de hombres»; ahora, serán segadores de mieses humanas.

Se quedó dos días entre los tan sufridos samaritanos, dándoles así a los suyos un ejemplo que se transmitirá en vano al resto de la tierra. En efecto, si existe parte del mensaje cristiano que los hombres rechazaron y rehusaron con invencible obstinación, ésta es sin duda la fe en el valor igual de todas las almas, de todas las razas, ante el Padre que está en el cielo.

VIII

TUS PECADOS TE SERAN PERDONADOS

Apenas regresado a Galilea, los testimonios de su poder se multiplican hasta tal punto que los fariseos, de momento, renuncian a un ataque de frente. Aún les queda sorprenderlo en el error: nada tan fácil para casuistas como ellos y cuya delectación consiste en analizar con refinamiento todas las sutilezas de la Torá. Su tarea era tanto más fácil cuanto que Jesús no hacía nada para evitar la celada que se le tendía, sino que se precipitaba en ella con premeditación. No obstante, les era inaprehensible, pues no comprendían los móviles de sus actos. ¿Qué pretendía, en efecto? ¿Qué buscaba? Por muchas cosas que pudieran pensar acerca de Él, los fariseos eran incapaces de imaginarse tamaño crimen, completamente inconcebible para un judío: siendo hombre, hacerse Dios. Esto, a pesar de todo, ¡hubiera sido demasiado fuerte! Y, sin embargo...

Es preciso olvidar todo cuanto sabemos sobre Jesús y cuanto se haya cumplido en la Tierra en

su nombre: hay que colocarse en el lugar de uno de aquellos doctores venidos de Jerusalén, o que residían en Cafarnaum. Observan de cerca al que les parece un agitador, muy de cerca, pues el pueblo les abre paso y pueden ocupar las primeras filas. El escribano que me imagino, confundido entre otros muchos más importantes, acabó por penetrar en la casa ocupada por Jesús y a quien la muchedumbre asedia. Pero ya la oleada humana se ha cerrado tras ellos. Unos hombres que conducen a un paralítico, procuran en vano abrirse paso. Sin duda vienen de muy lejos, a costa de muchas fatigas. No volverán a marcharse sin haber podido ver a Aquel en cuya busca han venido. Llegarán hasta Él, costare lo que costase. Toman una decisión desesperada: izan al enfermo al tejado, con su camilla, quitan las tejas y bajan su carga hasta la misma habitación en que Jesús está sentado, provocando sin duda muchas protestas, gritos e incluso amenazas.

El escribano observa al curador, con los ojos fijos en sus labios y en sus manos. Ahora bien, las palabras que van a sonar serán extrañísimas y completamente inesperadas, pues no guardarán ninguna relación aparente con el estado del paciente. O, mejor dicho, sonarán como una réplica súbitamente comprensible, en un diálogo silencioso entre el Hijo del Hombre y aquella criatura yacente:

—Ten confianza, hijo mío; tus pecados te serán perdonados.

Muchas almas simples, frente a frente con Jesús, durante las jornadas de su vida carnal, sentían lo que aún hoy experimentan en presencia de la hostia: bruscamente, se percatan de sus pecados; se daban cuenta de su magnitud y extensión: se veían. La primera gracia recibida era una gracia de lucidez; de ahí la exclamación de Simón: «Alejaos de mí, Señor, porque soy un pecador.» Fue sin duda la misma plegaria muda que formu-

laba el paralítico: no «¡Curadme!», sino «¡Perdonadme!» Entonces se oyó la frase más asombrosa que boca humana pronunciara jamás:

—Tus pecados te serán perdonados.

Todos los pecados de una pobre vida de hombre, los grandes y los pequeños, los más vergonzantes, los que no podrían ser confiados a nadie, los que no sólo son innobles, sino hasta ridículos..., y aquel otro pecado que le era imposible olvidar y en el cual, sin embargo, jamás detenía su pensamiento. Todo queda borrado, sin pedirle precisión alguna, sin indignación, sin risitas malévolas. El Hijo del Hombre no obliga al penitente a morder otra vez su vergüenza; ya le ha elevado bastante alto, suficientemente lejos de toda aquella muchedumbre que se agolpa en torno suyo, para que la curación de su alma triunfe en su espíritu sobre la del cuerpo.

Esta vez los fariseos comprendieron inmediatamente el significado de tan inaudita frase. No se atrevían a indignarse en voz alta. Aquello rebasaba ya todo comentario. Se cambiaban miradas y pensaban. «¿Quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?» La blasfemia es tan enorme que aún no se atreven a acusarlo de blasfemo. Pero ya el Hijo del Hombre ha pasado al ataque, asestandoles por dos veces la prueba de su omnipotencia, leyendo en los corazones: «¿Qué estáis pensando en vuestro corazón?», e inmediatamente, el que sólo parecía haber advertido las úlceras de aquella alma encogida, el que va derecho a las almas, detiene su mirada sobre el cuerpo inmóvil tendido a sus pies. Se dirige entonces a los fariseos:

—¿Qué es más fácil decir: «Tus pecados te serán perdonados»... o «levántate y anda»? Pues bien; para que sepáis que el Hijo del Hombre recibió en esta tierra el poder de perdonar los pecados, te ordeno que tomes tu cama y vuelvas a tu casa.

El paralítico se levanta en medio de los gritos

de alegría de la multitud. Y sin duda los fariseos aprovecharon el tumulto producido para desaparecer. Mas el escribano, que supongo sea aquel de quien habla san Mateo, entusiasmado, le gritó a Jesús:

—Maestro, te seguiré dondequiera que vayas...

Quedaba seducido por el seductor, se sometía a su omnipotencia, le rendía las armas. Sin duda esperaba una mirada, una frase que le pagase de pronto su sumisión tan repentina; pero lo que provenía de aquel hombre nunca era lo que se esperaba de Él. Jesús, aún estremecido por lo que acababa de realizar, le contestaba:

—Los zorros tienen sus madrigueras, y los pájaros del cielo sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza.

Parece decir: «Durante mucho tiempo me tomasse por un seductor: pues bien, he aquí mis seducciones y lo que prometo a los que me aman. Y aun este renunciamento a todo es la parte más dulce de cuanto les reservo. Muy pronto, en este vacío, en esta nada, prepararé un lecho a su uso, en donde el emplazamiento de los pies y las manos estará marcado de antemano.»

Es posible que el escribano haya pensado para sus adentros: «Me he precipitado demasiado... Ha querido ponerme a prueba porque no me conoce.» Luego, en aquel momento, una voz se elevó de entre los discípulos familiares del Maestro:

—Señor, permitidme que vaya antes a sepultar a mi padre.

—¡Sígueme! Y deja a los muertos sepultar a los muertos.

La pátina de los siglos cubre el brillante y duro metal de estas palabras: siglos de comentarios leñitivos y atenuaciones. En efecto, la verdad no se mira de frente; la verdad literal de estas palabras de las que ninguna pasará. Pero, ¡por Dios!, incluso podemos medir hasta qué punto son verdad estas palabras cuando en cualquier entierro ofi-

cial contemplamos a los asistentes: todos esos rostros astutos, enfermos, marcados por la doble marchitez del tiempo y de los crímenes, esas carnes maceradas, en la salsa de sus vicios, esa multitud de cuerpos (y el nuestro es uno de ellos), cuya corrupción está más avanzada que la del muerto, al que inciensan, pues de éste, por lo menos, ya sólo quedan los despojos; el alma está en otra parte, purificada por un fuego desconocido. Sin embargo, nosotros, que creemos sobrevivirle, «nosotros», somos los hediondos: el olor de la podredumbre espiritual sobrepasa el otro.

«Deja que los muertos entierren a los muertos...» Acaso el escribano no pudo comprender más. Quizás el discípulo se alejó. No obstante, Cristo habló esta vez como Dios. Aun cuando hubiera gritado: «¡Yo soy Dios!», no se hubiera revelado tan claramente. Sólo en favor de Dios podemos abandonar a unos meros mercenarios el cuidado de sepultar el pobre cuerpo del que habíamos nacido. No obstante, en vano busco entre mis prójimos, en todas las buenas familias que frecuento, a la persona a quien tamaño exigencia no hubiera sacado de sus casillas. Cada una de las palabras de Cristo le ganaba muchas almas, pero le quitaba muchas otras: en torno de Él hubo un continuo ir y venir de corazones, un perpetuo remolino.

LA VOCACIÓN DE MATEO

Y he aquí que de repente el Hijo de Dios, que tuvo sus buenas razones para desconcertar al escribano y al discípulo, se detuvo a orillas del lago ante la mesita detrás de la cual un publicano estaba sentado: lo más vil y más menospreciado entre los judíos, un subalterno de las gentes de presa

al que el Estado subarrendaba el cobro de ciertos impuestos. Acosaban al pueblo y se mezclaban vilmente con los gentiles: la hez de la sociedad. Jesús miró, pues, a ese Leví, hijo de Alfeo, sentado tras su despacho de peaje, y le dijo: «¡Sígueme!»

Sin duda le conocía ya, al igual que a Simón y a los hijos de Zebedeo —eran sus amigos antes de haber oído esta orden de abandonarlo todo—. Al pasar, el Maestro había visto a menudo dirigirse a Él esta mirada de perro infeliz; había recibido en pleno corazón el deseo de una criatura llena de amor, pero que ni siquiera imaginaba que un publicano pudiera permitirse hablar al Hijo del Hombre, y todavía menos seguirle. Jesús, que odia con un odio impotente (puesto que apenas lo ha empleado todavía) la complacencia de los falsos santones, no resistía en un hombre tamaña convicción de su propia miseria, y así aniquiló a la criatura ante la pureza de Dios.

Leví (¿se llamaría ya a la sazón Mateo?) se levantó, pues, y siguió a Jesús... O, mejor dicho, ante el estupor y el escándalo, pero también la alegría de los fariseos cuyo grupo volvía a formarse a cierta distancia, era Jesús quien seguía al inmundo peajero y quien entraba en su casa y se sentaba a su mesa, a la que toda una chusma estaba invitada; gentes de la posición de Leví, de quienes todavía dicen algunos «que no se les trata», «que no son recibidas en ninguna parte». Los doctores tienen ya su desquite; cerca de la puerta, rodean a los discípulos intimidados y les asestan un golpe directo: «¿Por qué vuestro maestro come con los publicanos y los pecadores?» Y ellos no saben qué contestar. Entonces, de entre los invitados, se levanta una voz temible:

—No son los sanos quienes necesitan del médico, sino los enfermos. Aprended —¡con qué rudeza envía a aquellos teólogos a reanudar sus estudios! —, aprended lo que significa la frase: «Yo

quiero la misericordia y no el sacrificio», pues yo he venido para llamar, no a los justos, sino a los pecadores.

Existe una hipocresía peor que la de los fariseos: el cubrirse con el ejemplo de Cristo para ceder a la codicia propia y buscar la compañía de los viciosos. Él es un cazador que rinde a las almas allí donde se esconden: no busca su placer con las criaturas fáciles. Pero a nosotros sólo ellas nos pierden y no llegamos a salvarlas.

IX

JUDAS

Los fariseos no podían continuar ignorando la inimaginable pretensión de aquel hombre. Es preciso comprender lo que significa para un israelita el «Dios uno» separado de la criatura por verdaderos abismos. A partir de entonces, ante cada gesto del blasfemo, y ante cada una de las palabras que ellos espían, su método consistirá en recordarle puntualmente el texto de la Torá. Lo mismo si sus discípulos cogen algunas mieses en sábado o Él mismo cura ese mismo día de la semana una mano paralítica, la jauría se hallará a su lado para dar voces, para apuntar el hecho con vistas al día de saldar las cuentas. Él, sin embargo, lejos de defenderse, les provoca y ¡con qué temeridad!

«El Hijo del Hombre es amo incluso del sábado.» ¿Qué personalidad se atribuye? ¿Está loco? Ya se había atrevido a decir: «El sábado está hecho por el hombre y no el hombre por el sábado...», lo que era ya demasiado fuerte; pero, ¡amo del sábado! A partir de aquel día, su perdición

está ya decidida. Sin embargo, Jesús volverá a veces a la prudencia. No tenemos ningún derecho a decir que el Dios, a pesar suyo, se traiciona con demasiada premura, que lo estrangula, que lo deja respirar a veces en la superficie, cuando no hay nadie presente para sorprenderle, salvo una pobre mujer de Sijar. Diríase, no obstante, que en público se esfuerza todavía en sofocar los gritos que proclaman en Él al Autor de la vida. Mas no se contiene en afirmar que es amo incluso del sabado.

Ya está crucificado en muchos corazones. En Jerusalén se celebran conciliábulos. No puede perderse un solo día. En efecto, el tiempo para sembrar es breve, Jesús mide lo que aún le queda por vivir. Todavía disponía de unos cuantos meses para ilustrar a aquellas pobres gentes de quienes está decidido a servirse y que tendrán que renovar la faz de la tierra. Ellos le quieren ardientemente, sin duda, y esto es lo esencial. Mas no comprenden nada todavía.

Quizá con una sola excepción: el hombre de Queriot, ese Judas llamado el último de los doce que Jesús eligió como discípulos suyos. Se le nombra después de Simón y Andrés, después de Santiago y Juan, Felipe y Bartolomé, después de Mateo y Tomás, después del otro Santiago, hijo de Alfeo, y del otro Simón, llamado el celador, y Judas. ¿Cómo Judas fue ganado para la causa? Se le confiaba la bolsa; era el hombre práctico, sin duda el que en un principio demostrará más fe en Jesús, pues siendo hábil le había seguido: una fe indomable en el éxito temporal del Señor. Los demás también tenían fe, pero menos que Judas. Los que más cerca estaban del corazón de Jesús, y el propio hijo de Zebedeo, creían su fortuna asegurada. Veían ya resplandecer el trono que les esperaba.

Por su propia cuenta, pero en pequeña escala, Judas, a lo largo de aquellos tres años, debió de

explotar el manantial de agua viva y organizar los beneficios. Inteligente, pero de limitados horizontes, al derrumbarse todo (precisamente por culpa de ese loco que, creía él, había malbaratado a su gusto unos magníficos dones y provocado la enemistad de todos) no comprendió que el asunto —lo que para él era un asunto— volvería a plantearse y que todo cuanto él esperase del mismo quedaría rebasado de una forma inigualable. Y Cristo lo sabía también. Judas estaba con Él desde el comienzo, y está todavía con Él, y estará hasta el final.

Sin embargo, trataba de no engañarle: «No toméis ni oro ni plata —ordenábase al enviarles de dos en dos para anunciar la buena nueva—, ni ninguna moneda en vuestra cintura, ni ningún saco para el viaje, ni dos túnicas, ni zapatos, ni bastones...»

Judas sonrió y pensó: «¡Si debiera tomarse al pie de la letra todo cuanto nos dice nuestro querido Señor...!»

«Os envío como corderos en medio de los lobos.» (Judas murmura: «Habla para los demás.») «Sed, pues, prudentes como las serpientes...», y Judas: «Con respecto a esto, ¡pierde cuidado!»

«Guardaos de los hombres, pues os flagelarán en sus sinagogas.» («En cuanto a mí —piensa Judas—, ¡yo ya sé cómo hay que hablarles!») Y desprecia a sus compañeros porque les ve estremecerse ante lo que el Maestro les vaticina: «El hermano entregará al hermano a la muerte, y el padre a su hijo, y los hijos se levantarán contra sus padres y los harán morir...» ¿Por qué tamaño estupor?, preguntábase Judas, observando de soslayo a sus camaradas; ¿qué idea se forman de la familia? Judas sabe desde hace mucho tiempo que es cierto: que hay padres e hijos que se odian. Le gusta en Cristo esta visión sencilla y llana, esta mirada de Dios sobre el horror humano. En aquel mismo instante, el Maestro anunciaba:

—¡Seréis objeto de odio a causa de mi nombre!

Perfectamente..., pero ello no atemoriza a Judas. Los otros tiemblan, pero él, Judas, consiente en ser odiado, a condición de que se le tema. Pues bien, le temarán, ya que poseerá las palabras maestras, los poderes del propio Jesús sobre la materia y la vida. ¡Ah! ¡El día en que se vea libre de expulsar a los demonios y curar las enfermedades, podrá burlarse del odio o del amor de un mundo que le lamerá los pies!

—No temáis —continúa Jesús—, no temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; temed antes al que puede perder el alma y el cuerpo en la gehena.

Judas se encoge de hombros: ¿por qué temer a Belcebú, puesto que será más fuerte que él y ambos se tratarán de potencia a potencia? Muy dueño para expulsarle, lo será igualmente para obtener de él los reinos de la tierra...

Y, no obstante, el mismo hombre de Queriot se enterneció. ¿Cómo dejar de querer a Jesús? A Él sólo sería preciso confiarse con los ojos cerrados. La voz del Maestro se suaviza para asegurar a sus pobres amigos temblorosos: «¿No se vende a un as una pareja de gorriones? Y no cae al suelo ni uno sin que vuestro Padre lo permita. No temáis, pues, nada: mayor precio valéis vosotros que muchos gorriones. De modo que aquel que me haya confesado ante los hombres, será también confesado por mí ante mi Padre, que está en los cielos. Y quienquiera que haya renegado de mí ante los hombres será también renegado por mí ante mi Padre...»

Judas ha recobrado los ánimos: no le gusta mucho esta llamada al corazón; en este punto comprende menos que los demás. Los otros se estremecen de alegría ante la menor caricia, devotos a su maestro como si fuesen perros. Y el ecónomo se irrita al saberlos preferidos a sí mismo.

Pero, de súbito, Jesús ahueca de nuevo la voz. «No penséis que yo haya venido para traer la paz a la tierra. No la paz, sino la espada. («¡Enhorabuena!», piensa Judas.) He venido para provocar la lucha del hijo con su padre, de la hija con su madre, de la nuera con la suegra. Se tendrá por enemigos a las personas de su propia casa. El que quiere a su padre y a su madre más que a mí, no es digno de mí; y el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí...»

En boca de un hombre estas palabras hubieran sido consideradas como monstruosas. Si con una imagen demasiado osada no temiéramos poner en entredicho la indisolubilidad de ambas naturalezas, diríamos que, una vez más, el Dios levanta su formidable cabeza sobre la superficie de la sangre, y que emerge de la carne. Judas cree comprender esas palabras de odio... En verdad, los demás entrevén cómo sólo el amor encarnado puede gritarles sin que el rayo se precipite sobre ellos. Judas imagina un mundo revuelto por Cristo en donde los elegidos, los escogidos, no se dejarán imponer las trabas de ningún sentimiento humano, en donde ningún lazo de la sangre conservará validez. El triunfo de la fuerza, ¡una soledad triunfadora! A buen seguro que para el hombre de Queriot hay alternativas en lo que el Maestro le explica. ¡He aquí que ahora habla de una cruz! Al oírle decir que quienquiera que le siga sin tomar su cruz, es indigno de Él... Judas sonrío: ¡como si se tratase de ser digno de Él! Seguirá al Señor y dejará la cruz para los demás.

Jesús recurre a la frase: «El que salva su vida, la perderá; y el que perdiere su vida a causa de mí, la recobrará.» ¡Qué duda cabe! Judas renuncia a todo para seguir al Señor. Dejó bruscamente sus negocios, que, sin embargo, no iban muy mal. Riñó con gentes importantes... sin dejar de conservar ciertas influencias entre ellas. Y piensa con amargura en los otros once que no hicieron más

que él, y, sin embargo, son más amados que él.

Jesús dice igualmente: «El que os recibe, me recibe a mí...» Judas medita esta frase preciosa entre todas, preñada de consecuencias magníficas. Mas he aquí otras palabras que no le encantan menos: «Y quienquiera que dé sólo un vaso de agua fresca a uno de estós niños por ser mi discípulo, digo en verdad que no perderá su recompensa...» Judas cavila: «También yo soy todavía uno de estos mismos niños, pero creceré rápidamente para que el vaso de agua fresca no sea durante mucho tiempo un vaso de agua fresca.»

Aquellas mismas palabras son recibidas por otros once corazones que todavía no las entienden, pero que las acogen como la buena tierra sin conciencia. Las frases contienen el secreto de los secretos; y es que el amor no es un sentimiento, una pasión, sino una persona, alguien. ¿Un hombre? Sí, un hombre. ¿Dios? Sí, Dios. El que está ahí. ¿Qué es lo que necesariamente hay que preferir a todo lo demás? No es suficiente decir que *hay que adorar de una manera exclusiva*. Y, ¡ay de quien se escandaliza! Y los que serán «los suyos» podrán pasar por la vida con los ojos cerrados, no teniendo nada más que temer de los hombres. Nada más que temer, nada más que esperar. Lo han dado todo para obtenerlo todo, confundidos hasta tal punto con su amor, que el que los recibe, recibe también el Amor. Aquellas palabras del Señor dichas al oído de los doce llevan en sí, en germen, la intrepidez de millares de mártires, el gozo de los que han de ser víctimas del suplicio; a partir de entonces, cualquiera que sea la cosa horrible que pueda ocurrirles, a los amigos de Jesús les bastará levantar los ojos para ver el cielo abierto.

X

EL SERMÓN DE LA MONTAÑA

Al bajar de nuevo en compañía de los doce, encantados y temblorosos, se detuvo junto a una planicie. No sólo la multitud de discípulos le cerraba el paso, sino otra muchedumbre venida de Jerusalén, de Tiro y de Sidón. Habló secretamente a sus amigos. Y, ahora, va a dirigir a la multitud las palabras por las que había venido a este mundo. En lo que va a decir apenas habrá nada cuyas partes esenciales no pudieran encontrar sus oyentes en tal o cual versículo de los salmos. Mas Él, el nazareno, habla como quien tiene autoridad para hacerlo: «Y yo os digo...» Lo nuevo es el acento, y la palabra más pequeña adquiere un alcance incalculable. Para otro hombre, no parece más vano exclamar: «Hágase la luz», que declarar: «Mi mandamiento es que os améis los unos a los otros...» Mas cuando es Dios el que habla, la luz derrámase dócilmente sobre la tierra, y el manantial de un amor desconocido brota de re-

pena incluso en el mismísimo corazón del duro imperio de Roma.

«Bienaventurados..., bienaventurados..., bienaventurados...» Los que se hallan en las últimas filas y sólo oyeron esta palabra gritada nueve veces, podían creer que fuera un mensaje de dicha y felicidad. Y tenían razón en creerlo. Por un cambio aún más asombroso que el de Caná, la pobreza convertíase en riqueza, y las lágrimas en alegría. La tierra pertenecía no a los belicosos, sino a los apacibles.

Pero toda bienaventuranza implica una maldición: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos...», significa que los que no se desligan del espíritu quedan excluidos del Reino. «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios...», deja entrever que los corazones impuros no verán a Dios. Ahora bien, las virtudes a las que se promete la felicidad, ¿son las mismas que más repugnan a la Naturaleza? Porque, a fin de cuentas, ¿quién es pobre de espíritu? ¿Quién podría vanagloriarse de haber admirado en un hombre, aun cuando sea piadoso, y sobre todo cuando lo sea, la pobreza espiritual? En los que se creen perfectos inspira horror el apego apasionado a sus modos de pensar, a sus puntos de vista.

«Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra... Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados los hijos de Dios.» ¡Oh, dureza de este mundo! La dulzura y la suavidad son aún y serán siempre la cosa más despreciada. A partir de la infancia, en clases de párvulos, los mansos son perseguidos, Nietzsche es, en el fondo, el filósofo del sentido común.

El mundo moderno, ¿es acaso menos duro que el antiguo? Nada ha cambiado, salvo que las Bienaventuranzas fueron proclamadas de una vez para siempre en una ladera, que ninguna de ellas caducará, que de generación en generación unas

pocas criaturas se las transmitirán de corazón a corazón. Y esto es suficiente: «Sois la sal de la tierra.»

Sólo falta un puñado de sal en la masa humana para que ésta no pueda corromperse. ¡Mas, que la sal no pierda su fuerza! La dicha que Jesús aporta a la tierra y proclama en este primer discurso suyo, la ve amenazada en todo instante. ¿Qué significaba «pureza» para aquellos pobres circuncisos, atentos a sus palabras? ¡Ser puro! En los días de Tiberio, ¡qué postulado más inconcebible! «Oisteis que fue dicho: no adulterarás...» Sí, es la ley universal, universalmente violada, pero cuya enunciación no podía sorprender a nadie. Ahora bien, el nazareno añadirá a la vieja ordenación vilipendiada un mandamiento nuevo contra el cual, veinte siglos después, el mundo se subleva todavía, burlándose de él e intentando en vano sacudirse de él, sin conseguir arrancarlo de su carne: desde que Jesús hablara, sólo encontrarán a Dios quienes acepten este yugo: «Mas yo os digo que quienquiera que mire a una mujer con codicia, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón.»

El crimen queda, por esta sola frase, establecido ya a partir de este acto: la mancha refluye hacia el interior y se remonta hacia su fuente. Más que ninguna maldición, estas pocas palabras reducen a polvo la justicia de los fariseos. A partir de ahora, el drama se verificará en nuestro fuero interno, entre nuestro deseo más recóndito y ese Hijo del Hombre que se disimula en lo secreto de los corazones. La virtud de los fariseos, como el vicio de las cortesanas y los publicanos, ya no es más que mera apariencia. Para cada uno de nosotros, el misterio de la salvación se jugará en las tinieblas, que sólo la muerte disipa.

Algo más tarde, Cristo definirá su justicia, que es, con toda exactitud, lo que los hombres llaman injusticia. Es aún demasiado temprano (¡ya han saldado su cuenta!) para contarles la historia del

hijo pródigo mejor tratado que el mayor, tan bueno, o de los obreros de la última hora cuyo salario será igual al de los jornaleros que se extenuan desde el alba. Les basta, por ahora, acostumbrarse a la idea de que un hombre «de buena vida y costumbres», si está lleno de deseos, apetitos y sueños, y si se abandona a ellos en secreto, está ya condenado. En efecto, lo que lleva a cabo se confunde con lo que imagina, con aquello a lo que aspira. Lo que comete en su corazón, está ya consumado a los ojos de Dios. La gehena es el precio de sus miradas y pensamientos, de la concupiscencia de los ojos y del corazón que se sacia sin riesgos, lejos de todo control humano.

No filtraremos aquí el mensaje de Cristo; no dejaremos en la sombra las amenazas. Sea o no soportable el pensamiento del infierno, cielo y tierra pasarán, pero no la menor palabra del Señor; y ésta, como todas las otras, deben ser tomadas al pie de la letra: «Si tu ojo derecho te diere ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; que mejor te es que se pierda uno de tus miembros que no todo tu cuerpo sea echado en la gehena... Y si tu mano derecha te fuere ocasión de caer, córtala...» ¿Qué exige, pues, de nosotros? La perfección de Dios, al pie de la letra: «Sed, pues, perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.» El demonio había prometido a Adán y Eva que serían como los dioses; y el Redentor pide que lleguemos a ser semejantes a Dios. ¿Qué es lo que nos pide al fin y al cabo? La caridad no es suficiente; le es precisa la locura de la caridad: ofrecer la otra mejilla, abandonar el manto al ladrón que nos ha quitado ya la túnica; amar a los que nos odian... ¿Está demente? Sí; a los ojos de los hombres lo que exige es un estado de demencia, y la obtendrá de sus bienamados.

La obtendrá, porque los ama. Esta exigencia resultaría intolerable si no procediera del amor hecho carne. Esta gehena de la que habla tranquila-

mente, sin levantar la voz, no desviaría a nadie de los que Él atrae hacia sí, pues la llamada de una pasión infinita les brinda seguridad. El corazón que tanto supo amar a los hombres espera de cada uno la entrega de sí mismo por sí mismo, el abandono, la renuncia a toda cuita, a toda angustia. Lo que exige a aquellos campesinos, es la virtud de la imprevisión. Y que lleguen a ser parecidos a los gorriones, a los lirios del campo. ¿Qué importa la gehena si Dios es nuestro Padre? A partir de entonces puede exigir tranquilamente todo cuanto quiera. Sabemos dónde ir. Nuestro Padre está en los cielos: los que no poseen nada no corren el riesgo de pagar esta verdad inefable a un precio demasiado elevado. «¿Quién de vosotros, si tu hijo le pide pan, le daría una piedra?»

Mas nunca nosotros podríamos llegar a ese Padre que está en los cielos por las vías de los placeres y saciedades. La puerta es estrecha; la vía, angosta. Sobre todo, nada de efusiones hipócritas; la pureza del corazón, pero no los gritos del corazón: «no serán aquellos que griten: “¡Señor, señor...!”»

Diríase que Cristo, tras haber traicionado su corazón, rectifica como si temiese que nosotros pudiéramos abusar de Él. El recuerdo de la gehena queda cortado por unas palabras de ternura ardiente que teme ser mal comprendida y se disimula bajo una amenaza. Los falsos profetas le hacen llorar de antemano. Pone en guardia contra ellos a sus amigos y les da la piedra de toque para juzgar a un hombre que se dirige a nosotros en nombre de Cristo: «Por sus frutos los conoceréis.» El Señor habla aquí como un hombre que, siendo Dios, ve lo que escapa a los ojos humanos. En efecto, ¿cómo juzgar a los seres por sus frutos? Y, ¿cuál de ellos no merecería entonces ser precipitado al fuego? Incluso si se esfuerza en la santidad... Luego, ¿no se os ha ordenado que no juzguemos a nadie? ¡Oh, ley difícil de cumplir! Hay que abs-

tenerse de juzgar, pero no debemos permitir que se rían de nosotros. Perpetua «puesta al día» a la que se invita al alma cristiana. No debe asombrarnos que, a raíz de este juego, los pobres de espíritu y los de corazón puro lleguen, poco a poco, a adquirir sutileza. No hay ninguna contradicción en el sermón, y, sin embargo, todo se opone al mismo. Es sumamente incómodo ser a la vez una paloma, una serpiente y un lirio. La verdad anunciada en la Montaña tiene más matices que la garganta de un pájaro. No se limita a unos cuantos preceptos rígidos que basta seguir, y entonces todo estaría en regla. Es una vida llena de trabas y peligros, en la que todo debe hacerse con prudencia, pero por amor... Desgraciadamente, ¿quién podría estar siempre seguro de amar y verse amado?

Los que no cumplen la voluntad del Padre saben perfectamente que no la cumplen; pero los que creen cumplirla, la violan sin saberlo. El orgullo de ciertas personas muy «avanzadas» en la vía de perfección, o que creen estarlo, rebasa con mucho la vanidad de los mundanos. Sí con dulzura alguien les advierte de ello, en vez de examinar su conciencia brindan a Dios esta injuria, y su orgullo se hincha por añadidura de un mérito. Y como quiera que, reflexionando, estiman que la justicia ha quedado ofendida en su persona, no vacilan nada en cometer tal o cual acto que un pagano llamaría «venganza», pero que ellos llaman hipócritamente «reparación».

Y se trata aun de santos, o por lo menos de esas personas que imitan a los santos. Sin embargo, ¿dónde empieza la hipocresía? ¿Qué árbol humano no es, por alguno de sus frutos, un árbol malo?

EL CENTURIÓN

La ley interior que el Hijo de Dios dio a los hombres en la Montaña fructificó maravillosamente en los días que siguieron. Los enemigos se alejaron por algún tiempo. Aquel amor por el Padre que se derrama sobre el prójimo, aquellas dos pasiones que no son más que una y que Jesús enseña a sus amigos, adquiere en el transcurso de su vida mortal un carácter que no volverá a encontrar nunca más, una vez desaparecido Cristo. Porque Él es el Hijo de Dios; pero el centurión es su prójimo y lo son todos cuantos se acercan a Él. Durante aquellos tres años, el Ser infinito llegó a ser el prójimo de los soldados, los publicanos y las cortesanas.

El centurión que está al servicio de Herodes Antipas y no es judío, ama a los judíos hasta el punto de haberles hecho construir con su dinero una sinagoga. Su criado estaba enfermo y a punto de morir, y él lo quería mucho. Y nosotros ya queremos a nuestra vez a ese centurión para quien la muerte de un doméstico hubiera representado una desgracia. No se atreve a ir él mismo a ver a Jesús, sino que le envía a algunos amigos israelitas para lograr que el Maestro se rebaje hasta franquear el umbral de su casa. Les encarga ese mensaje que la Humanidad, prosternada ante el Cordero de Dios, no cesará de repetir hasta el fin de los tiempos: «Señor, no soy digno de que entréis bajo mi techo. Mas decid una sola palabra y mi servidor sanará. Porque tampoco yo soy digno siquiera de ir hacia Vos. Porque yo, que estoy sometido a unos superiores, tengo a mis órdenes a soldados: y si digo a uno de ellos vete, él se va; y a otro ven, viene...»

«Y, oyéndolo, Jesús se maravilló.» No sólo amaba a los hombres, sino que incluso los admiraba. Y lo que admira de ellos es siempre la misma maravilla; no una asombrosa virtud ni una austeridad extraordinaria, ni una profunda sabiduría teológica, sino cierto estado de entrega de sí mismo, un remordimiento, una derrota, un aniquilamiento, fruto de esa lucidez espiritual que es la gracia de las gracias.

Humildad que la voluntad no sabría alcanzar, ya que sólo se es perfecto a condición de ignorarse. Golpearse el pecho es un ademán que no cuesta nada; y lo mismo que unos labios orgullosos repitan todas las mañanas la oración del centurión y las de su hermano el publicano: «Os doy gracias, ¡oh Dios!, de que no sea yo semejante al publicano...» Así reza el fariseo de hoy día.

XI

LOS DISCÍPULOS DE JUAN

Fue hacia aquel tiempo cuando Jesús se dirigió a Naim y devolvió a su madre el hijo que ella había perdido. La viuda no le había llamado, ni le pedía nada, pues Él aún no había vencido a la muerte. Sin duda muchos decían de Él: «Sí, los paralíticos, los poseídos... todo cuanto se quiera. Pero no resucita a ningún muerto...»

Este prodigio iba a favorecer más el renombre de Jesús que todo cuanto había hecho hasta entonces. Confundió especialmente a los que rodeaban a Juan Bautista, a varios que permanecían hostiles al recién llegado. Su maestro, en el fondo del calabozo adonde Herodes acababa de echarlo, ¿estaría turbado a su vez? ¿Vacilaría en creer? ¿Cuál podía ser su pensamiento cuando había enviado a dos de los suyos a Jesús para preguntarle si era el que debía venir, o si era preciso esperar a otro? Puede ocurrir que tengamos fe en un hombre y, luego, dudemos con respecto a él, porque su conducta no aparece clara. Los discípulos de

Juan contaban a su maestro que el nazareno comía y bebía con las cortesanas y los peajeros; y ni siquiera protestaba contra esta acusación; antes, al contrario, aún se vanagloriaba e impedía ayudar a los suyos «bajo el pretexto de que los amigos del esposo se alegran mientras el esposo está con ellos, y aún habrá tiempo para renunciar a la comida y al vino cuando el esposo les haya sido arrebatado...» Esta clase de manifestaciones inquietaron a Juan Bautista. ¡Si, a pesar de todo, se hubiese equivocado! ¡Si la voz oída no hubiese sido una voz celestial! Los fariseos juran que Jesús realiza sus milagros gracias a Belcebú. Le acusan de que seduce a las almas... y cierto es que se llevó a los mejores amigos de Juan. En el fondo, ¿qué dice de sí mismo Jesús? ¿Qué diría de sí mismo a los enviados de Juan Bautista? Aquella embajada es una prueba a la que el Precursor somete al Cordero de Dios: no puede dejar de creer en él, pero su comportamiento le inquieta; impotente para desarmar a sus amigos, acaso reza en secreto: «Señor, iluminad Vos mismo a aquellos de los míos que dudan de Vos, y a quienes vuestro modo de vivir escandaliza o desconcierta...»

Jesús multiplicó los milagros en presencia de los dos enviados, y luego les dijo: «Id a relatar a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan purificados, los sordos oyen, los muertos resucitan, la buena nueva es anunciada a los pobres. ¡Bienaventurado aquel para quien yo no haya sido una ocasión de caída!»

Después de la marcha de los embajadores, Jesús se refirió a Juan Bautista, no como a un adversario «que había tenido», sino como al más misterioso de los profetas, ya que ese anunciador no forma parte del reino: «el más pequeño en el reino de Dios es mayor que Juan Bautista...» Ese gran árbol despojado se eleva solo en pleno desierto; sus raíces tocan a la ley antigua, y sus ramas más altas alcanzan apenas al Cristo que ha-

bla de él con más admiración que amor. Se vieron, sin embargo, desde su infancia, y volvieron a conocerse: Dios se humilló ante su último profeta, pero sin que hubiese habido entre ellos la unión, la fusión total de dos corazones: como si hubiesen estado separados, fuera del tiempo y del espacio: él camina delante, y no puede ni alcanzar al Cordero, ni desandar lo andado. El Precursor no sabría seguir. Arde y se consume entre los dos Testamentos.

El Hijo del Hombre se irrita a causa del agravio de los discípulos de Juan respecto al ayuno: se puede entrar en el reino de Dios tanto por la risa como por las lágrimas. Pero los judíos no quieren ni lágrimas ni risa. Todavía hoy el «Cántico al Sol», de san Francisco de Asís, no desarma a aquellos de entre nosotros a quienes san Juan de la Cruz rechaza.

«¿A quiénes voy a comparar yo a los hombres de esta generación? —pregunta Jesús—. ¿A quiénes se asemejan? Son semejantes a unos niños sentados en la plaza pública y que se dicen unos a otros: hemos tocado la flauta y vosotros no habéis bailado; hemos cantado canciones plañideras y vosotros no habéis llorado. Pues Juan Bautista ha venido, y no ha comido pan ni bebido vino, y vosotros decís: está poseído por el Demonio. El Hijo del Hombre ha venido, ha comido y bebido, y vosotros decís: es un hombre a quien le gusta comer bien y un bebedor amigo de los publicanos y de las gentes de mala vida.»

LA COMIDA EN CASA DE SIMÓN

El Hijo del Hombre, que aceptaba comer y beber con los pecadores, no rehusaba sentarse tampoco a la mesa de un fariseo como Simón, de quien

san Lucas es el único que nos habla, y que recibe al nazareno con prudente deferencia... Se guarda bien, en efecto, de mostrarse demasiado amable y de hacer excesivos gastos, con vistas a afirmar más tarde que sólo le había recibido en su casa por mera curiosidad: observa una cortesía estricta, sin ofrecerse a Él con entusiasmo, y mostrándose más bien algo frío...

Si Jesús, no obstante, se sienta a aquella mesa, es porque ve venir hacia Él, desde siempre, a la mujer con el jarro de alabastro, una entre millares de ellas, que había entregado, había profanado su cuerpo y su corazón, que sufrió a muerte por las criaturas. Va errante a través de los sinópticos y el Cuarto Evangelio, con su perfume, su hermosa cabellera y su rostro lleno de lágrimas. Según san Lucas, entra en casa del fariseo. Pero Mateo y Marcos la introducen, en la vigilia de la Pasión, en casa de otro Simón, llamado el leproso, y que vive en Betania. En cuanto a Juan, la llama María. Y unos creen que es aquella María Magdalena de cuyo cuerpo Jesús expulsó siete demonios; y otros la toman por la hermana de Lázaro el resucitado y de Marta. ¿Qué nos importa, en el fondo? Esta mujer ha preocupado hasta tal punto los corazones, que el relato que se hizo de su gesto pudo sufrir alteraciones; pero lo esencial subsiste: este encuentro entre la pureza encarnada y el pecado encarnado, para consuelo de aquellos que no cesan de luchar y de edificar diques frágiles contra una marea incansable de sangre y de deseo.

Jesús estaba acostado, con las rodillas levantadas y sus pies descalzos rebasaban el lecho. La pecadora avanzaba por detrás. La mujer cubierta de manchas no se enfrenta con el Cordero de Dios: «...y quedando detrás de Él, a sus pies, deshecha en llanto, los mojó con sus lágrimas y los secó con sus cabellos, y los besaba y los unguía con perfumes...»

Simón observó aquella escena y exhaló un suspiro de alivio: ¡Al fin comprendía claramente! Si aquel hombre hubiera sido un profeta, se hubiese estremecido de asco ante aquel contacto.

Entonces Jesús dijo: «Simón, tengo algo que decirte.» «Maestro, hablad», dijo él. «Un acreedor tenía dos deudores; uno le debía quinientos denarios, y otro cincuenta. Y no teniendo ellos con qué pagarle su deuda, se la perdonó a los dos. ¿Cuál de éstos le amará más?»

Simón contestó: «Creo que aquel a quien perdonó mayor cantidad.» Jesús le dijo: «Has juzgado bien.» Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esa mujer? He entrado en tu casa y tú no me has dado agua para lavarme los pies; ella, en cambio, los ha mojado con sus lágrimas y secado con sus cabellos. Tú no me has besado; pero ella, desde que ha entrado, no ha cesado de besarme los pies. Tú no has untado mi cabeza con aceite, pero ella ha untado mis pies con perfumes. Por esto yo te digo: sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas al que se perdona poco, ama poco.» Luego dijo a la mujer: «Tus pecados te son perdonados.» Y los que se hallaban a la mesa con Él, se dijeron «¿Quién es éste que perdona incluso los pecados?» Y Jesús dijo aún a la mujer: «Tu fe te ha salvado, vete en paz.»

«Porque amó mucho...» Amó mucho a Cristo, desde luego. Sin embargo, ¿no se refiere la palabra asimismo a cuanto puede haber de olvido de sí mismo, de sacrificio y dolor en la pasión más triste? ¿Todo se ha perdido para Dios en ese loco abandono de un ser a otro? Sí, hay que creerlo así: todo se ha perdido.

Y de repente surge la frase, la frase que había oído también el paralítico, la frase más escandalosa de cuantas el nazareno se atreve a proferir: cinco palabras en las que Dios se traiciona irresistiblemente: «Tus pecados te son perdonados...»

Los judíos no se asombraban más de los milagros, ya que Jesús los multiplicaba y ellos fueron acostumbrándose a los mismos. Además, nunca se sabe: puede haber trucos, existe Belcebú, y todo tiene una explicación. Mas una sencilla frase, una afirmación sin prueba les desconcierta más que ningún prodigio. ¿Qué significa, pues, un muerto resucitado, después de un alma que vuelve a nacer? Esta vez el Hijo del Hombre se muestra indiferente a los pensamientos escondidos de los corazones que le rodean, vuelto enteramente hacia aquella pobre mujer anegada en lágrimas, con su jarro vacío y sus cabellos despeinados. Mira aquel cuerpo postrado a sus pies, ese cuerpo cuya historia conoce, ese templo profanado en que, desde hace un instante tan sólo, la Trinidad acaba de establecer su morada.

No obstante, que los duros de corazón no pretendan valerse de este ejemplo. La mujer a la que más se perdonó, ama más. El amor de aquella penitente corresponde a la medida de sus crímenes perdonados. Mas para la mayor parte de nosotros, la ingratitud es la medida de nuestros crímenes, y caemos tanto más bajo cuanto más alto nos eleva la misericordia. Si, no obstante, aquella mujer, en una noche, debía ceder de nuevo al deseo..., pues bien, será a ella a quien veremos volver con una libra de nardo en la vigilia de la agonía del Señor, para una postrera unción, para un perdón supremo.

XII

LOS DEMONIOS DE MARÍA MAGDALENA

Un rasgo nos inclina a confundir a la penitente de los cabellos lacios con María Magdalena: porque a ésta se refieren siempre los Evangelios como a la mujer que el Señor libró de siete demonios. Pues bien, la pecadora que entra en la sala con sus perfumes, no es una desconocida para el Hijo del Hombre. Hubiera podido no decirle, como a las demás: «Tus pecados te serán perdonados...» Porque dicho perdón ha sido ya obtenido. La criatura bañada en lágrimas es, sin duda alguna, una mujer entregada a los demonios desde hace ya bastante tiempo; parece como si hubiera alcanzado entonces, en el camino del regreso, aquel lugar del camino en donde el alma, a la luz del amor, descubre a la vez la multitud de sus crímenes y los penetra uno a uno en su horror, les sigue paso a paso hasta lo más hondo de las almas arrastradas y mancilladas, se pierde y confunde en la red sin fin del escándalo, en las ramificaciones de la responsabilidad.

Ignoraremos siempre cómo esa mujer poseída por el amor con una fuerza más poderosa que la de los siete demonios, había pasado de una posesión a otra, pues el Evangelio nada dice sobre esto. ¿Fue rápido o largamente disputado el combate? Quisiéramos saber si el maestro de toda carne usó de su poder de Dios para yugular aquella o si, por el contrario, la dejó libre y fiaba en el amor que, ante su llamada, comenzaba a brotar a través de tantos escombros, lavando todas las manchas y cubriendo toda vergüenza.

Conocemos esta vergüenza, esta mancha. El fariseo menospreciaba a la mujer llorosa e hincada de rodillas, porque a los ojos de los puros era una intocable. Los siete demonios de María Magdalena caben muy bien en un único demonio. No existe más que un demonio tal como existen mil, y todas las posibilidades del mal fructifican en esa lujuria cuyo nombre, por sí solo, cubre de púrpura la faz de los santos.

No se trata aquí de pobres flaquezas, de faltas a las que toda criatura está sujeta, de miserias que humillan a los adolescentes y cubren de vergüenza a los hombres de edad; sino de una posesión de la que algunos son víctimas: los que en el sentido absoluto están enloquecidos por su cuerpo, cuya razón de estar en el mundo no consiste más que en buscar lo absoluto en la carne. Estos son verdaderamente los poseídos por los siete demonios, a los que damos el nombre de los siete pecados.

Primero, el orgullo: una criatura prostituida saborea hasta la locura su poder sobre los corazones, esta licencia de hacerlos sufrir, de entregarlos indefensos a los celos, de separarlos de cuantos aman. En este plano, ¿qué es peor: la crueldad femenina o la vanidad del varón? Hemos recibido alguna vez tal o cual confidencia, proferida con el tono más desenfadado: «El murió por mí... Ella se mató por mí...»

Asesinos. Y si todos los lujuriosos no vertieron la sangre de su cuerpo adulto, todos aniquilaron, en el acto desviado de su fin natural, las almas que hubieran podido nacer. Y destruyeron otras ya nacidas.

El instinto de no perderse solo, se halla arraigado en las entrañas de los seres carnales; los que forman esa muchedumbre que Cristo nos muestra apretujándose, agolpándose en la anchurosa carrera de la perdición, no están reunidos allí como por azar; se estaban buscando y se hallaron; cómplices y culpables, unos necesitan a los otros para condenarse. Como los animales se agrupan según su especie, ellos se clasifican según sus vicios. Cada vicio particular lleva distintivo sobre el ganado de sus fieles. El día del juicio les sorprenderá juntos y no será preciso hacer sonar la trompeta para llamarles desde los cuatro puntos del globo: el sombrío racimo de cada enjambre está ya formado de antemano, y al Ángel negro sólo le bastará apoderarse de ellos.

Aun cuando el cemento de un vicio común les una hasta confundirlos, la envidia, los celos, el odio excavan entre ellos verdaderos abismos. Y su locura consiste no en sentirse victoriosos, sino en la tortura que se infligen unos a otros.

Demonios menores, se arrastran por el surco de esa lujuria odiosa y homicida. La gula que inspira burlas inocentes, debía de ser en María Magdalena, como en todos los grandes pecadores, no el gusto de un sabor pasajero, sino la búsqueda de un estado duradero, de una beatitud desarmada. Mujeres que odiarían el alcohol, la poseían como un filtro... Y, de súbito, los últimos guardianes del alma se adormecen, la vergüenza se aleja, llevándose consigo el recuerdo de los seres queridos; las barreras se abren una a una: el alcohol, los estupefacientes, entregan a sus fieles las llaves del reino de esta tierra.

La pecadora de cabellera lacia, puesto que fue

liberada de siete demonios, es sin duda María Magdalena. Y procuramos imaginarnos el milagro: su paso de un mundo a otro mundo. « ¡Qué estado y qué otro estado! », exclama Bossuet. Para decir verdad, acaso no hubo ninguna «escena». Cuanto se pueda contar de los actos de Cristo no es nada comparado con lo que realizó en el interior de las almas. Ya el Hijo del Hombre vivía y obraba como vive y obra el Cristo invisible. La historia de María Magdalena se realiza en nuestro fuero interno, o podría haberse realizado en él. Nuestra propia liberación, o nuestro encadenamiento nos ayudan a representarnos lo que fue la liberación de aquella mujer poseída.

Porque se trataba en efecto de una posesión: «María Magdalena, de quien Él había expulsado siete demonios.» La prostituta estaba poseída. ¿No sería, pues, la lujuria un pecado como los otros? La impotencia de curarse de que se lamentan los impuros, incluso los que se sienten atraídos por Dios, ese perpetuo retorno a la náusea, ¿sería el signo, no de una tentación ordinaria, sino de una ocupación: ocupación del individuo, ocupación de la raza?

Existe un texto atroz de Saint-Cyran en que el heterodoxo nos muestra, en el seno de una misma familia, la sucesión casi ininterrumpida de los condenados, de padres a hijos. Aquel hombre terrible pudo concebir una especie de condena hereditaria, sin que la fe cediera ante tamaño horror. Sin embargo, es muy verdad que el misterio de la herencia nos obliga a creer en un correspondiente misterio de misericordia: existen razas poseídas. La muerte de un ser caído no destruye el germen de su caída. Todos los hijos de su carne son asimismo los hijos de su concupiscencia, encargados de transmitir la horrible antorcha a quien salga de ellos.

Para huir de esta pesadilla, basta con contemplar el alma penitente liberada de los siete de-

monios. María Magdalena triunfó de las fatalidades de la carne. El amor, no pudiendo ser vencido más que por el amor, encendió el contrafuego. Lo mismo que en el día en que la criatura era toda su vida, el mundo entero se aniquilaba para ella en torno de un solo ser (y éste es, en efecto, el misterio más trivial del amor humano, ese formidable desprecio de todo lo demás, esa insignificancia de todo cuanto existe fuera del objeto de nuestra pasión), hoy Cristo se beneficia de tamaña locura. De nuevo el mundo se aniquila, pero esta vez en torno a un hombre que es Dios. Y la carne misma de esa mujer queda comprendida en este aniquilamiento. El viejo deseo muere. La pureza y la adoración se juntan, se reconcilian en el corazón apaciguado. María Magdalena entra en la sala en donde Jesús está sentado ante una mesa, y se dirige hacia Él, sin mirar a los demás convidados. No existe ya más que Jesús en el mundo, y ella que ama a Jesús. Y he aquí que su amor se ha convertido en su Dios.

Es una penitente. Los que se asombran ante su propia impotencia de perseverar, buscan en la conversión una fuente de delicias. Pero en un alma fecundada con la semilla de los siete demonios, la cizaña, apenas destruida, vuelve a brotar si la tierra no se cava, labra y trabaja en el esfuerzo y el llanto.

En aquella hora de su vida, María Magdalena debía de pasar por el momento en que la criatura, ya enteramente entregada a Dios, oye aún a veces la vieja pasión que aúlla de hambre. Magdalena murió para lo que había abandonado. Nada la separó ya de Aquel a quien venía buscando de criatura en criatura.

Según me parece, sigue algo perpleja a Jesús por dondequiera que vaya, y no se detiene sino cuando Él mismo, clavado en la cruz con tres clavos, ya no podrá avanzar más, no podrá dar ni un paso más, ni siquiera en el sufrimiento. Enton-

ces María Magdalena, inmovilizada a su vez frente a la meta, por fin alcanzada, contra aquel árbol lleno de sangre, lo abrazará estrechamente; hasta que el cuerpo desgarrado de su Dios haya sido descendido y le hayan encerrado, en el cuerpo sagrado, incluso sin vida, nada se ha perdido para ella, porque cree acaso que Jesús sólo aparenta estar muerto. Apenas se aleja de la tumba el tiempo justo para ir a comprar perfumes. Y desde el alba, hela allí de nuevo, ante el sepulcro, con Salomé, la madre de Santiago. Sólo entonces se despierta, ante aquel agujero que parece bostezar, ante la puerta desenmascarada del vacío. ¡Se llevaron a su Señor! ¡No sabe adónde lo llevaron! Corre en busca de ayuda, se dirige al jardinero e ignora que es Él (según la frase que debía oír el autor de la «Imitación»: «Cuando creéis estar lejos de mí, frecuentemente estoy más cerca de vosotros...»).

Cada personaje envuelto en el drama de la Redención aparece como un prototipo con cuyas múltiples réplicas aún nos codeamos hoy en la vida. Las almas acuñadas según la efigie de María Magdalena no han dejado de llenar este mundo desde que ella pasó por él. A partir de entonces, los más pecadores saben bien que les corresponde ser los más amados por haber sido entre todos los que más han pecado. María Magdalena establece entre el grado de rebajamiento de donde Cristo consiguió algunas de sus criaturas y el amor que le deben, una proporción que, de ser consentida, suscitará la santidad de la infamia misma.

Se puede afirmar, sin pecar de temerario, que entre los impúdicos ninguna vergüenza hacía retroceder a una meretriz, y que no existe para ella gradación alguna del rebajamiento. Su vocación consistía en no decir no a nada de lo que inventa el hombre complicado en esa persecución de lo infinito, en esa búsqueda de lo absoluto a través de lo sensible. ¡Inimaginable vuelta! María Mag-

dalena permanece fiel a su vocación: continuará no rehusando nada, pero esta vez será a Dios y ya no a los hombres. Reemprenderá la misma búsqueda incansable, mas esta vez siguiendo los pasos de su Señor y de su Dios. Virgen siempre loca, la locura de la cruz sustituye a la del cuerpo, entregada como antaño a todos los excesos en un plano en que todo exceso queda de ahora en adelante permitido y donde la superación de sí mismo por sí mismo ya no conoce regla alguna, en donde no existe ningún otro límite para la pureza ni para la perfección, sino la misma pureza y perfección del Padre que está en el cielo.

PARABOLAS

Sin duda nuestra penitente se reunió con el grupo de mujeres que asistieron a Jesús con sus bienes, y algunas de las cuales eran de cunas más ilustres que sus discípulos (Lucas nombra a Juana, mujer de Chuza, intendente de Herodes).

Jesús, rodeado de todas aquellas almas que ha liberado, anuncia a orillas del lago el Reino de Dios. En la Montaña había atacado de frente a los fariseos. Ahora busca el abrigo de las parábolas, como Isafas, a quien Dios, irritado, ordena: «Habla para no ser comprendido, esparce tanta luz que queden cegados por ella.» Jesús se dirige a unos niños y les cuenta relatos. Se buscará sumamente lejos la razón de las parábolas: un Dios se rebaja, se sienta en el suelo, se coloca al nivel de los más pequeños, les entretiene hablándoles de lo que ellos saben y conocen: de la siembra, de la cizaña en los campos de trigo, de la levadura; reviste la verdad con el ropaje de un cuento, tan sencillo que los sabios no lo comprenden. El Hijo del Hombre encubre su doctrina, la oculta bajo la

ceniza de las imágenes, porque no debe adelantarse a su hora, y todavía no ha llegado el momento de su muerte.

Por lo demás, sus discípulos y los mismos doce deben ser tratados con ciertos miramientos. Nada podría quitar de la cabeza de aquellos judíos tan tercos la creencia en una victoria temporal de su rey, con una convicción tan hondamente arraigada que en la vigilia de su muerte los hijos de Zebedeo aún estarán reclamando un trono. Pacientemente, Jesús compara ante ellos el reino de Dios con el grano que se multiplica por sí solo y que no madura sino con el tiempo; con la más pequeña de las semillas que a lo largo se convertirá en un gran árbol lleno de nidos de pájaros. Les prepara, sobre todo, para la verdad más triste; existe otro sembrador, el que siembra la cizaña en el campo del Señor; y no se puede diferenciar el trigo de la cizaña, una vez acabada la cosecha... Entonces arderá la cizaña. Pienso en esos fuegos de hierba cuyo humo flota inmóvil encima del campo durante las noches de verano, cuando no sopla la menor brisa. La cizaña era la cizaña antes de que el grano hubiese germinado. El grano estaba ya dado al enemigo para que lo sembrara. La hierba mala, los corazones perversos...

Mas el Reino de Dios es también algo de levadura mezclada con la masa. Toda la masa humana será levantada por una gracia oscura y todopoderosa. Los corazones en apariencia más alejados de Cristo se dilatarán. No se trata de triunfar con ostentación y brillo. Es preciso sepultar el amor en el mundo. Cristo no se decide aún a revelarles que Él mismo quedará enterrado en Él hasta que los tiempos se consuman, y que la hostia vivirá en la capa más espesa de la masa humana. Parábolas al mismo tiempo suaves y amedrentadoras, a causa de una selección manifiesta, a causa de la voluntad de ilustrar a los buenos y cegar a los malos: «A vosotros os ha sido dado

conocer el misterio del Reino de Dios, mientras que a los demás les ha sido anunciado en parábolas para que, viendo, no vean nada, y, oyendo, no entiendan nada.» Dejo a otros que vuelvan y resuelvan este texto de una nitidez perfecta y terrible. Son las palabras de un Dios que escoge, que reparte, que prefiere un alma a otra alma, porque Él es el amor.

LA TEMPESTAD APACIGUADA

Sus amigos, que no comprendían nada, comprendieron, no obstante, que Él era el amor y que era preciso estar loco, no de terror, sino de confianza. Se apretujaban contra Él como unos niños, como unos corderos. Un día en que quiso pasar al otro lado del lago se desencadenó una tempestad y la barca se llenaba de agua. Y entretanto, Jesús dormía a popa, sobre una almohada. Le despertaron a grandes gritos: «¡Maestro, perecemos!» Entonces Él se levantó y ordenó al mar y se estableció una calma muy grande. Ellos miraban atemorizados a aquel hombre, de pie, con los cabellos llenos de viento. Su temor acababa de cambiar de objeto, ya que no le reconocían. ¿Dónde estaba el maestro tan familiar, tierno y violento? Por encima de la sangre y de la carne, el Dios desconocido emergía y les infundía angustia. La curación de las enfermedades, e incluso la resurrección de los muertos, todo ello puede ser dado a un gran profeta; ellos mismos lo conseguían... Pero mandar a los vientos y al mar y verse obedecido... «¿Quién es?», preguntábase aquellas pobres gentes. Y, no obstante, reconocieron la voz apasionada y un tanto irritada: «¿Dónde está, pues, vuestra fe?» Cristo, en el fondo, no se sentía molesto con sus criaturas por haberse estreme-

cido ante aquel brusco estallido de un poderío monstruoso. Era más de cuanto unos seres efímeros pudieron soportar. Y Él, Él sabía que el Hijo del Hombre realizaba un prodigio mucho más asombroso al apaciguar un corazón que la pasión ha abierto de par en par hasta en sus abismos, pues ni el viento ni el mar le resisten; pero los corazones desgarrados por el amor, pero la carne sublevada por el deseo poseen un alocado poder de rehusar. Entonces el viento grita: «¡No!», y cruza la cara de un Dios impotente.

ENTRE LOS GERASENIOS

Jesús tomó tierra en el país de los gerasenios o gadarenos, frente a Galilea, sin duda cerca del pueblo, hoy en ruinas, de Kursi. ¿Para qué le servía el haber atravesado el mar? En aquella orilla moraba el eterno enemigo que no le tentaba ya más desde que le conocía. Un poseído desnudo salió de los sepulcros vacíos que se hallaban por allí. El demonio le había dado la fuerza necesaria para romper las cadenas con las que le habían sujetado. Corrió hacia el Señor y se prosternó a sus pies: «¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo de Dios Todopoderoso? ¡Te conjuro que no me atormentes!» Pretendía llamarse «legión»: era un demonio innumerable que, después de la liberación del poseído, obtuvo la gracia de entrar en unos cerdos; toda la piara se precipitó en el fondo del lago y se ahogó. Los pastores, asustados, sembraron la alarma y toda la población suplicó a Jesús que se fuera. El Hijo del Hombre no inspiraba, pues, tan sólo el amor y el odio, sino también el sacro horror. Ese Dios aniquilado en la carne y al que los fariseos no veían, creaba remolinos en torno suyo por sólo su formidable presencia. ¿Qué

sabemos del sombrío mundo angélico?

Las gentes de Kursi tuvieron miedo a Cristo: el miedo es una forma baja de la fe. Aquellos campesinos no procuraban saber quién era Él; era un hombre que había aterrorizado a sus cerdos. Hoy, los cerdos..., ¿qué ocurrirá mañana si ese hombre permaneciera entre ellos? Eran campesinos: sus animales les importaban más que su alma. Pero el Hijo del Hombre no está irritado, y el «desposeído», que se halla ya vestido, y que acurrucado a los pies del Señor le suplica que no lo aleje de sí, recibe la orden de morar allí donde está, explicando su liberación y predicando el Reino de Dios a aquel pobre pueblo. Así, aquel hombre fue un precursor de Pablo de Tarso: debemos venerar en ese desconocido al primer apóstol de gentiles.

Ese Jesús, acostumbrado a la adoración o al odio, tuvo que sufrir mucho por haber sembrado el terror entre los gerasenios. Le habían suplicado, pero el objeto de su súplica era que se alejara de ellos. Poseen una posteridad mucho más numerosa de lo que se cree: todos aquellos que recibieron una llamada, que vieron, que tocaron con sus dedos, que saben, en fin, que la verdad es viva y que esa verdad es alguien. Sin embargo, son unos pobres hombres absorbidos por su oficio y sus codicias; tienen que mantener una familia, y son víctimas de unas pasiones que no consiguen ahogar. Temen más que al fuego ese amor que abre un surco en plena carne, y que hiere en lo vivo. ¡Que se les deje en paz con sus cerdos! La cruz es una locura, y jugar a los ángeles no es asunto suyo. Son extremadamente razonables. Ese reino de Dios significa todo un mundo en el que pululan demonios, y las diabluras les causan repulsión.

LA HIJA DE JAIRO Y LA ORLA DEL MANTO

Jesús subió, pues, a la barca para regresar, y cuando tomó tierra, por fin, en la otra orilla del lago, ¡con qué alegría vio dirigirse a Él a la muchedumbre, apasionada y familiar! ¡Ah! No negaría nada de cuanto solicitaran de Él todos ellos, que no le tenían miedo, sino que, al contrario, se agolpaban en torno suyo, impidiéndole avanzar. He aquí un jerarca de la sinagoga, Jairo, ante quien la gente humilde abría paso. Se postra a los pies del Señor y le suplica que acuda precipitadamente a su casa, pues su hija está muriéndose. Pero tal era la multitud, que Jesús no podía avanzar.

De repente, en medio de aquel hormiguero humano, sintió que el Hijo de Dios acababa de obrar en Él soberanamente. «¿Quién me ha tocado?» Todos protestaban diciendo que nadie había sido, y Pedro declaró, riéndose: «¡Todos se apretujan, y Tú aún preguntas quién te ha tocado!» Pero el Señor sabía que una virtud acababa de salir de su carne. Entonces, una mujer, temblando, se prosternó ante Él. Desde hacía doce años estaba con flujo de sangre y los médicos la habían arruinado. Y ella había tocado en secreto la orla del manto de Jesús. Y he aquí que estaba curada. Jesús la miró y dijo:

—Tu fe te ha salvado, vete en paz.

En aquel instante, un amigo de Jairo llegó corriendo: no valía la pena de continuar el camino hacia su casa, pues la niña acababa de morir. El Señor buscó la mirada de Jairo. Es una jornada de ternuras y milagros. Jamás ha amado tanto a ese pueblo que no le tiene ningún miedo, que le impide seguir adelante, que toca la orla de su manto.

—No temas, Jairo. Cree tan sólo.

No el miedo, sino la fe. Creer en Jesús es al mismo tiempo la gracia de las gracias y la virtud de las virtudes. El que cree, es salvado. Pero creer en Dios es un don de Dios. ¿Qué podría haber más horrible en el mundo que esa virtud indispensable para la salvación que es igualmente una gracia completamente gratuita? Dichosos los que saben cerrar los ojos, y con un abandono infantil aprietan la orla con toda su fuerza.

Jairo y su mujer introdujeron a Jesús en su casa. Nadie entró tras ellos, excepto Pedro, Santiago y Juan. Los que estaban en torno del lecho no interrumpieron sus gemidos, sino tan sólo para burlarse del curador, que llegaba cuando ya todo se había acabado. Pero Él dijo: «La muchacha no ha muerto; sólo duerme.» Y la llamó: «Niña, levántate.» Y la pequeña se levantó. Y Jesús ordenó que se le diera de comer.

XIII

HERODES MANDA CORTAR LA CABEZA DE JUAN BAUTISTA

Al cabo de tales jornadas, el Hombre-Dios sentíase derrengado. Llegó la hora de verse secundado en su conquista, no del mundo entero todavía, sino de Israel. Reúne, pues, a los doce y les comunica su poder sobre el espíritu impuro y las enfermedades. No los entrega al demonio de la soledad, sino que les envía de dos en dos y les impone la pobreza absoluta. La única regla juzgada como poco razonable por las generaciones que siguieron y que no pudieron fundar en su pureza ni Francisco de Asís, ni Teresa, es la regla misma de Cristo. Que los apóstoles rehúyan las posadas para los caravaneros y se hospeden con las familias que les acojan, que por doquier prediquen la muerte de la carne: sólo por el espíritu se va hacia Dios, y por el cuerpo hacia la podredumbre.

La podredumbre que reina en este momento sobre el país subleva al Hijo del Hombre. Herodes Antipas acumula crimen sobre crimen. Había de-

seado a Herodías, esposa de su hermano, a quien san Marcos llama Felipe, y el historiador Josefo llama Herodes. La había conocido en Roma, y pese a que ya frisara en los treinta años, la raptó y tomó por esposa, tras haber repudiado a la reina, hija de Aretas, rey de los nabateos.

En pleno reino de Dios elévase, pues, la otra ciudad, que aún perdura, donde cada uno de nosotros ha vivido más o menos, y adonde Él vuelve sin cesar, donde el vino nos hace indulgentes frente a toda flaqueza, donde los cuerpos bien alimentados y perfumados yacen tendidos y se tocan; donde el espíritu desligado brilla, inventa y seduce a los que están presentes, pero mancha, hiere y mata a los ausentes; el reino en que la gente se odia y se desea, en donde los unos desgarran y destrozan a los otros, y en donde la muerte se propaga de corazón a corazón: el Mundo.

En su palacio de Maqueronte, Herodes Antipas, por muy criminal que fuese, inclinó la cabeza cuando Juan se presentó ante él, escuálido y terrible, bajo su piel de camello, y le lanzó en plena cara: «¡No te es lícito tener la mujer de tu hermano!» Por su propia voluntad, jamás le hubiera hecho prender, y sólo había cedido a las instancias de Herodías. Acaso lo hizo incluso para protegerle, pues, según nos dice san Marcos, Herodes veneraba y protegía a Juan Bautista, seguía sus consejos en muchas cosas y lo escuchaba con gusto.

No obstante, el Bautista no echaba sus perlas a los cerdos, ya que no le habló de Cristo, tal como nos lo prueba la emoción de Herodes, después de la muerte de Juan, al oír los relatos de los milagros de Jesús: «Es Juan Bautista, al que yo mandé decapitar y que ahora ha resucitado de entre los muertos...»

En efecto, la amistad de Herodes por su prisionero no colmaba la medida del odio de Herodías. Aquel esclavo ciego y coronado que se yergue en

plena Redención, aquel reyezuelo que tiembla ante Roma, pero que es amo de Galilea, y para quien no existe crimen, alcanzará el límite postrero de la servidumbre. La mujer quiere la cabeza del santo y aguarda su hora.

Será por la noche, en plenas delicias, cuando la carne es feliz y al mismo tiempo se siente irritada, cuando el vino decuplica el orgullo y hace casi insostenible la dicha de reinar sobre los cuerpos y los espíritus. Herodías, todopoderosa, no teme jugar con esa inmunda codicia; al terminar el banquete, llama a la joven Salomé para que baile: es una hija habida con su primer marido. Estaban presentes los oficiales de la corte y todos los personajes más importantes de Galilea. «Bienaventurados los puros de corazón.» La frase aún no tuvo tiempo de germinar. Incluso los adoradores del verdadero Dios que se hallaban en aquella sala, fijaban en aquel joven reptil unas miradas devoradoras. «¡Todo cuanto tú quieras, la mitad de mi reino si me lo exiges!», exclamó el Tetrarca, en el momento culminante de aquel éxtasis terreno, que es el gozo perfecto de la carne. Es esto lo que se llama vivir. Vivía, podía vanagloriarse de haber vivido hasta el punto extremo una felicidad, en los antípodas de otra bienaventuranza que alentaba a una jornada de camino de allí, y que vivía en el corazón de aquella noche galilea, en uno de esos lugares solitarios adonde el Hijo del Hombre se retiraba para rezar.

La muchacha salió y preguntó a su madre: «¿Qué debo pedir?» Herodías contestó: «La cabeza de Juan Bautista.» La joven Salomé no se asombró ni se escandalizó siquiera.

«El rey quedó muy triste; no obstante, a causa de su juramento y de sus convidados, no quiso de ninguna manera desconsolarla con una negativa. Envió inmediatamente a uno de sus guardias con la orden de que le fuera entregada la cabeza de Juan en una bandeja. El guardia fue a decapi-

tar a Juan en la prisión y llevó la cabeza en una bandeja a la muchacha, y la muchacha a su madre.»

Y Juan Bautista conoció por fin la alegría, y sabía quién era aquel Ser ante el que había caminado por la tierra; y él lo poseía.

XIV

CURACIÓN DEL PARALÍTICO EN EL ESTANQUE DE BETHESDA

Los días que siguieron a este asesinato fueron aquellos en que la reputación humana de Jesús llegó a su punto culminante (hasta tal punto que molestó al Tetrarca), al igual que el amor que inspiraba, pero más aún el odio. Acaso debemos situar hacia esa época una breve estancia que hizo en Jerusalén con motivo de una fiesta de los judíos que san Juan no especifica. Parece haber realizado secretamente este viaje, y sin los doce, a quienes había enviado de dos en dos a través de Galilea. En pleno campo enemigo, y solo, llevó a cabo su propósito, pero con esa misma prudencia de la serpiente que había recomendado a los suyos.

Un sábado, bajo uno de los cinco portales del estanque de Bethesda, ordenó, sin levantar la voz, a un hombre paralítico desde hacía treinta y ocho años: «Levántate, toma tu lecho y anda...» E inmediatamente, como si acabase de llevar a cabo una maldad, se perdió en medio de la muchedum-

bre. En efecto, a los ojos de los judíos era un crimen incitar a un paralítico a que llevara su lecho en día de sábado. Se procedió a una investigación; el tan milagrosamente curado, que entretanto había encontrado a Jesús en el templo, le reconoció y le denunció.

El nazareno, volviéndose entonces contra la jauría, le hizo frente. Habló a los judíos de las relaciones entre el Hijo y el Padre con tal audacia que tuvo que abandonar la ciudad santa, para no adelantarse a la hora de las tinieblas.

MULTIPLICACION DE LOS PANES

A orillas del lago le estaban esperando los doce, que habían ya regresado de su misión y estaban estupefactos ante cuanto habían realizado en nombre de Jesús. En aquel momento, Judas de Queriot debía de tener la certidumbre de que por fin alcanzaba la meta y que el Patrón iba a intentar un gran golpe. ¡Será magnífico entonces haber sido de sus primeros amigos! Todos estaban contentos y felices, pero hallábanse derrengados. Les molestaba continuamente tanta gente. El Maestro tuvo compasión de su fatiga y los llevó a un lugar desierto, para que tomasen un poco de reposo.

Todo desierto en el que penetrara el Hijo del Hombre se convertía inmediatamente en un hormiguero. Fuera de la barca de Pedro o de la de los hijos de Zebedeo, no podía haber ninguna soledad segura para Él. Se alejaron, pues, de la orilla. Mas al cabo de perseguirlo, la muchedumbre tuvo noticias del lugar de su retiro. Cuando Jesús y los suyos desembarcaron en la orilla, encontraron a toda una multitud llegada por tierra, aumentada aún por el flujo humano que llegaba de las ciudades circunvecinas: un ganado cansado, fiel, lleno

de confianza. Y todas aquellas cabezas de corderos estaban vueltas hacia Él. Jesús no se irritó. Un sentimiento humano hacía latir su corazón de Dios; una pasión de Dios aceleró el ritmo de su sangre, pues la piedad, desde que el Verbo se hizo carne, es una pasión común al Creador y a la criatura. Dios sintió en su propio cuerpo el hambre de los pobres, su sed y su agotamiento. Participó de su sudor, sus lágrimas y su sangre.

Entonces, según el Evangelio, Jesús comenzó a enseñarles muchas cosas. Aquellas cosas que Cristo decía en el momento mismo en que se compadecía de la muchedumbre cansada y recogida no nos fueron narradas; sin duda, porque no podían ser reproducidas en ningún idioma humano. Sabemos, sin embargo, que nadie entre aquellos millares de personas, mujeres y niños, sintió la menor inquietud al ver las sombras extenderse sobre el campo. Escuchaban, se abandonaban a aquel pastor misterioso. Y Él habló hasta que le interrumpió el murmullo de sus discípulos:

—Este lugar está desierto y la noche se acerca. No los retengas y envíalos a las granjas y las aldeas de los alrededores, para comprar de comer.

El cansancio y la irritación se traducen en el acento del Maestro cuando les contesta:

—Dadles de comer vosotros mismos.

¿No han comprendido aún que nada de todo esto tendría ningún valor para Él?

Felipe dijo: «Aun cuando tuviéramos pan por doscientos denarios, no sería suficiente para dar un mendrugo a cada uno...» Hubo allí un joven que tenía cinco panes de cebada y dos peces. Mas, ¿qué era aquello para tanta gente? Cinco mil personas hizo Jesús sentarse sobre la hierba... «Tomó los panes, y habiendo dado las gracias, los distribuyó, y les dio dos peces, dándoles tanto como quisieran.» Se llenaron doce grandes espueñas con lo que sobraba.

Los corderos saciados dejan de ser corderos,

pero son unos partidarios apasionados: quieren que Jesús sea rey. He aquí el momento que acechaba sin duda el hombre de Queriot, el instante que no habrá que dejar pasar a ningún precio. Desgraciadamente, siempre tan decepcionante, el Maestro aprovechó la caída de la noche para sus traerse a tan magnos designios y retirarse a las cimas, no sin haber ordenado previamente a sus discípulos que se embarcaran, dirigiéndose a Cafarnaum. Él mismo anhelaba estar solo; acaso estuviera trastornado por lo que acababa de realizar y que rebasa infinitamente lo que aquellas pobres gentes imaginaban; como el artista irritado por las alabanzas que se conceden a su actuación, cuando lleva en el corazón la obra todavía desconocida por el mundo.

La inimaginable multiplicación, «impensable», de aquel pan que será su cuerpo, de aquel vino que será su sangre, ¿cuándo se atrevería a anunciarlo, si no aquel mismo día? Ya no le quedan tantos días por vivir... La noche ha caído, el viento se ha levantado, y acaso le lleve el aroma de aquellas hierbas pisadas por la multitud de la que el Hijo del Hombre tuvo compasión. Jesús piensa en los suyos, que se agotan remando contra el viento. Tiene la idea de reunirse a ellos y toma el camino más corto.

JESÚS CAMINA SOBRE LAS AGUAS

Avanza con pasos ágiles sobre el agua moviente, sin reflexionar... Sabemos que ninguno de sus milagros pudo ser involuntario. El Hijo de Dios, no podía olvidar que siendo hombre no hubiera debido andar sobre el mar. Y, no obstante, parece obrar como ser que cree tener el derecho de pisar la líquida llanura. La espuma cubría sus pies, que

habían secado los cabellos de la mujer perdida. Y sin duda había claro de luna, pues ya desde lejos descubría a los remeros, luchando contra el viento. Marcos nos dice «que quiso rebasarlos». Sólo al ver cómo abandonaron los remos y se pusieron de pie, llenos de angustia, comprendió que incluso a ellos, a sus amigos más queridos, les atemorizaba, como a los habitantes de Kursi, y les gritó desde lejos:

—¡Soy yo! ¡No temáis! ¡Soy yo!

Y, habiéndose reunido con ellos, saltó en la barca, y el viento amainó, y el mar se recogió bajo el que andaba sobre él.

Aquel prodigio, verificado en el secreto de la noche y cuyos únicos testigos fueron los doce, quedó descubierto, pues muchas gentes habían visto a los apóstoles subir en la barca sin su Maestro, y volvieron por la orilla a Cafarnaum, quedando estupefactos al volver a encontrar a Jesús. De todas partes surgía la pregunta: «Maestro, ¿cómo has venido hasta aquí?»

Le buscaban porque Él les había alimentado en el desierto y pensaban recibir de Él más pan de aquel que no costaba dinero. Latía en ellos la alegría impaciente de verse alimentados gratuitamente otra vez. Y a éstos tuvo Jesús que decidirse a hablar de ese otro pan que no sería pan. Sin embargo, el Hijo del Hombre, irritable hasta el furor cuando se trataba de los fariseos o de los escribas, en cuanto se trata de los pobres se convierte en la Paciencia infinita. Es el eterno paciente que les advierte:

—Trabajad, no por el alimento que perece, sino por aquel que perdura y que el Hijo del Hombre os donará.

En la sinagoga de Cafarnaum, adonde los había llevado consigo, los enemigos estaban ya mezclados entre los humildes, a los que había ali-

mentado la noche anterior, y unas voces malignas empezaban a hacerse oír:

—¿Qué milagro nos haréis, pues, hoy? ¿Cuáles son tus obras?

Sin duda alguna, les habrán contado la extraña multiplicación de los panes... ¿Para qué sorprenderse? Bien sabían ellos que ese impostor dominaba toda una serie de hábiles trucos. No es difícil engañar a la chusma. Un verdadero milagro es la lluvia de maná en el desierto. ¡Haz, pues, otro tanto, ya que multiplicas los panes! «Nuestros padres comieron maná en el desierto...»

Jesús suspira para sus adentros: ellos admirarán lo que sólo era una prefiguración de lo que el Hijo de Dios va aún a realizar. Pero muchos no querrán creerlo. El milagro de los milagros es el que no cae bajo la comprensión de los sentidos y que sólo la fe reconoce. ¿Qué puede haber para la mayoría de los hombres más allá de lo que se ve y lo que se toca? ¡Oh, tarea sobrehumana la de persuadirlos de lo que el Amor viviente les persuade! Bien sabe que en los días venideros inmensas multitudes se prosternarán ante una hostia minúscula. Jesús, aniquilado y viviente bajo aquella apariencia, sublevará a las muchedumbres en todos los países de la tierra; y, comparadas con las masas futuras, ¿qué significan esas muchedumbres de judíos que le rodean en Jerusalén y en Cafarnaum? Ha llegado el tiempo para las primeras palabras acerca del inconcebible misterio.

EL PAN DE LA VIDA

—En verdad os digo que Moisés no os dio el pan del cielo. Es mi Padre quien da el verdadero pan del cielo, que da vida al mundo.

Ellos le dirán entonces: «Señor: dadnos siem-

pre de ese pan.» Y Él contestará:

—Yo soy el pan de vida. El que venga hacia mí no tendrá nunca hambre, y el que crea en mí no tendrá sed jamás.

Cristo se ha adelantado demasiado; ya no intentará, a partir de entonces, cambiar las cosas. Ahora ya no se quita la máscara ante una mujer de Sijar, sino frente a sus adversarios y sus amigos, y entre estos últimos, algunos escandalizados, retroceden ya ante aquel rostro desconocido. Esta vez ¡ha rebasado ya todas las medidas! Y los gritos de los fariseos encuentran eco incluso entre los discípulos. Un murmullo de reprobación le interrumpe. Él les hace frente, fortalecido con todo su amor. Esta vez irá hasta el final, y las afirmaciones asombrosas, monstruosas, se suceden en sus labios.

«—Dejad de murmurar entre vosotros. Nadie puede venir a mí si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el último día... En verdad os digo, que el que cree en mí tendrá la vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. He aquí el pan descendido del cielo, para que el que coma de él no muera nunca... Si alguien come de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo os daré es mi carne, la cual yo daré por la salvación del mundo.»

Entonces los judíos disputaron entre ellos, diciendo: «¿Cómo ese hombre puede darnos su carne para comer?»

Tuvo que haber estallidos de risa. Judas, en aquel momento, se dijo para su colete: «Esta vez está perdido sin remisión, y por su propia culpa. Y, ¡si se tratara sólo de Él! Pero nos ha arrastrado consigo...» Y dominando los murmullos de la muchedumbre dividida, la misma pregunta se repetía sin cesar: «¿Cómo puede darnos su propia carne para comer?»

Mas Él sigue su camino hacia delante, con la

actitud de un Dios, sin oír aparentemente — ¡cuando en realidad lo oye todo! — y sin ver nada; pero aquel inmenso reflujo de corazones que se alejan de Él lo capta plenamente en ese instante. Las llamas que tanto trabajo le costó encender, vacilan en torno suyo. Y encima de ellas, Él continúa desgranando con pequeñas y cortas frases la verdad absurda e insostenible:

—Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadero alimento, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, del mismo modo el que me coma vivirá también por mí. He aquí el pan que ha bajado del cielo. No es, ni mucho menos, como ocurrió a vuestros padres, que comieron maná y murieron; el que coma de este pan vivirá eternamente.

El Evangelio añade: Jesús dijo estas cosas, enseñando en plena sinagoga de Cafarnaum. Varios de sus discípulos, al oírle, dijeron: «Estas palabras son duras, y ¿quién podría escucharlas?»

Algunos de los que le habían seguido hasta entonces se retiraron. Pero uno de aquellos a quien Jesús acababa de decepcionar para siempre, no se reunió con los demás: el hombre de Queriot escondió su furor. Se sentía desengañado. Sin embargo, a lo mejor, aún era posible sacar algo de aquel hombre. Judas ocupa en ese mismo instante el pensamiento de Jesús. «Sabía —dice san Juan— quién era el que le traicionaría.»

La muchedumbre murmuradora se dispersa. El Hijo del Hombre ya no tiene que huir al desierto para esconderse de los que le importunan. No es necesario que monte en la barca. Ha ido demasiado lejos. El abandono ha comenzado. En la sombra sinagoga ya no quedan más que doce hom-

bres desconcertados que no saben qué decirle. Les mira uno tras otro, y de repente suena una pregunta, tan tierna como triste, y al mismo tiempo tan humana; y esta vez es Dios que se aparta un poco ante el Hijo de la Mujer:

—Y vosotros, ¿también os queréis marchar?

Entonces Simón Pedro, creyendo hablar en nombre de todos, exclama:

—Señor, ¿a quién iríamos? Tú posees las palabras de la vida eterna.

A este grito, que debería consolar al abandonado, nada responde. Sólo hay doce rostros vueltos hacia aquella faz dolorosa. Mas basta uno solo de ellos para oscurecer toda la luz que resplandece en los otros once. Jesús dice, por fin: «¿No soy yo quien os ha escogido a los doce?» Y, sin duda, con voz más baja, habrá añadido la abrumadora frase:

—Y uno de vosotros es un demonio.

XV

EN EL CAMINO DE CESAREA DE FILIPO

Los arrastra entonces a una carrera errante, bien porque quiso desorientar a los que procuraban darle muerte, ya porque se reservaba un tiempo de soledad con aquellos once corazones inseguros, para trabajarlos a su gusto. En efecto, queda aún muchísimo por hacer en sus almas, y el grito de Cefas: «¿A quién iríamos?», dista mucho de lo que el Hijo del Hombre está esperando de él.

Lo que espera es ser reconocido por quien es... Sin embargo, todos ellos son indecisos, vacilan, tornadizos, como lo somos todos nosotros. En determinados días, deslumbrados, llenos de certidumbre, decían entre ellos: «Es verdaderamente el Hijo de Dios...» Pero otras veces, algunos pensaban que quizá todo fuera falso, si no las acusaciones formuladas por los fariseos, por lo menos los reproches de los discípulos de Juan Bautista. ¡Si hubieran sabido hacia dónde se encaminaban, hacia cuán gran derrota! Ellos, a quienes el pan de vida había parecido duro, ¿cómo hubie-

ran recibido una profecía, aun cuando hubiese sido velada, respecto al patíbulo de esclavos en donde todo había de terminar?

Hay que prepararles para considerar sin estremecerse esa corona y ese trono que ellos sueñan para su Maestro y para sí mismos, para no dar importancia a las espinas, al manto escarlata y a los dos trozos de madera. El pequeño grupo se dirigía hacia el Noroeste en dirección a Tiro; de allí pasaron a Sidón, antes de bajar hacia la Decápolis. Mientras caminaban, el Maestro volvía incansablemente sobre aquel punto de su mensaje; a saber, que el reino de Dios está con nosotros mismos, que todas las observaciones acerca de las abluciones, el lavado de platos, la abstinencia de los alimentos impuros no servían para nada, en cuanto a la salvación. Lo que mancilla al hombre no nos viene desde fuera; él es el artesano de su propia ciénaga; ésta se forma en el corazón y es fruto de la codicia.

Durante el camino, el Señor no rehusó liberar a una posesa siria, ni curar a un sordo; pero la madre de la posesa, por ser pagana, fue primero duramente censurada. En cuanto al sordomudo, le puso los dedos en los oídos y un poco de saliva en la lengua, e hizo lo mismo con el ciego de Bet-saida (aquel de quien el Evangelio nos relata una frase asombrosa, y que aún hoy nos revela el acento del estupor: «Veo a gentes que caminan, semejantes a árboles...»). Sin duda, el Señor quería enseñar a los suyos los mejores gestos para despertar la atención y la esperanza de los inválidos. Y cada vez ordenaba a la persona favorecida por el milagro que no dijera nada a nadie, con tal de no provocar inútilmente a los judíos.

Le preocupaba una inquietud secreta; tenía una meta que Él era el único en conocer. Subió otra vez hacia el Norte, llevándose a los doce hacia aquellas tierras paganas, a los confines de Israel, donde su nombre era ignorado. Como quiera que

todavía no había llegado la hora de anunciar el reino a los gentiles, el Hijo de Dios soslayaría toda ocasión de manifestarse.

Pasaron no lejos de uno de los manantiales del Jordán; el dios Pan tenía allí su santuario. Ya Cesárea de Filipo estaba cerca. Jesús de Nazaret atraviesa una campiña llena de sotos y aguas donde las ninfas alientan. El Gran Pan duerme bajo las hojas y no le despierta siquiera la cercanía del Dios que le expulsará de este mundo.

En los arrabales de Cesárea, Jesús decide, por fin, plantear el problema a los doce, el problema que viene meditando desde que habían tomado la carretera de Sidón y de Tiro. Emprendió aquel viaje para someterles a aquella prueba, lejos de Cafarnaum, en plena tierra de gentiles. Una noche, sin duda todavía bastante lejos de la ciudad, se atrevió a preguntarles: «¿Quién dicen que soy yo?»

Los discípulos, intimidados, cambiaron miradas:

—Unos dicen que eres Juan Bautista, otros que eres Elías o uno de los profetas.

—Y vosotros, ¿quién decís que soy?

Hubo once que vacilaron durante un segundo. Pedro, ya entonces acababa de exclamar:

—Eres Cristo.

Esta exclamación bastaba para que en el borde del camino, no lejos de un templo de Pan, la Iglesia católica surgiera del suelo y se elevara a medida que el Hijo del Hombre pronunciaba las frases siguientes:

—Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, pues ni la carne ni la sangre te lo han revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos: y todo lo que tú ligares en la tierra quedará ligado asimismo en los cielos, y todo lo

que tú desligares en la tierra quedará desligado también en los cielos.

Y he aquí llegada la hora de arriesgarse por fin a pronunciar aquella profecía ante la cual Jesús había retrocedido hasta entonces. Puesto que aquellos hombres de poca fe creían, a pesar de todo, que Él era Cristo, erigiría ante sus ojos aquella cruz desconocida hacia la cual ignoraban aún que estuvieran caminando. El Señor comienza, pues, a hablarles con suma precaución, y sólo avanza paso a paso; la ansiedad de sus miradas, fijadas en su boca, fue creciendo con cada una de sus palabras. ¿Qué era entonces lo que les explicaba? Iría por última vez a Jerusalén; los ancianos, los escribas, los príncipes de los sacerdotes le harían sufrir y le matarían... Pero Él resucitaría... ¿Qué nueva locura era aquélla?

Se calló y nadie se atrevió a romper el silencio. Y Él, algo jadeante, leía en cada uno de los corazones, y les veía volverse a todos los vientos. Sólo Judas había comprendido, o creía haberle comprendido. Que el Maestro fuese capaz de descifrar el porvenir, no era dudoso para él. Lo que a los demás les parecía increíble, él lo admitía desde el primer instante. El carpintero de Nazaret sabía lo que a él, al hombre de Queriot, no le ofrecía la menor sombra de duda, desde las frases insensatas sobre la «carne-alimento» y la «sangre-bebida». Jesús quedaría aplastado; los sacerdotes tendrían la última palabra; no, Judas no había dudado nunca de ello; pero ¡qué suerte poder negociar con el bando contrario! Las últimas frases del pobre Jesús respecto a su resurrección confirmaban el parecer de las personas razonables e incluso el de la familia: había «perdido el juicio» y nadie viene obligado a guardar fidelidad a un demente.

Así cavilaba Judas, mientras el grupo caminaba con la cabeza gacha hacia Cesárea. Y, de repente, el mejor de todos, el que acababa de confesar su fe en Cristo, se separó de los demás, llamó al

Maestro aparte (quizá delegado por sus hermanos) y le dijo con voz baja, refunfuñando:

—¡No quiera Dios, Señor! No, esto no te ocurrirá nunca.

En Banias (o Paneas, cuyo nombre deriva del de Pan), allí donde antes se elevaba Cesárea de Filipo, se encuentra aún hoy día una hierba espesa que alcanza las ramas más bajas de los olivos. La cruz, erigida por vez primera en aquella campiña feliz, causó horror a Pedro, y aún en la actualidad aleja en Oriente a millones de seres para quienes un Dios que sufre y se deja crucificar es algo inconcebible. Y el Islam nació de este escándalo. Cefas protestaba por amor. Su amor se confundía con su incredulidad: «¡No, no!, esto no ocurrirá...» Como si hubiese dicho: «No, Maestro muy querido, ¡no quiero que tú mueras!»

Mas el Hijo de Dios no quiso comprender, en un principio, que unos pobres semitas fuesen tan lentos en creer aquello de que abominan aún hoy, después de diecinueve siglos, los hombres de su raza: el Cristo humillado, escarnecido y vencido... No, ¡esto no podía ser! Irritado por aquella negativa, Jesús exclamó:

—Apártate, Satanás, que eres escándalo para mí. Porque no posees la inteligencia de las cosas de Dios y no tienes sino pensamientos humanos.

¿Qué otros pensamientos hubiera podido Pedro tener? Él no era Dios, como Jesús, si bien Jesús era un hombre como él. Mientras el apóstol retrocedía, cabizbajo, el hombre de Queriot pensaba: «El Maestro empieza a volverse violento; ya no se domina...»

Sólo entonces se apaciguó Jesús y decidió andar con miramientos con los doce: aún se necesitará mucho tiempo para instruirles en aquel misterio. No le aprehenderían por completo antes de haber tocado sus pies y sus manos atravesadas por los clavos, con el costado abierto. Jesús se vuelve de repente tímido: no se atreve aún a decirles las

cosas, el objeto, el signo, el patíbulo de los esclavos, en forma de T, que será adorado por los siglos de los siglos. Puesto que había bastado una alusión para que Cefas se indignara, en aquel camino, en las cercanías de Cesárea, el Señor recurrirá a una astucia divina: el Arbol que no se había atrevido a exponer abiertamente a las miradas de los doce, les mostrará su sombra inmensa, cubriendo el campo con una vida de hombre. A dos pasos del santuario consagrado al dios de patas de cabra, Jesús se decide a hablarles de la «cruz».

—Si alguien quiere ser mi discípulo, que renuncie a sí mismo, tome su cruz y sígame.

No es una hipótesis, sino una certidumbre, que tales frases debían sumir a un hombre equilibrado y razonable como Judas en una seguridad profunda: sí, su Maestro estaba loco... Pero los otros entrevén un rayo de verdad; han comprendido por lo menos que ya no han de comprender, que les basta con cerrar los ojos y abismarse en aquella locura. ¿Qué arriesgan, puesto que el Hijo del Hombre volverá con toda su gloria y pagará a cada cual según sus obras? Jesús, sin embargo, añadió:

—¿De qué le servirá al hombre ganarse el mundo entero si pierde su alma?

Acaso Jesús en aquel momento estaba mirando al Iscariote, que cavilaba: «Una vez ganado el mundo entero, siempre habrá tiempo suficiente para salvar también el alma. Por lo demás, ¿qué es el alma?» Judas se acuerda del salmo: «Mi vida desfalleciente toca la estancia de los muertos... Abandonado entre los muertos, semejante a las víctimas de la espada que duermen en los sepulcros, de los que ya no conserváis el recuerdo...» ¿De qué nos sirve haber ganado nuestra alma, que no es más que un hálito, un poco de viento? (Éste es, en efecto, el modo de ver de los saduceos.) ¿De qué sirve ganar el alma, cuando uno pierde el universo?

LA TRANSFIGURACION

Así fue cavilando Judas; incluso en los demás, el Señor tuvo que adivinar una postrera resistencia. Entre todos sus discípulos había escogido a doce, y aun este número era excesivo. Entonces, después de seis días de meditaciones, decidió escoger a tres entre los doce. A estos tres les obligaría a creer, les obligaría a reconocer a la fuerza, por su solo aspecto, que Él era el Hijo del Altísimo. Verían de antemano al Hijo del Hombre llegar con todo el brillo de su reino, para que en la hora de las tinieblas pudiesen recordar aquella hora y no desfallecieran.

La elección del Señor, estaba hecha de antemano: Cefas, primero; y luego, Juan, porque le quiere y porque este discípulo es incapaz de soportar la menor duda, la menor tibieza, y Santiago, por ser el hermano de Juan, y porque le sigue por doquier.

Y he aquí que ese día el Hijo de Dios va a presentarse con toda su pompa ante sus tres amigos, para que un día el discípulo más amado pueda escribir: «Lo que nuestros ojos vieron, lo que nuestras manos tocaron, lo que nuestros oídos escucharon con respecto al Verbo de la vida.»

Los condujo, pues, a una montaña. Si se trataba del monte Tabor, según una tradición que se remonta hasta san Cirilo de Jerusalén, éste no se hallaba lejos de Nazaret. En los tiempos de su vida recoleta, Jesús, sin duda, se habrá retirado allí a menudo para encontrarse a solas con su Padre. Un burgo ocupaba a la sazón la cima de aquel monte, pero no le costó descubrir un lugar desierto.

Aun cuando fuese de día, el sol de su faz cu-

bría de sombra el cielo, y la nieve de sus vestidos entenebreció el resto del mundo. Un pobre judío vestido con una túnica de grosera lana resplandecía entonces. Esta luz es siempre la misma que reconocemos a través de los relatos de quienes le hayan visto, desde Pablo de Tarso hasta la niña Bernadette Soubirous: la luz que contemplaban los ojos ciegos del anciano Tobías.

Aquellos tres hombres que habían gritado de terror cuando Jesús había avanzado hacia la barca que navegaba sobre el mar, no experimentaban ningún espanto ante su resplandeciente faz. Espanta el hombre que cumple actos de Dios. Mas cuando Dios se manifiesta, ya no queda lugar para temor, sino que basta con adorar y amar. He aquí a Moisés, he aquí a Elías... ¿Cabría imaginarse algo más sencillo? Tal como debía ocurrirles a los peregrinos en el camino de Emaús, los tres discípulos sentían arder su alma en su cuerpo, y pronunciaron efectivamente casi idénticas palabras:

—Señor, bien es que nos quedemos aquí...

Frase que anuncia ya: «Quédate con nosotros, pues ya cierra la noche...»

Pedro ofrece levantar tres tiendas: una para Jesús, otra para Moisés y otra para Elías. La niebla de la noche se vuelve espesa en torno de ellos. Una voz les precipita con la cara hacia el suelo: «Este es mi Hijo bien amado...»

Permanecieron postrados hasta que una mano les tocó el hombro. Jesús estaba sólo con su aspecto de todos los días y su pobre manto. Los ruidos habituales llegaban a ellos procedentes de la llanura. Pero ellos tres creyéronse cambiados para siempre. Sin embargo, Pedro se acordaría del sol de aquel rostro, después de haberlo negado cuando el Hijo del Hombre, cargado de cadenas, se volvería hacia él con su demacrado semblante. Y también Juan se acordaría, al pie de la cruz, con los ojos levantados hacia la cabeza inclinada, cubierta de sangre y de pus.

Al bajar otra vez a la llanura, Jesús les recomendó que no dijeran nada acerca de la visión que tuvieron hasta que Él hubiera resucitado. Así, sin perder tiempo, aprovechó su acrecentada fe para hablarles de su muerte. Los tres discípulos se sintieron nuevamente turbados: su espíritu vagaba a través de fragmentos de la Escritura que su memoria había conservado:

—Los escribas dicen que Elías debe venir antes.

Al contestarles Jesús que Elías ya había venido, comprendieron que el Maestro se refería a Juan Bautista:

—Los escribas le trataron como quisieron. Harán sufrir de la misma manera al Hijo del Hombre.

¡Cuán lentos eran en creer! ¡Cuán fuerte era la naturaleza de ellos, frente a la Gracia! Su naturaleza de judíos... Les gustaba el éxito, el aplastamiento del enemigo, los carbones acumulados encima de su cabeza. Era preciso fortalecer su fe. Pacientemente, el Señor vuelve a emprender su trabajo por la base.

Cuando el día después de la Transfiguración la mayor parte de los discípulos se unió a ellos, los encontró bastante avergonzados por no haber podido curar a un lunático. Él, inmediatamente, les advirtió:

—Es a causa de vuestra falta de fe...

Y añadió:

—Si tuvierais fe como un grano de mostaza, y si dijerais a esta montaña: pásate de aquí a allá, ella pasaría...

Inmediatamente les obliga a contemplar lo que ellos no quieren ver, y los enfrenta con lo que ellos rechazan:

—El Hijo del Hombre será entregado en ma-

nos de los hombres, y éstos le darán muerte; mas al tercer día resucitará.

¿Quién se hubiera atrevido a protestar? Todos se acordaban aún de su reciente furor contra Cefas. Así guardaron silencio, refunfuñando en secreto, y la promesa de resurrección no les ayudaba para nada: la palabra misma no representaba nada para su pensamiento.

Conforme se fueron acercando a Cafarnaum, su atención se desvió de tan lúgubres profecías para apegarse a su esperanza infantil: serían grandes, dominarían, triunfarían... Pero no todos de la misma forma. Se produjeron sordas disputas de celos, sobre todo cuando el pequeño grupo se hallaba separado del Maestro. De repente se dejó oír la voz impaciente y temible:

—¿De qué estabais discutiendo?

¿De qué hubiese valido mentir? Todos sabían que el Señor les interrogaba para conservar las apariencias y que ninguna de sus frases le era desconocida. *No obstante, no se atrevieron a confesarle el objeto de sus discusiones para saber quién era el más grande entre todos...*

Jesús permaneció en silencio hasta que hubieron entrado en su casa de Cafarnaum, la de Pedro, sin duda. Sentados en torno suyo, bajaban la cabeza, para esperar que se disipara la cólera de aquel cordero, furioso a veces. Sin embargo, con un acento de suavidad que no esperaban y que les trastornaría aún tres años después, dijo Jesús:

—Si alguno quiere ser el primero, se convertirá en el último de todos, el servidor de todos...

De momento renunciaba a hablarles de la cruz, y sólo les mostraba el último lugar que asigna a sus bien amados: aquella única frase anonadaba, una vez más, sus ensueños de poder. Y cuando volvían su frente surcada de arrugas, con el corazón tan lento en creer, el Señor extendía la mano hacia uno de los niños que habían entrado tras ellos y que formaban corro en torno al rabí; lo atrajo

hacia sí y le hizo sentarse en sus rodillas:

—Si no llegáis a ser como niños no entraréis en el reino de los cielos.

Y añadió:

—El que se humillare como este niño...

Él no había llamado al azar a aquel niño, sino que lo había escogido entre todos sus compañeros. ¿Por qué hablar de la infancia? La infancia no existe: sólo hay niños. Y si es verdad que muchos, apenas salidos de la tierra, son manantiales turbios, y el fango se mezcla a sus primeras ebulliciones, otros muchos poseen la transparencia, la nitidez sobre la que se inclinaba la sagrada Faz de Cristo, para reflejarse en ella. Una locura más que exige a la criatura adulta: volver a encontrar nuestra infancia, el abandono de una flaqueza que no conoce el mal, nosotros que lo hemos conocido y cometido, y que no somos más que basura. Y, precisamente por esto, la infancia más amada de Dios es reconquistada por encima de todas las abominaciones de una vida, *tierra virgen ganada palmo a palmo* contra una marejada de deseos, contra una codicia incansable. La infancia es una victoria, una conquista de la edad madura. Pues por muy cándido que pudiera ser, el niño que contemplaba a Jesús llevaba en potencia todos los crímenes que cometería más tarde.

—Quienquiera que reciba a uno de estos niños a causa de mi nombre, me recibe a mí y quien me recibe, recibe al que me ha enviado.

Juan, el más libre por ser el más amado, le cortó la palabra:

—¿De modo que no importa quién pueda recibir a un niño en su nombre, expulsar a los demonios en su nombre? No obstante, aún ayer, interrumpieron a un hombre que pretendía practicar exorcismos en nombre de Jesús.

El Señor les desaprobó vivamente: no quería ser prisionero de los suyos. Su gracia no necesitaba de nadie. ¡Cuántos sacerdotes, aún hoy en día,

se sustituyen en la gracia! Sin embargo, el Señor no había soltado aún al niño y lo envolvía en una mirada tan triste que el pequeño tuvo miedo acaso y quiso huir:

—Y cualquiera que escandalice a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor les fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino y que se le arrojase en lo profundo del mar.

Frase más consoladora que terrorífica: la pureza de un niño tiene, pues, un valor infinito, y su valor es inenajenable, sea lo que sea lo que ocurra a la edad de las pasiones. Crimen inexplicable el de mancillar a este testigo cándido de quien todos necesitaremos en el día del juicio: el niño que habíamos sido.

Aquí, el Hijo del Hombre nos introduce en el misterio de su justicia. Su reino, que no es de este mundo, está regido por una justicia que tampoco lo es. Lo que en su código peculiar merece la muerte, o, mejor dicho, una vida de tormentos sin fin, aparece como legítimo a los ojos del mundo, o por lo menos desprovisto de importancia.

¡El mundo! Jesús piensa en él en aquellos momentos, y no piensa en él nunca sin que se subleve todo su ser.

Aparta de sí al niño y grita:

—¡Ay del mundo, a causa de los escándalos! Porque necesario es que se produzcan escándalos, mas ¡ay del hombre por el cual viene el escándalo!

Desde hace siglos, el mundo escandaloso escucha, sin sentirse turbado, las imprecaciones de aquel judío y se ríe de la amenaza. No teme ser «salado por el fuego» (ésta es la expresión misma que emplea Jesús). El mundo no cree en ese fuego que, en vez de consumirlo, conservará la carne torturada. «La gehena del fuego inextinguible», que aterrorizó tanto a las criaturas humanas desde que el Hijo del Hombre describiera su horror con casi intolerable insistencia, ese brasero en el que

no morirá siquiera el gusano del cadáver, no castiga tan sólo los grandes crímenes según el código de las naciones; es el precio justo de las manchas espirituales, de la turbación mortal sembrada en los seres jóvenes: venga a las almas asesinadas. A un mundo que corrompe la infancia, que deifica el deseo y la satisfacción de los instintos, que da nombre de dios a cada una de las codicias, Jesús tiene la osadía de oponerle una ley casi inhumana de candor, y confiere un valor absoluto a la castidad, a la integridad del corazón y de la carne. Ninguna atenuación: vale más cortarse un miembro que nos inclina al mal que conservarle en aquel saladero de llamas: «pues todo hombre será salado por el fuego...»

¿Ve Jesús brillar una luz atroz en los ojos de aquellos judíos, tan prontos a hacer justicia? Se contuvo: ¡no!, no les pertenece a los puros encender un fuego en la tierra para consumir en él a los impuros. No debemos imitar la implacabilidad del Dios que encendió aquella gehena, pero que vino a morir con tal de liberarnos de ella. Jesús fijaba de antemano unos límites muy estrechos a la corrección fraternal: primero la advertencia, luego la amonestación en presencia de dos o tres... Y sólo si el pecador se obstina, la Iglesia le tratará como a un pagano. ¡Ojalá desconfiara de aquellos judíos tan duros! Les ordena que perdonen, no sólo siete veces, sino setenta veces siete, y les cuenta la parábola del acreedor y del deudor; un rey perdona la deuda al servidor que le debía diez mil talentos; y éste, al salir de palacio, coge por la garganta a uno de sus compañeros que le debe cien denarios y le hace conducir a la cárcel. Y el rey le castiga duramente por no haber tenido piedad de su deudor, como se había tenido compasión de él.

Así, por un rodeo meditado, las peores amenazas del Señor desembocan siempre en unas palabras de misericordia. Cada anatema volvía a con-

ducirle a un secreto de amor que le era preciso ocultar tras una cortina de llamas, por miedo a que los suyos mismos no incurrieran en la tentación de abusar de ello.

XVI

PARTIDA PARA JERUSALÉN

Llegó otra vez el otoño sin agua, y las vendimias, con sus cabañas de ramas, llamadas también tabernáculos, desde donde cada cual vigilaba su cosecha. La fiesta de los tabernáculos condujo nuevamente a Jesús y a los doce a Jerusalén. Desde hacía unas cuantas semanas, para trabajarles en secreto, se había separado de la muchedumbre; y el pequeño grupo no tenía motivo para aumentar el número: sólo el Maestro era capaz de hacer el recuento de los corazones solicitados en vano en el secreto y que se le habían rehusado; llenaban ahora las casas de Cafarnaum, de Corzaín, de Betsaida, como si Cristo jamás hubiese atravesado sus ciudades. Y todo lo que realizó, lo había realizado en vano. El tiempo que les había sido dado, había pasado ya: el Hijo del Hombre parte para Jerusalén y ya no volverá nunca más, por lo menos en su cuerpo de carne. Lo que había ido a salvar no será, pues, salvado. El grito del corazón, de un corazón que sabe que el juego está

perdido en la medida en que el juego de Dios puede perderse, Jesús lo lanzará a la faz de las ciudades que aún no había conquistado. El amor que les rodeaba se levanta y retira. ¡Qué misterio más grande ese poder de la criatura de negarse al deseo de Dios! Era preciso que la gracia sufriera en ello una inmensa derrota, pues el Hijo del Hombre no pudo contenerse, y fulminó con tal anatema a aquella ribera, que Betsaida ni siquiera ha dejado en ella el menor rastro. Él, a quien nada quedaba oculto, no comprendía aquella negativa; y así hubo no poco estupor en aquellas palabras terribles:

LAS CIUDADES MALDITAS

—¡Maldita seas, Corozáin, maldita seas, Betsaida!, pues si los milagros que se hicieron en medio de vosotras hubieran sido realizados en Tiro y en Sidón, hace ya tiempo que hubiesen hecho penitencia bajo el cilicio y la ceniza. Sí, os lo digo, el día del juicio habrá menor rigor para con Tiro y Sidón. Y tú, Cafarnaum, que hasta los cielos estás levantada, hasta los infiernos serás abajada, pues si los milagros que tú viste se hubiesen cumplido en Sodoma, Sodoma aún estaría en pie... Sí, el día del juicio habrá menor rigor para con Sodoma que para ti...

Después de tamaño estallido, el Hijo del Hombre se recoge y se vuelve en cierto modo hacia el misterio de su ser. No debe rehuir la irritación de aquella sangre, de aquella carne que había revestido, para refugiarse en la incomunicable paz de su Padre.

—Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, que hayas escondido estas cosas a los sabios, y de los entendidos, y las hayas revelado a los ni-

ños. Así, Padre, pues que así agradó en tus ojos.

Vuelve a sumergirse en el conocimiento de aquella unión inefable. Se consuela. La alegría de la Trinidad se exhala en unas palabras que los pobres hombres que le escuchan recogen entre muchas otras que no alcanzaron a comprender. Mas éstas se graban en ellos, porque acaso ese acento de exultación se elevaba después de los anatemas que les habían helado de espanto.

El Hijo del Hombre se hundía en el abismo de su propia paz. Había apartado sus ojos de Cafarnaum y Corozáin, de las que hoy día ya no quedan más que unas cuantas piedras diseminadas. El pequeño grupo caminaba en silencio. Muchos estaban tristes, pensando en el fuego de la gehena: ¿qué hombre no ha escandalizado? Y buscaban en su vida los nombres de sus víctimas olvidadas. Todos amaban a su Betsaida, que acababa de ser maldita. Más de uno se sentía cansado de repente. ¿Para qué tantos esfuerzos para desembocar en el fuego eterno y en la destrucción de su patria terrenal? Y, bruscamente, la misma voz que un momento antes aún temblaba de cólera, se elevó llena de ternura:

—Venid a mí todos vosotros que estáis cansados y os doblegáis bajo vuestra carga, y yo os aliviaré.

—Señor, no resistimos más nuestras recaídas, nuestras traiciones; ésta es la carga que ya no conseguimos arrastrar...

—Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y encontraréis el reposo de vuestras almas. Pues mi yugo es dulce y mi carga es ligera.

A quienes sus imprecaciones habían turbado y al que el hombre de Queriot había susurrado: «¡Qué violencia más superflua! ¡Qué cólera más absurda!», una llamada tan cariñosa daba la sensación casi física de aquel misterio: la humildad de Dios. Sí, ellos habían gustado ya la suavidad

de su yugo. Ya no tenían ningún miedo. ¿Qué les importaba Betsaida o Corozain? Su única patria es Cristo; no tienen más reino que el suyo. En vano intentaba infundirles miedo; su amor se traicionaba a cada instante: «Venid a mí todos los que estáis fatigados...»

Se suele olvidar siempre a aquella familia molesta e importuna, secretamente hostil, en torno a Jesús; sus allegados de Nazaret, que le habían oído gritar contra las ciudades del borde del lago, y que decían: «Abandona este país y vete a Judea, ya que nadie obra en secreto cuando anhela ser conocido en público. Si realmente haces milagros, muéstrate al mundo.»

Sin embargo, Jesús no quería ir a Jerusalén con los de su sangre, que no creían en Él, esperando siempre el tener alguna ventaja de su alianza, vacilando sin duda, como Judas, entre la incredulidad y la codicia. Bien sabían que en Jerusalén existía peligro para el Maestro, y no hacían caso de ello, pues ellos mismos no arriesgaban nada. Aquella familia hipócrita, ambiciosa y cobarde, horrorizaba a Cristo. Y les decía:

—El mundo no sabrá odiaros; a mí me odia porque yo soy el testimonio de que sus obras son malas. Id vosotros a esa fiesta. En cuanto a mí, yo no iré, porque mi tiempo aún no ha venido.

Les dejó, pues, partir, fingiendo quedarse atrás. Mas inmediatamente se puso en camino. No tuvo que decidir el momento, pues aquel postrer viaje estaba ya decidido desde siempre. «Cuando venidos fueron los días en que debía ser arrebatado de este mundo, tomó la resolución de ir a Jerusalén...» Todo había sido fijado de antemano, día por día, y no hubiera podido tardar ni un instante, más, ni consagrar una palabra más a la salvación de las ciudades malditas.

En aquella última vuelta de su vida en la tie-

rra, el Hijo del Hombre hubiera preferido quedarse solo. Por mucho que les amara, debía de ser muy pesado arrastrar consigo por doquier a aquellos once discípulos que no comprendían nada por alusión, y a aquel traidor malintencionado e imbécil. De haber podido quedarse a solas con Juan... En verdad, el contexto parece probar que el hijo de Zebedeo estaba a su lado. En cuanto a los demás, los envió delante para preparar las etapas.

¿Por qué, atravesando Samaria, no pasó por Sijar? Debía de flotar en el aire seco el aroma del mosto que las prensas esparcían sobre el campo. Los días se acortaban.

Ese Dios cargado con todos los dolores del hombre, ¿gustó igualmente la triste dicha inherente a su condición de efímero? El sol, herido por el otoño, y todos cuantos pesares y tormentos despierta en un corazón mortal, ¿los experimentó el Hijo del Hombre en el misterio de su doble naturaleza? El tiempo, la noción de lo que dura y se agota y acaba, embriagaba al Ser, ese mismo Ser que algunos días más tarde debía provocar a los judíos con la frase inaudita: «¡Antes de que Abraham fuera, yo soy!» Mas ahora en ese camino de otoño, en Samaria, hay un caminante que no volverá nunca más a la ciudad que le vio nacer, hombre perseguido que ya se halla bajo el poder de la ley; y admira por última vez las puestas de sol del mes de setiembre, y respira el olor vinoso de aquellas postreras vendimias. Sí, también Él conoció nuestras pobrísimas alegrías.

Sin embargo, sus discípulos regresaron; nunca le dejaban solo durante mucho tiempo. ¡Siempre la misma historia! Los samaritanos no estaban dispuestos a recibir a gentes que se dirigían a Jerusalén. Los hijos de Zebedeo, que aún tenían en los oídos las palabras de Jesús contra las tres ciudades, con ese celo eterno de los judíos, para la venganza y para la destrucción, le propusieron, pues, como la cosa más sencilla del mundo: «Señor, ¿por

qué no ordenáis que el fuego baje del cielo y les consuma?»

Jesús, que caminaba delante, se volvió. ¡Cómo! ¿Procedía de Juan ese golpe tan duro? El discípulo se refería a las imprecaciones de su Señor contra Betsaida; aquel «hijo del rayo», como le llamaba Jesús con cariñosa irrisión, no era, por cierto, un hombre suave; y pensaba que ya no era tiempo de pastorales ni beatitudes. Jesús no se irritaba. Su réplica es de esas en las que hay un acento de fatiga indecible, un lamento cansado y triste, un descorazonamiento de Dios:

—¡No sabéis de qué espíritu sois!

Y añade:

—El Hijo del Hombre ha venido, no para perder las almas, sino para salvarlas. Ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.

En una visión, quince siglos más tarde, debía decir a Francisco de Sales, torturado por los escrúpulos: «Yo no me llamo el que condena, mi nombre es Jesús...»

Y, sin duda, si el hijo de Zebedeo hubiera tenido la audacia de protestar: «Pero, Señor, aún el otro día hablabais de la gehena y del fuego...», el Maestro hubiera podido contestar: «Yo no soy un Dios de lógica. Nada tan alejado de mí como toda vuestra filosofía. Mi corazón tiene sus razones que escapan a la vuestra, porque yo soy el Amor. Ayer, por amor, encendía ante vosotros aquella hoguera inextinguible, y hoy ese mismo amor os anuncia que he venido para salvar lo que estaba perdido...» Miraba ante sí y veía en Jerusalén, entre todas las mujeres locas de la ciudad, a la esposa culpable que mañana iban a arrastrar a sus pies; ama a un hombre, en ese mismo momento, y este hombre no es su marido; están ebrios de deseo, y ya la vecindad los acecha. A la mujer adúltera, no le hablaría tampoco de la gehena.

EN JERUSALÉN

Entró en la ciudad en secreto y se escondió en casa de uno de los suyos, acaso en Betania, en la casa de Lázaro. Mas algunos de los que estaban con Él fueron reconocidos, ya que se le buscaba en todas partes. Los peregrinos se preguntaban entre ellos: «¿Dónde está?», sin atreverse a expresarse libremente respecto a Él hasta tal punto le tenían por sospechoso y le odiaban, condenándole de antemano. El asunto del paralítico curado, en ocasión de su última visita, bajo los portales del estanque de Bethesda no había sido olvidado. Él mismo hará claramente alusión a ello, cuando casi mediada la fiesta se atreverá a tomar la palabra en el Templo, ¡aquel que no había frecuentado las escuelas, como si fuese todo un doctor de Israel!

No, no es doctor; protesta manifestando que no tiene una doctrina personal. ¿Para qué inventar una doctrina personal? ¿Para qué inventar una doctrina? Su doctrina es su Padre y su gloria es la de su Padre. Y como el auditorio murmuraba contra Él, preguntó:

—¿Por qué queréis matarme?

Se indignaron: «Estás poseído por el demonio. ¿Quién piensa en matarte?» Los galileos protestaban de buena fe. Pero los príncipes de los sacerdotes se estremecían al saberse descubiertos de aquella manera y no osaban prenderle en pleno día. Parecían temerle, hasta el punto que los judíos se preguntaban: «¿Creen, pues, ellos también que es Cristo?» Pero no, era imposible creer semejante tontería: aquel hombre venía de Nazaret; habían conocido a su padre y a su madre; la ciudad estaba llena de allegados suyos que eran los pri-

meros en reírse de Él y encogerse de hombros a poco que se les incitara a hacerlo...

Entretanto, su voz trastornaba a la muchedumbre. Su voz sola; ya casi no obraba milagros. Y, no obstante, jamás los corazones se habían turbado de tal manera.

Al acercarse la Pasión, las palabras del Señor se tiñen con una luz anunciadora: «Aún estoy con vosotros para muy poco tiempo. Me voy hacia Aquel que me envió. Me buscaréis y no me encontraréis. Y allí donde yo estoy, vosotros no podréis ir...» No le comprendían y, no obstante, quedaron pendientes de sus labios. En el último día de la fiesta, los espíritus estaban más que nunca divididos por un discurso cuyo tema nos ha sido transmitido por Juan: «Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba. El que crea en mí, de su seno, como dice la Escritura, brotarán manantiales de agua viva.»

Profecía que hoy sabemos se realizó. Pues los que han visto a Cristo en sus días de carne, recibieron una gracia menos grande que nosotros, que asistimos al cumplimiento de sus promesas. No sólo las legiones de los santos, sino incluso el último de los cristianos en estado de gracia es un manantial de agua viva y el mundo sabe que está rodeado y bañado en estas aguas vivificadoras.

¡Con qué acento tuvo que decir estas cosas para que todo el pueblo se sublevase! «Es un profeta... ¿Es el Cristo...? No, porque es galileo. Leed un poco la Escritura. Cristo nacerá en Belén...»

Sin embargo, el testimonio más asombroso es el de los guardianes que los sacerdotes habían enviado para prenderlo y que regresaron con las manos vacías.

—¿Por qué no le habéis traído?

Contestaron:

—Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre.

Los sacerdotes, furiosos, les preguntaron si, a

su vez, habían quedado seducidos. Y, no atreviéndose a castigarles, los sermonearon, preguntando: «¿Existía un solo fariseo, un solo doctor que conociera la ley, y que, no obstante, se hubiera adherido a la causa de aquel impostor? El populacho imbécil le seguía porque no sabía que el Mesías no podía venir de Galilea.»

¿Quedaron convencidos los guardias? Para los fariseos, todas las seducciones de aquella palabra no podían pesar nada contra la ciencia que poseían de los textos sagrados. Eran unos exegetas. Y, no obstante, hubo entre ellos, quien, en el secreto de su corazón, al igual que los humildes soldados, juzgaban a su vez que jamás hombre alguno había hablado como aquel hombre. Pero Nicodemo llevaba la prudencia hasta los confines de la cobardía. No obstante, había pasado toda una noche frente a frente con Jesús, a solas con Él, y su corazón había quedado abrasado en aquella entrevista; pero cubría el fuego con cenizas... Sin embargo, aquel día reunió todo su valor, y su voz temblorosa dijo: «¿Nos está permitido condenar a un hombre sin haberle oído?» Los príncipes de los sacerdotes hicieron frente a aquel sospechoso: «¿Eres tú acaso galileo? ¡Examina un poco las escrituras!»

Nicodemo bajó la cabeza y tuvo que volver a su casa a escondidas.

XVII

LA MUJER ADÚLTERA

El Hijo del Hombre pasó aquella misma noche en el Monte de los Olivos, o quizá bajó hasta Betania. A partir del alba, volvió al Templo en donde el pueblo se reunía ya. Y he aquí que avanza un grupo de gente arrastrando a una mujer atemorizada y llorosa.

Al amparo de la noche había sido sorprendida en flagrante delito de adulterio. ¿Quién tuvo la idea de conducirla ante el Nazareno? Era amigo de los publicanos y de las mujeres perdidas; los discípulos del propio Juan Bautista podían atestiguarlo. Pues bien, la ley es formal en cuanto a las novias culpables (y más aún en cuanto a las mujeres casadas): deben ser lapidadas. Está escrito así; el texto no ofrece una sombra de duda. Los doctores la rodean y la interrogan ávidamente, convencidos de que la cogerán en falta: «Y tú, pues, ¿qué dices de esto?»

¡Qué les importaba aquella desgraciada criatura! Todo era bueno para ellos para perder al

que odiaban. Imposible prever la blasfemia del impostor.

Mas de antemano podían estar seguros de que blasfemaría. Mientras se apretujaban en torno suyo, gritando y accionando, la triste mujer se quedaba de pie, despeinada, apenas vestida; muerta de miedo, fijaba sus ojos de bestia perseguida en aquel desconocido a quien los sacerdotes erigían en juez.

Él no la miraba siquiera. Habíase agachado y estaba escribiendo en el suelo con un dedo. San Jerónimo nos asegura que escribía la lista de los pecados de sus acusadores. ¡La verdad, sencilla y llana, es tanto más hermosa! El Hijo del Hombre, sabiendo que aquella desgraciada desfallecía más por miedo que por vergüenza, no la miraba, pues hay tales horas en la vida de un ser humano en que la mayor caridad consiste en no mirarlo. Todo el amor de Cristo para con los pecadores cabría en aquella mirada a hurtadillas. Y las cifras que trazaba en el suelo no significaban nada más que su voluntad de no levantar los ojos hacia aquel pobre cuerpo.

Esperó, pues, hasta que la jauría dejara oír sus voces, y dijo, por fin:

—El que de vosotros esté sin pecado, que lance la primera piedra contra ella.

Y se agachó y volvió a escribir en el suelo. «Habíendo oído aquellas palabras, y sintiéndose invadidos de nuevo por su conciencia, se retiraron unos tras otros, primero los más viejos, luego todos los demás, de modo que Jesús se quedó solo con la mujer que estaba allí, ante Él.»

Los más viejos primero... esta vez les imponía a todos la gracia de su lucidez. Sus enemigos conocían el poder que poseía, el de leer en los corazones. Cada uno sentía moverse en él el acto secreto que ocultaba a las miradas, desde hacía años, el hábito, las cosas vergonzosas. Si el Nazareno hubiera gritado de repente:

—Y tú, ¡ése! ¿No te vas? ¿Qué hacías, pues, ayer, a tal hora, en tal sitio?

Jesús se quedó, pues, solo con la adúltera. A fin de cuentas, Él no era su juez natural. Puesto que sus acusadores habían desaparecido, ella hubiera tenido que aprovechar el momento para huir y esconderse. No obstante, ella permaneció allí, la que aún aquella misma noche se había entregado a las delicias de su crimen. Había sufrido mucho, luchado mucho contra sí misma antes de sucumbir. Y he aquí que ya no piensa en su amor ni en nadie, sólo en ese desconocido que la está mirando ahora porque están a solas y ella no se siente ya humillada. También ella le está mirando, poseída aún por la vergüenza, pero ahora ya es otra clase de vergüenza. Lloro a causa del mal que acaba de cometer. El deseo se retira de ella. De súbito, reina una gran calma en su corazón y en su carne: ¡oh, sangre menos fácilmente apaciguada que el mar de Tiberíades! Nada humano le era extraño al Nazareno; mas, porque era Dios, sabía lo que ningún varón puede saber: la flaqueza invencible de la mujer, aquella criatura que se convierte en un ser rastrero, en determinadas horas, ante determinados seres. Y ésta será en los siglos de los siglos la más extraordinaria victoria del Hijo del Hombre, y también la más común, la más divulgada (tanto que ya no nos impresiona...) y la que sustituirá, en las legiones de mujeres santas, su propia exigencia a la exigencia de su sangre.

De ésta, era ya el dueño. Le pregunta:

—Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Nadie te ha condenado?

Y ella contesta:

—Nadie, Señor.

Jesús le dice:

—Tampoco yo te condeno. Vete y no peques más.

La mujer se alejó. Aún volvería; o, mejor dicho, no tenía necesidad de volver, ya que los dos

estaban unidos a partir de entonces para siempre jamás. Así, bajo la apariencia de su inmenso fracaso, Cristo fue adquiriendo adeptos entre la plebe. Amontonaba un tesoro secreto con aquellos corazones de saldo, con la hez del mundo. No le era necesario una rama de avellano para descubrir en los seres, a pesar de todas nuestras miserias visibles, el manantial de sufrimientos y ternuras sobre los cuales poseía poder.

EL IGUAL DEL PADRE

Era éste un descanso en el combate sin piedad que se hallaba entablado ya y que sólo cesaría en aquella tercera hora del *sabbat*, cuando exhalaría su hálito, supremo instante, a través de la única llaga que sería su cuerpo. Jesús ya no tenía miramiento alguno, ya se batía con la cara descubierta y solo (sus discípulos quedaron un poco en segundo término) en la ciudad misma en que reinaba el enemigo, el fariseo, el sacerdote, en donde las órdenes estaban ya dadas para su suplicio, donde entre Él y la cruz ya no había más que aquella hermosísima frase que inmovilizaba a los soldados enviados para prenderle.

No se trataba de elocuencia ni de ningún don humano. Era un poder que ningún hombre antes que Él había detentado, de penetrar hasta lo más íntimo, de ir directamente al secreto de toda criatura. Los cuatro grandes candelabros que habían sido encendidos en la primera noche de la fiesta de los tabernáculos, en el atrio de las mujeres, estaban ya apagados. En el atrio del tesoro, Jesús gritó: «¡Yo soy la luz!», y comoquiera que los judíos se mofaran de este testimonio que diera de sí mismo, les lanzó a la cara el secreto de sus dos naturalezas:

—Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre.

Ya no podía abrir más la boca sin cometer el crimen de igualarse a Dios. Pero los judíos, que sabían lo que buscaban, querían hacérselo confesar en términos más claros. Le plantearon, pues, la pregunta:

—¿Quién eres?

—Soy el Principio, Yo, quien os habla —contestó. Ahora que está desenmascarado, que el Dios impaciente se yergue contra la jauría de sus criaturas, Jesús no anda ya con rodeos para hablarles del trono horrible que ya toca con una mano que no tiembla—. Cuando hayáis elevado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis quién soy.

Obstinados, los discípulos imaginaban otra exaltación que la del patíbulo. ¿Cuál era el reino que esperaba alcanzar? ¿Qué se escondía tras aquella puerta entreabierta? El Maestro repetía: «¡Mi verdad os hará libres!», y comoquiera que los judíos protestaban que jamás habían sido esclavos, los redujo al silencio por la afirmación según la cual cada uno de nosotros, cristianos, sabe que es verdad, y lo sabe por una experiencia cruel y bendita:

—En verdad os digo que quienquiera se entregue al pecado, es esclavo del pecado. Si el Hijo del Hombre os emancipa de él, seréis verdaderamente libres.

Secreto de su poderío revelado por fin a tantos seres humanos: pueden dudarle, negarlo, blasfemar; pueden huírle y no por ello dejarán de saber que Él solo posee el poder de emanciparles. Sólo le abandonan para colocarse bajo su yugo, sólo para dar vueltas a la muela, su muela, que es su destino, de la que ninguna fuerza del mundo les ha liberado nunca, salvo ese Jesús que crucifican y adoran. En esto, en este sentido tan estrecho se le puede conceder a Nietzsche que el Cristianismo es, si no una religión de esclavos, por lo menos

una religión de libertos.

En las últimas jornadas de su vida, Jesús manifestó tan abiertamente su trascendencia que los que no le reconocían cometían a sus ojos un crimen. «¿Por qué no reconocéis mi lenguaje?», preguntaba con exasperación el Hijo de Dios desenmascarado. Y les denunciaba al Mentiroso de quien procedían, al padre de la mentira, el Demonio. De no ser ellos del demonio hubiesen reconocido a Cristo en aquellos días en que su naturaleza humana ya no era más que transparencia. Y la prueba es que ninguno encontró nada que replicar, cuando les pregunta:

—¿Quién de vosotros me convencerá de pecar?

No, no había nada que contestar. Mas, como unos niños que devuelven la injuria, y que dicen: «No soy yo el imbécil; el idiota eres tú...», también ellos protestaban: «¡Está poseído por el demonio!»

Mezclados con aquella multitud injuriosa, muchos corazones aún vacilantes se estremecían de amor en el borde extremo de la verdad. El Señor les sentía latir contra el suyo y, súbitamente indiferente ante tantos ultrajes, echó en la balanza la promesa maravillosa que acabaría de conquistarle a sus bienamados:

—En verdad os digo que el que guardare mi palabra, no verá nunca la muerte.

Con una palabra franqueó, una vez más, la frontera de su naturaleza mortal. He aquí a ese Hijo, despojado de su humanidad, más desnudo de lo que sería su cuerpo en la cruz, ofrecido a todas las miradas en su impudor de Dios.

—Abraham, vuestro padre, se gozó por ver mi día; y lo vio y se regocijó.

Los judíos le dijeron:

—Tú, que aún no tienes cincuenta años ¿crees haber visto a Abraham?

—En verdad os digo que antes de que Abraham fuese, yo soy.

Entonces tomaron piedras para lanzárselas, pero Jesús se ocultó y salió del templo.

No salieron para perseguirle. El derecho de juzgar y condenar les correspondía a los romanos. ¿Acaso el Nazareno no acababa de declarar abiertamente: «Yo soy el Hijo de Dios»? Hubiera sido preciso que los príncipes de los sacerdotes pudieran argüir sobre tan abominable blasfemia para hacer legítima una ejecución sumaria. Aún estaban indecisos.

Se hubiera dicho, sin embargo, que el Hijo del Hombre necesitaba su furor. Lo alimentaba como alguien que tiene miedo de que el fuego pudiera apagarse. No había escogido al azar el día del sábado para curar al ciego de nacimiento.

XVIII

EL CIEGO DE NACIMIENTO

Los judíos se preguntaban unos a otros, reconociendo a aquel hombre que caminaba solo por la calle: «¿No era éste el ciego que mendigaba?» Pero el propio mendigo explicaba lo que le había ocurrido: «El hombre que se llama Jesús... Me ha puesto lodo en los ojos y me ordenó que me lavara en el estanque de Siloé...» A los fariseos les repitió la misma historia: «Me puso lodo... Me lavé...» Algunos quedaron turbados por tamaña maravilla a pesar del pecado contra el sábado. Uno de ellos le preguntó al curado milagrosamente: «Y tú, ¿qué dices de ese hombre?» Y el mendigo, cándidamente, contestó: «No cabe la menor duda, es un profeta...»

¿Iba a contar su historia a toda la ciudad? Los judíos mandaron a buscar a sus padres que, atemorizados, procuran no comprometerse: «Sí, es nuestro hijo y ha nacido ciego. Por lo demás, ya tiene edad para contestaros; interrogadle, pues.»

Comparece el ciego otra vez y la simplicidad de la paloma se da en sus respuestas: se halla ante

aquellos zorros como todos los débiles que el Espíritu cubre con sus alas: «¡Gloria a Dios en las alturas! Sabemos que este hombre es un pecador.» El les contestó: «Si es un pecador o no, yo lo ignoro; yo sólo sé que era ciego y que ahora veo.» Ellos le preguntaron: «¿Qué te dijo? ¿Cómo te abrió los ojos?» Les contestó: «Ya os lo he dicho y vosotros no me habéis escuchado; ¿por qué queréis oírme otra vez? ¿Acaso vosotros también queréis haceros discípulos suyos?»

Desde el momento en que se había quedado a solas un instante con la adúltera, el Hijo del Hombre no había tenido ya tregua en aquella lucha a muerte que sostenía. Y he aquí aún un corazón sencillo en que reposar, el brocal de un pozo donde sentarse durante aquella subida tan dura: un Pobre. No es que tuviera necesidad de nadie. Pero es el Amor.

El mendigo expulsado tuvo que salir prudentemente de la ciudad. De repente, vio al Hombre en el camino. El hombre curado milagrosamente no sabía que aún podía seguir siendo un ciego y que existía otra luz que el Sol. Sin embargo, era un corazón puro. Antes de curarle, el Señor había advertido a sus discípulos que no había sido ciego por sus pecados, ni por los de sus padres, sino para que la gloria de Dios tuviese ocasión de manifestarse. Pues bien, no había nadie más en aquella parte de la carretera. Y Jesús le preguntó:

—¿Crees en el Hijo de Dios?

Y el buen hombre repuso:

—¿Quién es, Señor, para que crea en él?

Por sencillo y llano que sea, ya ha adivinado. Su alma arde en su cuerpo, sus rodillas se aflojan y junta las manos.

—Soy yo, que te estoy hablando.

—Creo, Señor.

«Y postrándose a sus pies, le adoró.» Unos pocos instantes solamente... Pero ya bastan y sobran para que el Amor recobre el aliento.

EL BUEN PASTOR

Así se fue reuniendo en torno de Él un pequeño rebaño. Aquellos corderos no pagaban con oro. El hombre de Queriot le juzgaba desde este punto de vista: «¿De qué servía ganarse gentes de poca monta?» Entre sus discípulos, hubiera sido difícil encontrar a diez personas influyentes. Todos ellos se dispersarían al primer ataque.

Pero Jesús decía: «Mis corderos... mi ganado...» Conocían su voz y Él conocía el nombre de cada uno de ellos; no sólo el nombre, sino también sus problemas, sus remordimientos, todos los pobres remolinos de cada corazón vivo sobre el cual se inclinaba como si le moviese a ello un interés eterno. Y es verdad que se juega la eternidad, y que el menor de nosotros es amado con un peculiar cariño.

Jesús es el pastor y es también la puerta del establo. No se entra en el establo sino por Él. Ya el Hijo del Hombre enseñaba al mundo, que le rechazaba: «No es verdad que podáis pasaros de mí. No alcanzaréis la verdad sin mí. La buscaréis, llenos de menosprecio para los que encuentran, y toda la sabiduría humana se reducirá para vosotros a esta búsqueda, porque no habréis querido entrar por la puerta.»

Ahora ya no habla sin aludir a su muerte: «El Buen Pastor da su vida por sus corderos...», y descartando con una sola palabra las montañas de Judea, abre una inmensa perspectiva: «Aún tengo otros corderos que no están en este establo...»

Establos dondequiera que haya humanos: recintos limitados, separados de la masa, unos reductos aislados en medio de un mundo hostil.

XIX

EL BUEN SAMARITANO

El Señor se alejó un poco de Jerusalén, sin abandonar Judea.

Ahora no debe ya alejarse mucho de la ciudad. Pero tampoco debe sucumbir antes de la hora. Últimos días de abandono y de reposo, cuando vacía su corazón, cuando explica parábolas de las que la Humanidad sigue viviendo todavía hoy. Un escriba le preguntó: «¿Quién es mi prójimo?», y Jesús inventa la historia del hombre atacado por los ladrones en el camino que de Jerusalén baja hacia Jericó, camino llamado por los árabes «Cuesta Roja», a causa de su color. ¿Historia inventada? Es verdad que aquel camino era una madriguera de ladrones. Y todo parece indicar que el Maestro, en la medida en que el relato avanza, asiste al desarrollo, no de una aventura imaginaria, sino que la ve, puesto que El lo ve todo, y la historia se realiza acaso en el mismo momento, a pocos estadios del lugar en donde un pequeño grupo de seguidores le rodea y donde el escriba de bue-

na voluntad recoge su palabra. He aquí al hombre, pues, apaleado y herido al borde del camino. Pasa un sacerdote, luego un levita que ni siquiera vuelve la cabeza. Luego el hombre a quien los sacerdotes menosprecian: el samaritano. Éste vendar las heridas del viajero, después de haberlas lavado con vino y aceite, le iza en su montura, llega al anochecer a la fonda, deja el poco dinero que lleva, y aún entregará más cuando vuelva a pasar. Ha retardado su viaje y se ha despojado de cuanto tenía.

BETANIA

¡Cuán reposado y apagacuado es el Hijo del Hombre en este momento de su vida! En la entrada de aquel mismísimo camino que desciende hasta Jericó, en la aldea de Betania, tiene una casa, un hogar y unos amigos: María, Marta y su hermano Lázaro. Jesús se concede algún reposo: no es que necesite compensaciones, pero acepta un poco de descanso, un poco de ternura. Se reserva fuerzas con vistas a lo que va a venir. Una cama, una mesa frugal, unos amigos que saben que es Dios y que le aman en su humanidad... Sentía un gran cariño a la vez por Marta y María, aun cuando no hubiese entre ambas la menor semejanza. Marta se empeñaba en servirle, mientras que María, tendida a sus pies, escuchaba su palabra, y la mayor se irritaba por tener que cargar con todas las faenas de la casa.

Y el Señor decía:

—Marta, Marta, te inquietas y te agitas demasiado. Una sola cosa es necesaria. María ha escogido la parte buena, que no le será quitada.

Hay quienes interpretan estas frases, sin duda erróneamente, así: «No te fatigues tanto, un solo

plato basta...» Sin embargo, tal es la importancia dada a sus palabras más insignificantes por los que le quieren, que la doctrina de la Iglesia acerca de la contemplación y la acción está fundada en esas frases... Y, no obstante, es verdad que la mejor parte consiste en querer y verse querido y permanecer atento, sentado a los pies del Dios al que se ama. Mas es igualmente dulce servirle en sus pobres, sin perder nunca el sentimiento de su presencia. ¡Oh, astucia adorable de tantas almas que son al mismo tiempo Marta y María!

Jesús no tenía necesidad de ser hombre para querer a Marta, a María y a Lázaro. Sin embargo, era preciso que lo fuese para quererlos, percederos como eran, para tomar cariño a lo que en ellos se conservaría después de la muerte. El otoño duraba todavía; alejándose de Betania tuvo que estremecerse a causa de lo que pronto se cumpliría en aquella casa: el último suspiro de ese Lázaro de quien no sabemos nada: la visitación de la muerte, el combate de Cristo contra ella y el triunfo... Sin duda ya veía en su corazón y desbordaba de amor para el Padre cuando, en el camino, los discípulos le dijeron de repente: «Enseñadnos a rezar...» Levantó los ojos al cielo y empezó: «Padre nuestro...»

PATER NOSTER

Tan sencillas palabras, que transformaron a la Humanidad, fueron pronunciadas a media voz, en un grupo pequeño, por el hombre que salía de una casa amiga en los arrabales de la aldea. Se necesitará bastante tiempo para que el mundo comprenda que Dios es nuestro Padre, que nosotros tenemos a un Padre en los cielos. Los judíos lo sabían, sin duda... Pero creían en un Padre temible, terri-

ble en sus venganzas. Le conocían sumamente mal, y no sabían quién era. El Señor va a enseñarles cómo hay que hablarle, y que todo se puede obtener de Él, y que no se debe tener miedo de insistir demasiado o de importunarle, ya que es precisamente esto lo que Él espera de nosotros: la familiaridad del niño, esa confianza ciega de los niños en sus padres. Un padre cuyo reino no ha venido todavía, cuya voluntad choca contra la criatura capaz de escoger el mal, de preferir el mal. «Hágase tu voluntad...» en la tierra, desde ahora mismo. El reino de la Justicia no puede demorarse. Que nos dé nuestro pan, que nos perdone nuestros pecados, que nos libre del demonio..., de ese demonio del que sus enemigos acusaban a Jesús de ser un agente.

Los malos acaban de reunirse a Él. No se hallaba tan alejado de Jerusalén para que por un ligerísimo cambio en las disposiciones del auditorio no hubiese comprendido que la levadura de los fariseos acababa de introducirse en el mismo. El día en que liberó de su mal al poseso mudo, se había esparcido este rumor: «Expulsa los demonios gracias a Belcebú.» Como ayer en Jerusalén, le acusaban de estar al servicio del inmundo, del maligno, del que, en éxtasis, vio caer desde el cielo paralizado al rayo.

EL PECADO CONTRA EL ESPÍRITU

Monotonía de esta acusación; eterna pequeña ola de blasfemia contra la cual no podía nada (¡qué misterio!) por muy Dios que fuese, y contra la cual no ganaba nada. Y, no obstante, ya era sólo cuestión de meses, semanas y días, y las puestas

estarán hechas y la partida se ganará o se perderá. No, no podría perderse; pero lo será en la medida en que la criatura libre mantiene en jaque al amor infinito. ¿Conoce Jesús este fracaso? Sí, bien sabe que corre hacia él en línea recta, a causa de esos tercios sacerdotes, de los escribas imbéciles, acorazados de prescripciones, que había que observar al pie de la letra, y todo el aparato de la letra y de la ley. Y confunden el Cordeiro de Dios con ese Belcebú cuyo nombre significa dios de las moscas o dios del estercolero.

El Hijo del Hombre se esfuerza en contenerse, pero se siente alcanzado en el misterio de su ser. Contesta sin ninguna violencia:

—¿Cómo Satanás expulsaría a Satanás? Todo reino dividido contra sí mismo perecerá.

A pesar suyo, su voz tiembla y su boca se estremece. ¿Dónde está, pues, la paz de Betania, el olor de la comida, la noche, y Marta que se daba tanta pena en la cocina? ¿Dónde están los ojos levantados y las manos juntas de María? Su furor y su dolor estallan de repente; los que le confundieron con Belcebú cometieron el crimen de los crímenes.

—En verdad os digo que todos los pecados les serán perdonados a los hijos de los hombres, incluso las blasfemias que habrán podido proferir. Pero el que haya blasfemado contra el Espíritu Santo no obtendrá jamás el perdón: es culpable de un pecado eterno.

No hay misterio en el «pecado contra el espíritu». El texto de Marcos es nítido; «Jesús habla así porque ellos decían que estaba poseído por el espíritu impuro». La vuelta al revés de la conciencia, la afirmación de que el Mal es el Bien, he aquí el crimen imperdonable cuando es cometido por un hombre ilustrado por las luces de la fe y que, sabiendo que el Mal es alguien y que el Bien es asimismo alguien, se complace en un equívoco sacrílego, impone a Cristo en su propia vida el papel

del demonio, le expulsa como una tentación y, en cambio, adora al inmundo, le abre a sabiendas su corazón y consiente verse colmado de delicias por él.

Existe, pues, un pecado eterno. En aquel momento el pensamiento de Cristo va a aquél al que le habían comparado. Aquel Dios ofendido parece más temible acaso cuando permanece frío: los miserables, pensaba, hablan con demasiada ligereza de Belcebú, a quien tratan de «dios del estercolero...». Pero si le conocieran, no sonreírían más. Y, de repente, se le escapan unas palabras sobre las cuales resbalan los comentaristas prudentes, palabras susceptibles de helar de espanto a sus amigos más queridos, y sobre todo a ellos:

—Cuando el espíritu impuro ha salido del hombre, va por lugares áridos, buscando reposo. Al no encontrarlo, dice: «Volveré a mi casa, de donde salí.» Y cuando llega, la encuentra limpia y adornada. Entonces se va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él. Y entrando en aquella casa, todos se establecen en ella; y el último estado de aquel hombre es mucho peor que el primero.

Es sumamente dulce volver a ser puro, haber limpiado la cuadra hasta el último excremento y haberla adornado como para una fiesta de bodas. Mas el ganado inmundo que el hombre purificado acababa de expulsar, regresa una noche, sopla contra la puerta; y oímos el jadeo de su hocico...

Las mujeres escuchaban aquellas cosas sin comprenderlas, tal como lo hacen aún ahora, pendientes de sus labios, encantadas por su sola voz. Una de ellas interrumpió para gritar: «¡Bienaventurados el seno que te llevó y los pechos que te amantaron!»

Acaso era una nazarena, y quería halagar a María, confundida con ella entre la muchedumbre. Pero Cristo no estaba precisamente en una de sus horas de ternura y respondió con suma dureza:

—Antes bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la guardan.

Escuchar esta frase no es nada; aceptarla con amor tampoco es nada; guardarla es todo. Guardarla contra el espíritu impuro, uno y múltiple, hormigueante. Entre los convertidos a Cristo, algunos no sienten ya ningún horror ni asco hacia sus crímenes perdonados; son curados, como el leproso, de sus úlceras. Pero en otros queda siempre una brecha abierta, como si el amor de Cristo retrocediera ante determinadas llagas que sólo se cicatrizan a medias, vuelven a abrirse y continúan manando.

Ninguna voz se atrevía elevarse más. Pero los pensamientos ocultos de aquellos judíos eran otras tantas bofetadas a Cristo. En aquel momento, el Hijo del Hombre estalla por fin: ¿Esa generación le pide un signo? Pues, ¡lo tendrá!, y será el de Jonás. Esto significaba que se quedaría tres días en la tierra y luego resucitaría. Era incomprendible para los que escuchaban. Pero precisamente quiso que fuese incomprendible y gritaba que aquella generación sería condenada en el día del juicio. La reina de Saba se levantaría contra ellos, y también los ninivitas, que supieron hacer penitencia...

Un fariseo le interrumpió: era la hora de la comida: ¿no quería ir Jesús a su casa para comer? Jesús se tragó su cólera y, sin dignarse contestar, le siguió, y se sentó sin pensar siquiera en lavarse las manos según el rito. El fariseo quedó asombrado, pero se guardó bien de decirle algo a aquel hombre furioso. Olvidaba el poder que tenía el Nazareno de leer en los corazones. No se necesitaba más que aquel asombro mudo de su anfitrión para que el Hijo del Hombre se irguiera encolerizado, tanto más terrible en su renovada indignación cuanto que, por educación, en aquella mesa extranjera la había contenido.

Mas esta vez no se frenaría más: el reproche se

convierte en injuria, la injuria en ultraje, el ultraje en maldición; el Hijo del Hombre es hijo de mujer judía, el que grita en Él es el judío vehemente y gesticulador: «¡Malditos seáis, fariseos, porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y que no os preocupáis para nada de la justicia y el amor de Dios! Esto es lo que hubierais tenido que practicar, sin omitir lo demás! ¡Malditos seáis, fariseos, que amáis las primeras sillas en las sinagogas y las salutations en las plazas públicas! Malditos seáis, porque sois como sepulcros que no se ven, pero sobre los que se camina sin saberlo.»

El escándalo llegaba a su colmo. Un doctor de la ley creyó tener que llamarle a la razón:

—Maestro, hablando de esta manera contra los fariseos, nos ultrajáis también a nosotros...

El Hijo del Hombre se volvió contra aquel nuevo enemigo, más execrado aún que el fariseo. En efecto, los doctores, los que enseñan, envenenan a los pequeños: y tanto más execrado cuanto que Él, para quien el tiempo no existe, veía en aquel enclenque doctor de Israel al representante de una raza que sería más fuerte que su amor. El Cristo sabía que se quedaría sin poder contra ellos durante muchos siglos; y por esto, sublevarlo de cólera, Él, que era el amor, les atacó con imprecaciones sublimes:

—¡Ay de vosotros también, doctores de la ley!, porque cargáis a los hombres con cargas que no pueden llevar, y vosotros ni aun con un dedo tocáis las cargas. Maldición, a vosotros, que construís tumbas para los profetas, y son vuestros padres quienes los mataron... Maldición a vosotros, doctores de la ley, porque habéis quitado la llave de la ciencia, no entrasteis, pero habéis impedido entrar a los que querían hacerlo.

Hay que comprender la profunda pena de este hombre que es Dios y que tiene presente en cada instante las cuentas de millones de almas descar-

tadas del manantial de agua viva. Y como ya la cruz se perfilaba en el horizonte, y Él ya estaba muy cerca de ella y ya empezaba a tener en la boca el sabor de la sangre, ya sólo veía ante sí el patíbulo y en torno suyo todas las cruces, todas las hogueras y todo el aparato sangriento de la ferocidad humana.

DE NUEVO TRANQUILIZA A LOS SUYOS

Salió apacible en medio de un silencio mortal, dueño de sí mismo, pues sus mismas violencias eran comedidas, reguladas por su Padre. Y milares de personas le siguieron «a punto de pisarse unos a otros», dice san Lucas. Porque hablaba con autoridad, y lo que muchos de aquéllos pensaban para su colete, Él lo proclamaba con riesgo de su vida. En efecto, lo seguían temblando. Tenían miedo a aquellos poderes tan temerariamente provocados por el Hijo del Hombre y cuya venganza sería implacable. Y ellos mismos, por muy humildes que fuesen, sentían pesar sobre sí la amenaza. Jesús trató a los doctores de asesinos... Y bien es verdad que no retroceden ante ningún asesinato.

Entonces Él, con una voz que la invectiva había quebrado, dio de nuevo seguridades a los suyos, a aquellas gentes humildes reunidas, bajo sus alas: «Os lo digo a vosotros, que sois amigos míos...» Palabras que debían encender cada uno de aquellos corazones. No debían inquietarse, les dijo, por lo que tengan que contestar cuando se les interroge en las sinagogas; no debían temer a los magistrados ni a las autoridades... Se parecía tan poco al Maestro cuya voz tonante acababa de asustarles minutos antes, que uno de ellos se atrevió a interrumpirle para preguntarle:

—Maestro, decid a mi hermano que comparta

conmigo su herencia...

Jesús contesta, sin irritación, que no le cumple a Él proceder a repartos.

Quiere, al mismo tiempo, tranquilizarles y asustarles, comunicarles el sentimiento de incertidumbre para que permanezcan con el cinturón ceñido, con la lámpara encendida, pues el esposo puede surgir de un instante a otro. Y tal es su insistencia, que se comprende por qué aquellas pobres gentes creían, después de la Pasión, en un regreso pronto del Señor. No obstante, hablaba sobre todo de su venida brusca a la vida de cada uno de nosotros en particular. El Hijo del Hombre vendrá en la hora en que menos lo pensemos. Se trata de crear en nuestro interior un estado de inquietud y de vigilia.

SUSPIROS DE IMPACIENCIA Y ANGUSTIA

Las instrucciones del Señor están entrecortadas por suspiros de impaciencia y angustia. Está rozando el Gólgota y el mundo sigue siendo el mismo. ¿Cuándo, pues, todos aquellos corazones empezarán a llamear? «He venido para prender el fuego en la tierra, y ¿qué más desearía sino que se encendiere?»

Desde el principio, tan profunda conciencia de su misión revélase claramente en aquella frase. Pero al mismo tiempo no podía permanecer insensible a semejante contraste: el universo entero estaba a punto de abrasarse, y ¡Él se hallaba a dos meses de sufrir la suerte de los esclavos! Y, desde luego, los signos no faltaban en aquel rincón del mundo donde se inmola a Dios. Sin embargo, aquellos imbeciles no ven nada:

—Cuando veis una nube levantarse al ponerse el sol, decís en seguida: «viene la lluvia», y efectivamente ocurre así; y cuando veis soplar el viento

del Sur, decís: «hará calor», y lo hace. ¡Hipócritas! Si sabéis reconocer los aspectos del cielo y de la tierra, ¿cómo no reconocéis el tiempo en que nos hallamos?

BREVE ESTANCIA EN JERUSALÉN

En aquellos momentos, solo o casi solo, estuvo brevemente en Jerusalén para la fiesta de la Dedicación, que se celebraba en pleno invierno. Ocho días de iluminaciones y muchedumbres. El Señor se quedaba bajo el abrigo del pórtico de Salomón, y los judíos, según su método inmutable, le molestaban para que se descubriera:

—¿Hasta cuándo nos has de turbar el alma? Si eres Cristo, dínoslo con toda franqueza.

Y Él, prudente como la serpiente, se burla de ellos: sus obras dan testimonio de Él. Y ellos no creen en Él porque no son sus corderos. Él los descarta, y Él, abiertamente, se siente de luto por aquella raza tan reacia... Y súbitamente, les lanza la siguiente confesión:

—Mi Padre y yo somos uno...

Era enorme, aun cuando no fuese la declaración formal que entendieron de sus labios la mujer de Sijar y el ciego de nacimiento. Los judíos, embarazados, recogieron piedras del suelo, pero las conservaron en la mano, vacilantes. Para animarse, formularon la acusación:

—Siendo hombre, te eriges en Dios... —y Él continuaba provocándoles y mofándose de ellos, valiéndose de un texto de la ley en que está escrito: «Sois dioses.» Por fin, la última bravata:

—Hago obras de mi Padre para que sepáis que el Padre está en mí y yo estoy en Él.

Las piedras empezaron a llover en torno suyo. La jauría se abalanzó sobre Él, pero Él ya había desaparecido.

XX

CRISTO LLORA SOBRE JERUSALÉN

Abandonó la ciudad durante la noche y se refugió más allá del Jordán, en donde le estaban esperando los doce, en la región llamada Pera, al norte del mar Muerto.

He aquí, pues, que ha llegado a pocas semanas de su martirio. Se queda a varios estadios de distancia de Jerusalén, en donde las últimas medidas son tomadas contra Él, y el enemigo se mantiene en acecho. Ese vencedor disimulado bajo la aparente derrota está cansado. Continúa protestando contra el sempiterno escándalo de los fariseos de que Él expulse demonios en día de sábado (¡aun aquella mujer encorvada desde hacía dieciocho años!). La ciudad, en cuyo derredor va errando, le arranca de vez en cuando gritos que no se parecen en nada a las imprecaciones, bajo cuyo peso deshacíanse los cimientos de Cafarnaum, de Betsaida y de Corozain. En Jerusalén, su ciudad regia, en el punto mismo en donde la tierra bebería su sangre tras haberla bebido sus amigos a su vez, en

una noche de ternura y de agonía, se esforzaba en alcanzar, entre todas las piedras de Sión, más duro que la roca más dura, el corazón helado de su raza:

—¡Jerusalén! ¡Jerusalén!

Si durante aquellos dos o tres años había podido abandonarse a anatemas contra los judíos, sus maldiciones quedan borradas por una llamada desgarradora que, a través de los siglos y hasta su consumación, no dejaría nunca de acuciar al viejo Israel:

—¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y lapidas a los que te son enviados, cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y tú no quisiste!

Así Cristo, gimiendo ronda esperando su hora en torno a su tumba. Empleará todo aquel tiempo en tranquilizar el corazón de aquellos a quienes aterrorizó. Muchas de las personas a las que había perdonado sus pecados, le seguían. Sin embargo, a lo mejor las habrá turbado por sus frases acerca del reducido número de elegidos: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos...», que nuestra cobardía nos lleva a juzgar, susceptibles de interpretaciones de seguridad... Tras haberse creído salvados, unas pobres gentes se preguntaban de pronto si verdaderamente habíanse puesto el traje nupcial y si no estaban, al contrario, destinadas a las tinieblas exteriores; los posesos libertados se estremecían esperando a los «siete demonios malignos» con los que el Maestro les había amenazado.

PREDILECCIÓN PARA LOS PECADORES

Ahora, por tener que dejarles pronto, el Amor vivo les brinda nuevas seguridades. Su deseo estriba en que sus fieles le teman con una confianza sin límites, que fien en Él con el corazón apasionado, pero temblando. «Y aspiro temblando.» Es esto lo que el Hijo del Hombre espera de nosotros: desconfianza en nuestras propias fuerzas, abandono con los ojos cerrados a una misericordia sin orillas.

Y, pues, ¿qué? ¿Les tenía tan atemorizados? Sepan, pues, lo que ya les había dejado entrever: que el pecador no sólo es amado, sino incluso preferido. Para el que ya estaba perdido, el Verbo se hizo carne. Todas sus frases, durante las últimas semanas de su vida, revelan su predilección para con los corazones sencillos, capaces de excesos. Él, siempre tan duro para con los doctores y los fariseos, se entrega a los humildes. Se queda en medio, no por humildad, ni por espíritu de sacrificio, sino que les prefiere, o mejor dicho, odia al mundo y se entrega a los que no pertenecen al mundo. Herodes, al que denominó «ese zorro», es el único ser del que habla con menosprecio. Para Él representa tan sólo un juego vencer a los sabios en su propio terreno; pero, ¡poco le importa reducir al silencio a unos dialécticos imbéciles! Su verdadera alegría consiste en revelarse a hombres pobres que se ven aplastados por sus faltas habituales y abrir bajo sus pasos un abismo de misericordia y perdón.

Así se compara a sí mismo con el pastor de ovejas que abandona noventa y nueve de ellas para correr tras de la centésima, que se había perdido,

y la devuelve a la grey en sus brazos. Escuchándole, cada cual tendría que decirse: «Habla para mí», pues, ¿cuál de entre ellos no ha pesado con todo su peso carnal en aquellos hombros sagrados? Fueron recogidos, sostenidos y, llenos de barro, estrechados contra su pecho. «Hay mayor alegría en el cielo por un solo pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos...»

EL HIJO PRÓDIGO

Sí, así es, y es preciso que ellos sepan cuán injusto es el amor: lo que el mundo llama justicia, queda desbordado, sumergido por la pasión de un Dios que no se siente repelido por ninguna de nuestras pasiones más tristes. Y un día les explica la parábola del Pródigo... ¿Una parábola...? No, es una historia de verdad, la historia de todos los retornos hacia Dios, después de la locura que es la juventud de muchísimas personas. El hijo exigió a su padre su parte legítima en la herencia, se entregó al libertinaje, pero no supo explotar prudentemente su pasión; se abstuvo del cálculo y de la astucia que asegura la impunidad a tantos otros criminales. Su locura condujo al porquero al mismo despojamiento total al que le hubiese llevado el amor de Dios. Los lechones le disputan su comida. Entonces se acuerda de la casa de su padre... ¡Qué maravilla pensar en que Jesús está cerca de nosotros hasta el punto de haber sentido aquellas impresiones de muchacho de casa rica, muy mimado por el dulce lujo secreto de los grandes caseríos llenos de bodegas y sirvientas! Conocía el olor de grasa de las cocinas de nuestra tierra, el perfume de las carnes asadas sobre un fuego de sarmientos, el tierno respeto de los viejos domésticos nacidos en la propiedad.

Esto es lo que vuelve a conducir al hijo pródigo a su casa, como a todos los niños perdidos. Todavía no es el amor. Sin embargo, es recibido con un delirio de alegría, se inmola el mejor becerro, se le regala un anillo, un vestido... Pero el hijo mayor, que siempre había permanecido fiel, no obtiene más que una amonestación a causa de sus celos. ¡Injusticia de la misericordia! Los que habiéndose arriesgado, jugado y perdido, se entregan al Padre porque ya no les queda nada, triunfan a veces sobre los devotos regulares, cuyas cuentas son claras y están muy en regla, y que no admiten ni la sombra de un reproche que pudiera dirigirse a una sola malla de la gran perfección que vienen tejiendo día tras día. El hijo mayor no se da cuenta de la dulzura que halla un Padre y un Dios en el suspiro del hijo miserable hallado de nuevo: «Padre mío, he pecado contra el cielo y contra ti; no soy digno de ser llamado hijo tuyo...» El Señor prefiere a todo la rendición de un corazón que, tras haber quemado todos los caminos y alcanzado el extremo límite de su miseria, vuelve con la ciencia de su Nada, «anonadado» al pie de la letra, y se entrega a la misericordia con el mismo movimiento con el que, según la justicia de los humanos, se entregaría en manos del verdugo...

MAMMON

Sin embargo, todas estas delicias vueltas a encontrar son del orden espiritual; la abundancia de la casa paterna y el lujo no conciernen sino al alma. El Señor tiene a un enemigo; el dinero, que llama con su nombre de dios, Mammón; el dinero o Él, es preciso optar entre ambos. La idea que los escribas se hacen de la riqueza, signo de ben-

dición, recompensa de la virtud, le inspira horror. El más rico, vestido con lino y púrpura, y que no se preocupa de alimentar con sus sobras al mendigo Lázaro, acurrucado ante su puerta, irá a la gehena; el hombre que ha bebido y se ha embriagado durante toda su vida, será torturado por la sed eterna. ¿Qué le importa el reparto de las riquezas? Ricos o pobres, sus amigos deben despreciar por igual a Mammón, y Él les reconocerá precisamente por este signo. Los pobres que sólo viven del anhelo del dinero y del lamento de no tenerlo, pertenecen a Mammón al igual que los mismos ricos. Jesús odia en el dinero un arma de que se vale el adversario para quitarle a sus bienamados. En efecto, tal es la debilidad de Cristo ante el demonio: sólo reina sobre los corazones despojados, y los de los avaros se le escapan. Mammón hace de Cristo ese eterno errabundo que por doquier encuentra ocupado el sitio.

Judas odiaba en Jesús este odio feroz al dinero, ¡él, que ya de antemano soñaba con compensaciones en la bolsa común! En cuanto a los demás, debían de pensar: «Nosotros lo hemos dejado todo para seguirle...» Pero el Hijo del Hombre no quiere saber nada de ese contentamiento secreto: el esclavo no se enorgullece de verse obligado, después de volver de su trabajo, a servir aún a su amo. Que se consideren, pues, incluso después del don total, como unos servidores inútiles.

LOS DIEZ LEPROSOS

En aquellas idas y venidas en torno de la ciudad, esperando su hora, el Hijo del Hombre vuelve incansablemente sobre los mismos preceptos. Siembra, y sembrará hasta el último día, pero todavía nada germina. He aquí a diez leprosos, a la

entrada de una aldea, en los confines de Samaria, que le imploran y le llaman «Jesús, Maestro», ¡como si fuese un doctor en Israel! Aun cuando todos se vayan curados, alejándose para mostrarse a los sacerdotes, uno solo vuelve para postrarse a los pies de Cristo; el único samaritano de todo el grupo. El Hijo del Hombre ya conoce ahora a los hombres. Les venía conociendo desde el principio de las cosas, pero ahora posee de ellos otro conocimiento también, un conocimiento carnal, cotidiano y deprimente. Ya nada sabría irritarle, y ni siquiera asombrarle. No muestra la menor sorpresa al suspirar:

—¿No habían sanado diez? ¿Dónde están los otros nueve? Sólo ha vuelto este extranjero...

EL REINO INTERIOR

No, de ahora en adelante ya no se irritará más. Los fariseos que arrastra tras de sí, como un buey a las moscas, le hostigan en vano, puesto que ahora ya lo sufre y lo tolera todo sin elevar siquiera la voz, repitiéndoles incansablemente que el reino de Dios no será la aventura brillante y ruidosa que ellos esperan y que parece ser aún la esperanza de sus amigos más queridos.

Ha venido ya ese reino; es interior, está en nuestro fuero interno: en la renovación de la persona humana, el renacimiento de todo ser humano en particular, y ese reino es el Hombre Nuevo.

Cristo, por cierto, tendrá su día. Sí, estad seguros; vosotros que anheláis el espectáculo, el brillo, la gloria, todo esto lo tendréis sin falta, ¡pobres niños! Al llegar aquí, el Señor intercala una pausa, atento en esta ocasión a prepararles para las tinieblas, ya muy próximas. Les desliza esta frase:

—Es preciso primero que el Hijo del Hombre

sufra mucho y que se vea rechazado por esta generación...

EL REGRESO DE JESÚS

Y sin detenerse, para romper de una vez para siempre con toda encuesta demasiado precisa, vuelve presurosamente a lo que apasiona a aquellos judíos. Les habla de su día, de su llegada súbita, tan pronta como el diluvio sobre el mundo, como el fuego que abrasó a Sodoma; profecía que planea y se funde en determinados momentos de la historia; que toda catástrofe realiza en parte hasta el día del cumplimiento definitivo.

Y he aquí cuán grande es la injusticia del amor: en aquel día, de dos mujeres ocupadas en idéntico quehacer, una será acogida y salvada, y la otra se verá abandonada. Y allí están todos como unos niños que gustan de tener miedo, y tienen suma curiosidad por los pormenores exactos:

—¿Dónde ocurrirá, Señor? ¿En qué lugar?

Y Él dice:

—Allí donde esté el cuerpo se reunirán las águilas...

La brusca movilización de pájaros ávidos en torno a un cadáver da idea de este instinto que, desde los cuatro puntos cardinales de la tierra, precipitará a las almas elegidas sobre el cordero inmolado y vivo.

Ellos intentan comprender y se callan, invadidos por la angustia. Entonces Jesús les abre una pequeña puerta de socorro: la plegaria. Ocurra lo que ocurra, lo mismo si rezan bien o mal, día y noche, tal es la exigencia misteriosa de Dios: una súplica ininterrumpida... Y he aquí que Él mismo se interrumpe de repente, lleno de turbación, aterrado por lo que ve o quizá por lo que se imagina.

Como si en aquel instante la opacidad del cuerpo escamotease a su ojo de Dios los desarrollos de la vida.

Hijo del Padre, pero hundido en el tiempo, se plantea a sí mismo la pregunta:

—Cuando el Hijo del Hombre vuelva, ¿encontrará aún fe en la tierra?

Hipótesis capaz de confundir el pensamiento... Mas cada una de las palabras del Señor posee un valor absoluto. Imagina, pues, su regreso en un mundo en donde no subsistiría ya ni una onda de fe, en donde Cristo Jesús sería más desconocido que lo fue en el Imperio de Augusto, en el establo de Belén, donde su nombre ya no evocaría ni el menor recuerdo en ningún cerebro humano. El espacio de una generación es suficiente para que Cristo, al volver como un ladrón, choque por doquier contra estas palabras:

—No conocemos a este hombre...

XXI

EL MATRIMONIO

Los fariseos se hacían cada vez más numerosos a medida que Él se acercaba a su avispero, Jerusalén. Con su idea fija de oponer al nazareno a la ley y arrinconarle en la blasfemia, le brindaron pretexto para explicarse sobre la unión indisoluble del hombre y de la mujer; indisoluble, ocurra lo que ocurra, y en todos los casos... ¿A pesar de Moisés? Sí, aun a pesar de Moisés...

—Por vuestro corazón tan duro, Moisés os autorizó a repudiar a vuestras mujeres...

Así, pues, al tratarse de una ley, ¿se puede aceptar una parte y rechazar otra?

Jesús conviene en ello audazmente. Esa indisolubilidad violada por doquier la impondría al mundo. Desde entonces toda generación será una generación adúltera. Los apóstoles refunfunían: « ¡Más hubiera valido entonces no casarse! »

Mas Jesús sabe que acaba de abrir una puerta, de excavar para nosotros un paso hacia Él. Sabe bien lo que exige a sus amigos más queridos, o sea,

ninguna mutilación de la carne, sino que establezcan su morada allende el río de sangre que separa a la criatura de la Pureza infinita. El Hijo del Hombre no ha resuelto todos los tristes problemas del sexo. Para los que quieran adherirse a Él, no resuelve la cuestión, sino que la suprime. Ignora si los amigos de Cristo han aportado con ellos, al nacer, tal inclinación, tal tendencia; si sufren el peso de tal o cual herencia, lo ignora; exige de ellos hacer tabla rasa, la negación de saciar, fuera del matrimonio, toda sed. Escándalo de los escándalos a los ojos de los paganos, crimen contra la naturaleza, disminución del hombre... Mas a Él no le importa ni poco ni mucho la aprobación del mundo: «No he rezado por el mundo...» (¡Esta es la última frase despiadada que ha pronunciado!) El Hijo del Hombre sabe que por la pureza vamos hacia Él y que no existe otra ruta, y que la carne encierra una posibilidad de delicias, una exigencia que, fortaleciéndose en la satisfacción de los deseos, da a la criatura la ilusión de un placer infinito, o sea, que, en una palabra, es, en fin, su rival. Del mismo modo ¡cómo se indigna al ver que los Apóstoles rechazan con dureza a los niños que se agitan en torno suyo! En estos pequeñuelos, por lo menos, la codicia de la carne aún no se ha despertado.

¡Exigencia increíble! Es preciso hacerse semejantes a ellos para penetrar en el Reino; volverse niño, ser un niño pequeño. «El que no reciba el Reino de Dios como un niño pequeño, no entrará en él.»

EL JOVEN RICO

Los niños no son los únicos en hacer latir más fuerte el corazón. Con la audacia de la juventud, un muchacho le interrumpe:

—Maestro, ¿qué debo hacer para gozar de la vida eterna?

Jesús, sin hacer caso primero a quien le habla, contesta:

—¿Conoces los mandamientos? —y los enumera.

Y el joven responde:

—Maestro, he observado todas estas cosas desde mi juventud...

Esto se dijo sin duda con el tono de la sencillez y humildad que conmueve a Cristo. Sólo entonces levanta la mirada hacia el que acaba de hablar: «Jesús, habiéndole mirado, le amó.» Habíéndole mirado... Cierta expresión mímica solía conmover al Hijo del Hombre, la gracia de los seres jóvenes: la luz de los ojos que nace en el alma. Le amó, pues, y como un Dios al que todo está sometido, sin preparación alguna, casi brutalmente, le dice:

—Te falta una cosa: vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme.

De no haber amado Jesús a aquel muchacho con una dilección particular, sin duda le hubiera dado la fuerza para abandonarlo todo, como los demás lo hicieron. Le hubiera sometido a una gracia todopoderosa. Mas el amor nada quiere obtener de lo que ama que no resulte libremente consentido. Para quedar arrebatado por la fuerza, aquel desconocido, ¿no era demasiado amado? Es posible que el Hijo del Hombre haya esperado un

gesto espontáneo del corazón, un arranque... «Pero él, afligido por aquellas palabras, se fue triste, pues poseía grandes bienes.»

Se perdió en la muchedumbre y Jesús le siguió con la mirada, mucho más allá del espacio, en las honduras del tiempo... de miseria en miseria, pues los que Cristo ha llamado hacia sí y son desviados, caen, vuelven a levantarse, se arrastran con los ojos llenos de luz del cielo, con sus vestidos cubiertos de lodo y sus manos desgarradas y sangrientas.

El dolor que siente se traduce en el exceso de la maldición contra los ricos, fulminada casi inmediatamente:

—Difícil es a los ricos entrar en el Reino de Dios... Más difícil que a un camello pasar por el ojo de una aguja...

Habla así, con la mirada fija aún en el muchacho triste que se aleja. Mammón se lleva aquella alma que Él había querido, y los demás no comprenden nada de su amargura:

—¿Quién, así, podría ser salvado? —suspiran.

¿Quién, pues, podría ser salvado? Pensamiento torturador para los propios santos. La tristeza de sus amigos entenece a Jesús. Por ser el Hijo de Dios, el autor de la vida destruirá con una frase todo cuanto acaba de decir (acaso vea también en espíritu aquel minuto postrero en que aquel muchacho que se aleja le será devuelto para siempre jamás por una gracia completamente gratuita): «Nada es posible para el hombre —observa— y todo es posible a Dios...» Incluso salvar a tantos ricos como le plazca salvar; incluso recuperar a las criaturas más decaídas, tomarlas por la fuerza, coger de labios de un agonizante un alma todavía mancillada. Todo es posible a Dios: esto es totalmente verdad, como las otras palabras del Señor. ¡Todo! Él ya lo dijo: «Atraeré todo hacia mí.» ¡Oh, astucia adorable y oculta de esa misericordia que escapa a toda fiscalización y que nada limita!

Todo es posible a Dios.

Su severidad espantaba a los Apóstoles, pero su indulgencia les inspiraba celos. Entonces, ¿qué? ¿Todo el mundo quedaría salvado? ¿Y nosotros, entonces? Pedro murmura:

—He aquí que lo hemos abandonado todo para seguirte.

El Amor viviente los cobija bajo una mirada que a través de ellos alcanza, de siglo en siglo, a la multitud innumerable de almas consagradas y crucificadas.

—En verdad os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o heredades, por causa de mí y del Evangelio, que no reciba cien veces tanto ahora en este tiempo: casas, y hermanos, y hermanas, y madre, e hijos, y heredades, en medio de las persecuciones; y en el siglo venidero, la vida eterna.

LOS OBREROS DE LA ÚLTIMA HORA

Le escuchan con una satisfacción que le irrita. ¿No van a creer, al fin y al cabo, que todo les es debido? Nada debe el autor de la vida a su criatura. Cuando reina el amor, ya no existe ningún derecho literal. Aceptarán mejor una historieta que el precepto desnudo. Jesús comienza entonces:

—El Reino de los Cielos es semejante a un padre de familia que salió temprano con tal de contratar a unos obreros para su viña...

Desde que esta parábola de los obreros de la última hora escandaliza al mundo, ya no será necesaria repetirla aquí. El salario es el mismo para los que vienen agotándose desde el alba, como para quienes fueron contratados al mediodía o al acabarse la jornada. ¿Buscaremos una razón a

ello? Dios no tiene por qué darnos sus razones. No les quita nada a los que llevaron en sus hombros el esfuerzo de toda la jornada y el peso del calor. Si colma a los que llegaron en último lugar, sólo Él es juez de su amor. Mas aun cuando no le sintieran el menor amor, si Él les quiere, si Él les prefiere, si ellos corresponden a la idea misteriosa que Cristo se hace del encanto humano, ¿qué tenemos nosotros que decir? Y Él les infundirá soberanamente todo el amor que les pudiera faltar. Nosotros mismos, creados según la imagen divina, ¿hemos regulado jamás los movimientos de nuestro corazón?

XXII

RESURRECCIÓN DE LAZARO

Los doce veían con inquietud a su Maestro acercarse a Jerusalén, aun cuando se entregasen a una esperanza confusa, pero tenaz. Jesús perseguía una meta que ellos ignoraban. Un postrer gesto que cumplir. El pequeño grupo, todavía al amparo de Herodes en las tierras de éste, fue alcanzado por un mensajero enviado desde Betania:

—Lázaro, a quien amas, está enfermo...

El Señor, indiferente en apariencia, se retrasó dos días, y los Apóstoles estarían convencidos de que fue por prudencia. Así, cuando Jesús, en la segunda mañana, les hablaba de adentrarse en Judea, no disimularon su espanto ni su disgusto:

—Maestro, los judíos procuraban aprehenderte, ¿y tú quieres volver a su tierra?

Él no les prestó atención, sino que dijo:

—Nuestro amigo Lázaro duerme, y yo voy a despertarlo.

Y como quiera que los judíos, a la vez cándidos y astutos, se encogieran de hombros y dije-

ran: «Si duerme, curará...» (con la idea de poder quedarse, así, en tierras seguras...), Jesús les contestó:

—Ha muerto... Y me alegro, a causa de vosotros, por no haber estado presente. Mas ahora vayamos hacia él.

Pedro debía de haber estado ausente (lo que explicaría el silencio de los sinópticos sobre Lázaro) puesto que esta vez es Tomás, llamado Dídimo, quien ocupa su puesto en aquella circunstancia y reconforta a los medrosos:

—Vayamos allí también, para poder morir con él...

«Y habiendo llegado Jesús, encontró que Lázaro estaba en el sepulcro desde hacía cuatro días, y como quiera que Betania está cerca de Jerusalén unos quince estadios, muchos judíos habían venido junto a Marta y María para consolarlas de la muerte de su hermano. En cuanto Marta supo que Jesús llegaba, salió a su encuentro; María, en cambio, le aguardaba sentada en casa. Marta dijo entonces a Jesús: “Señor, si hubieseis estado aquí, mi hermano no hubiera muerto. Pero también sé ahora que todo cuanto pidáis a Dios, Dios os lo acordará.” Jesús dijo: “Tu hermano resucitará.” Marta contestó: “Sé que resucitará en la Resurrección, en el último día.” Jesús le dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá; y quienquiera que viva y crea en mí, no morirá para siempre. ¿Lo crees?” Ella dijo: “Sí, Señor, creo que eres Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo.” Cuando hubo hablado así, se fue y llamó en secreto a María, su hermana, diciéndole: “El Maestro está aquí y te llama.” Tan pronto como ésta hubo oído lo dicho, se levantó prontamente y fue hacia Él. Pues Jesús aún no había entrado en la localidad; aún no había abandonado el sitio en que Marta lo había encontrado. Los judíos que se hallaban en la casa con María y la consolaban, al verla levan-

tarse con premura y salir, la siguieron, diciendo: “Irá al sepulcro para llorar.” Cuando María llegó al lugar donde se hallaba Jesús, al verle, cayó a sus pies: “Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiese muerto.” Jesús, al verla llorar y también a los judíos que la acompañaban, se estremeció y dijo: “¿Dónde le pusisteis?” Contestaron: “Ven, y ve.” Jesús lloró. Los judíos dijeron: “¡Ved cómo le quería!”»

¿Por qué lloraba, Él, que hubiera tenido que reír de gozo a causa de la inimaginable alegría de toda criatura; arrancar a la muerte un amigo bienamado? Lloraba a Lázaro, en el instante mismo en que Lázaro iba a erguirse y avanzar hacia Él a pasos muy cortos, o saltando quizá por tener pies y manos aún impedidos por las vendas y el sudario pegado a su cara. Bien es verdad que salía de las tinieblas para ver al Hijo del Hombre penetrar en ellas a su vez, y ¡por qué clase de puerta! Mas, ¿por qué aquellas lágrimas? Pues Jesús, a su vez, escaparía de la tumba, al tiempo y al espacio en el mismo instante, y Lázaro ya se hallaba en su corazón, eternamente.

No puede haber ningún otro motivo para aquel llanto que el «ven, y ve» de los judíos, y sobre todo la frase brutal: «Ya hiede, pues hace cuatro días que está ahí...» El hedor de aquella carne corrompida arrancó lágrimas a Él cuyo cuerpo no conocería la corrupción. En efecto, el Hijo del Hombre vuelve a llamar en vano a la vida a su amigo Lázaro, a pesar de saber que, a fin de cuentas, los gusanos vencerían, y que sólo les toca esperar el regreso del resucitado. Tarde o temprano, aquel cuerpo volvería a despedir hedor. Ninguna fuerza en el mundo lo salvaría de su podredumbre. Creemos con toda nuestra alma en la resurrección de la carne; mas es preciso que todo ser humano dé su consentimiento a esa evocación de pudrirse. Si es molesto resignarse a ello para sí mismo, ¿qué diríamos de las criaturas de quienes

hayamos experimentado la gracia, la frescura y la fuerza? Lo que resucitará ¿será la flor humana que el ojo ilumina, que la sangre colorea y abrasa? Sí, será ella, pero ya no efímera, y así ya dejaría de ser ella. El Hijo del Hombre lloraba sobre aquellos frutos ya atacados, que son todos los cuerpos vivos.

SE DECIDE LA PERDIDA DE JESÚS

Muchos judíos creyeron en Él, pero otros fueron a avisar a los pontífices, que inmediatamente, se reunieron en consejo. Cuanto más el milagro salta a la vista, más temible les parece el impostor, y tanto más intensa será su resolución de acabar con Él. En efecto, dotado de tamaño poder, el Nazareno sólo podía aspirar al poderío supremo, y con ello atraer sobre Jerusalén la venganza de Roma. Pilatos no quería a los judíos y tenía el puño duro. Esta vez ya no son unos teólogos los que se irritan por las blasfemias de un falso Mesías, sino unos hombres políticos, unas gentes que ven lejos y que toman sus precauciones. Caifás, el gran profeta sin saberlo, opina que está bien la muerte de un solo hombre, para que toda una nación no tenga que perecer.

El Señor, que tenía algún partidario en el Consejo (acaso Nicodemo), advertido del peligro, ya no es más que un hombre perseguido que se esconde en los arrabales. Efrem, al nordeste de Jerusalén, le sirve de retiro. Pero la Pascua se acerca. Un profeta no podría dispensarse del deber de subir al templo. Bastará a sus enemigos con tener un poco de paciencia. En efecto, si Jesús tiene partidarios entre los miembros del Consejo, los pontífices tienen también el suyo entre los doce. Este, a causa de la resurrección de Lázaro, sintió

acrecentado su odio contra el fraseólogo incorregible que detentaba tamaño poder sobre la materia sin valerse de él más que para perderse y perder con él también a sus partidarios. No, no cabe ninguna excusa para aquella derrota. El hombre de Queriot ignora aún cómo, en el último instante podrá retirarse del juego. Mas nada le apremia: Jesús se va acercando a la ratonera.

Hele aquí, no obstante, salir de su escondrijo y tomar el camino de Jericó, solo, y detrás de Él los doce, con un piquete de exaltados que discuten en voz baja las probabilidades de la aventura. ¡Aún no han comprendido nada! ¿Cuándo, por fin, sus ojos van a abrirse? Esta vez, Cristo no tiene con ellos ningún miramiento y, de golpe y porrazo, se arranca el velo:

—He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado al príncipe de los sacerdotes y a los escribas. Ellos lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para ser escarnecido, flagelado y crucificado. Y resucitará al tercer día.

¿Esperaba protestas? Cefas, que se acuerda de haberse oído tratar de Satanás, se calla. Por otra parte, acaso se sienten menos inquietos: Él, que resucitó a Lázaro, es el Maestro de la vida. ¿Qué podían temer? Sus palabras no siempre les parecen muy claras: ¿la flagelación?, ¿la crucifixión? Sin duda, meras imágenes. En todo caso, no necesitará más que tres días para entrar en su gloria, y no entrará en ella a solas. San Lucas lo dice claramente: «Porque se hallaba cerca de Jerusalén, el pueblo pensaba que el reino de Dios iba a aparecer muy pronto.»

SOLICITUD DE LOS HIJOS DE ZEBEDEO

Sí, sus amigos triunfarán con Él, y antes que nadie los más íntimos.

El mal es tan sólo ser doce: por mucho que se amen, cada cual quiere asegurarse el mejor puesto en el reino que va a venir. Los hijos de Zebedeo están intrigando. Juan debe susurrar a Santiago: «En el fondo, Él me prefiere a Cefas; y tú eres mi hermano...» Y Santiago: «Pídele que nosotros nos sentemos a su diestra y a su siniestra.» Pero Juan replica: «No, no me atrevo...» Entonces su madre, Salomé, debe intervenir: «Pues bien, ¡yo sí osaré!» Creemos oír sus susurros: he aquí a la madre ambiciosa que se separa del grupo.

Se prosterna a los pies del Maestro. «¿Qué quieres?», le pregunta éste. Y ella contesta: «Ordena que mis dos hijos, aquí presentes, estén sentados el uno a tu diestra y el otro a tu siniestra en tu reino.»

Aún hace poco tiempo, ¡con qué violencia el Hijo del Hombre hubiera reprendido a los tres! Pero ahora ya no les dirigirá ningún reproche. Ya le queda muy poco tiempo que perder. El Señor trata ya a sus amigos hasta el fin con una ternura que el propio Judas será incapaz de quebrantar. Suspira, pues, como un hombre que será ejecutado mañana, con una compasión apasionada (y mira sobre todo a aquel de los dos que se halla más cerca de su corazón):

—¿Podéis beber del cáliz que yo he de beber?

Ellos no saben de qué cáliz les está hablando. Pero al unísono, con todas sus fuerzas, con una violencia que les valió que el Señor les motejara de «hijos del trueno», los hijos de Zebedeo contestan: «¡Estamos seguros de que podemos!»

—Beberéis, en efecto, en mi cáliz.

¡Existen tantas maneras de beber! El martirio que degustó Santiago hacia el año 44 es una de ellas. Pero existen otras angustias. No sabemos cuál fue el cáliz de Juan, sólo sabemos que él bebió a sorbos prolongados.

El Maestro, sin embargo, por encima de ellos se dirige también a todos los demás, y esta vez lo hace en términos clarísimos, pues ahora es preciso que cada palabra dé en el blanco. ¿Cuándo acabarán de comprender que sus amigos deben rehuir el primer puesto, siguiendo el ejemplo del Hijo del Hombre, venido, no para verse servido, sino para servir? Ese servicio supremo que ha venido a asumir, y del que aún hace unos instantes Caifás le ha cargado en pleno Consejo, por fin lo descubre ahora:

—El Hijo del Hombre ha venido para dar su vida por el rescate de muchos.

ENTRADA EN JERICÓ CURACIÓN DE BARTIMEO

¿Qué pretende decir? Helos aquí, llegados a los arrabales de Jericó, ciudad de placer para Herodes, regada por las aguas de la montaña. Se reúne una enorme muchedumbre. El ciego Bartimeo, oyendo el tumulto, pregunta qué ocurre, y cuando le dicen que Jesús se acerca, se precipita gritando:

—¡Hijo de David, ten piedad de mí!

Y como quiera que la gente quiere hacerle callar, se pone a ulular desesperado.

—Llamadle —dijo Jesús.

Le llaman, diciéndole:

—Ten confianza: Él te llama.

Bartimeo, lanzando lejos de sí su manto, se levanta de un brinco y corre hacia Él.

—¿Qué quieres que yo te haga?

—Maestro, ¡que cobre la vista!

Jesús le dice:

—Ve, tu fe te ha salvado.

ZAQUEO

Diríase que el Hijo del Hombre acaba de repartir con manos llenas, de dilapidar antes de morir, el tesoro de gracias que había traído consigo al mundo. Después de aquella curación, la muchedumbre aumentó hasta tal punto que un jefe de publicanos, un hombre fuerte llamado Zaqueo, de pequeña estatura, tuvo que subirse a un sicómoro para verle. Jesús conocía el corazón de aquel ser menospreciado. Levantó la mirada y le llamó:

—Zaqueo, baja pronto, pues hoy me hospedaré en tu casa...

Zaqueo bajó apresuradamente y le recibió con alegría... He aquí que desde hace tres años sus enemigos le acusan de frecuentar a los pecadores. Hasta el final hará las delicias de los que le prefirieron a sus mancillas.

XXIII

LA COMIDA EN CASA DE SIMÓN

Un último descanso antes de las tinieblas, y todavía un poco de calor humano: Jesús, derrengado, no irá directamente de Jericó a Jerusalén. Tendrá que contemplar por una suprema vez unos rostros amigos, a ese Lázaro que no se acuerda de la orilla de los muertos de donde Cristo le retiró. La hacendosidad de Marta, muy lejos de irritarle, le será esta vez no menos dulce quizá que la contemplación de María; pues los que van a morir gustan de verse mecidos y colmados de humildes obsequios. Es día de sábado, el sexto día antes de Pascua.

Un leproso al que había curado, llamado Simón, le rogó que cenara en su casa con Lázaro y sus dos hermanas. Marta, según su costumbre, les servía a la mesa.

Aquella María que entró en la sala con una libra de perfume de nardo, ¿era la misma pecadora que había regado sus pies con lágrimas? Esa mujer contemplativa, ¿es otra arrepentida? Sea

como sea, María alcanzó aquel grado de amor que le revelaba su propia miseria, y ya no le quedaba más que imitar humildemente el gesto de la meretriz que quizás había sido. Entra, pues, tal como lo había hecho la otra, con un jarro de perfume.

Una atmósfera febril reinaba, en torno al hombre, que, tras haber resucitado a Lázaro, iba a la cabeza del pueblo a forzar las puertas de Jerusalén, a provocar a los pontífices, e incluso a los propios romanos. La esperanza en muchos de sus seguidores hacía callar el miedo. Y eso tanto más cuando que el adversario parecía vacilar: imposible prender al Nazareno durante la fiesta, sin amotinar al pueblo. El Consejo destacó cerca de Él a algunos observadores. El hombre de Queriot les demostraba deferencia, conservando cierta reserva: hasta el último minuto era imposible prever cómo acabaría la aventura. Como hombre inteligente observaba, pues, una prudente reserva, atento a aprovecharse del acontecimiento, y en secreto amontonaba un peculio sustraído de la bolsa común: lo seguro es lo seguro.

Un solo corazón, inadvertido por el amor, discernía en aquel hombre acostado, en este Jesús, una criatura llegada al final de su carrera, un ciervo derrengado que mañana caería víctima de la jauría. ¡Hacía tantas semanas que venía dando vueltas en torno a la ciudad, errando de retiro en retiro! La lámpara ya no tiene aceite (la lámpara de su cuerpo, se entiende). A Jesús ya sólo le queda la fuerza para soportar y sufrir. Es fácil imaginarse las miradas que cambian aquella santa mujer y el Hijo del Hombre. Los demás no ven nada. Mas Él sabe que María ha comprendido, mientras que el jarro de alabastro se rompe y esparce su perfume. Y María, humildemente, como una pecadora, seca con sus cabellos los pies adorados.

Y de repente se oye la voz de Judas, que les hace estremecer a Él y a ella:

—¡Hubiérase podido vender ese perfume en más de trescientos denarios y distribuirlos entre los pobres!

Jesús mantiene bajo su mirada a aquellas dos almas, la una consumida de amor, la otra prisionera de la avaricia y de los celos. Siempre había hablado a Judas con suma suavidad, como si estuviera intimidado por el horror de su destino:

—Déjala; ¿por qué la apenas? Lo que acaba de hacer por mí es una buena lección, pues siempre tendréis con vosotros a los pobres, y podréis hacerles tanto bien como queráis; pero a mí no me tendréis siempre. Esta mujer ha hecho lo que ha podido: de antemano ha embalsamado mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo que por doquier donde se predique la Buena Nueva, en el mundo entero, se contará igualmente lo que ella acaba de hacer, para glorificar su memoria.

¿Anuncia Él mismo su sepultura? Judas se acerca a los escribas que les están observando... Sólo ha retenido una palabra: sepultura. No ve más lejos de lo inmediato. Busca iluminación sobre los siglos venideros: «Doquiera que el Evangelio se predique, en el mundo entero...», no ilumina su corazón nocturno. Él también, acaso, está impresionado por los signos de cansancio y desgaste que aparecen en Jesús: un hombre acabado. ¡Y aún está a punto de exigir testimonios de idolatría, como los inventan esas mujeres que le lamen los pies!

Ya ha cerrado la noche. Una multitud se concentra en Betania, venida ex profeso de Jerusalén para ver a Jesús y a Lázaro. En aquella misma hora, los príncipes de los pontífices, reunidos en consejo, buscaban la manera de hacerles perecer a ambos. Sabemos por san Juan que el Señor pasó aquella última noche en Betania, sin duda en casa de las dos hermanas y el hermano. Los discípulos estaban ocupados con todo aquel pequeño pueblo exaltado que se preparaba para acoger al rabí; en

efecto, la entrada en Jerusalén estaba fijada para el día siguiente. En cuanto a Jesús, pasaba la noche en vela entre aquellos tres corazones. Juan debía de estar presente a su vez (el único entre los evangelistas que parece haber conocido muy bien a Lázaro). Quizá la propia Marta permaneció tranquila durante aquella noche, a los pies del Maestro. Acaso Jesús había advertido a María, mostrándole a su hermana tan humilde:

—También a ella le toca la parte mejor, que consiste en servir a los pobres (los pobres, soy yo mismo) sin perder jamás el sentimiento de mi presencia.

En el borde de aquel océano de sufrimientos, el Hijo de Dios acepta, por humildad, aquel consuelo: verse amado por los que Él ama. Conoció, a pesar de todo, esa dicha, de la que no tenía ninguna necesidad, puesto que lo recibía todo de su Padre. La casa estaba repleta del perfume de nardos. Marta habrá sin duda recogido con cuidado los fragmentos del jarro de alabastro y los conservaba en el hueco de su falda. Al ver los ojos fieles y levantados hacia Él, llenos de cariño y angustia, ¿pensaría Jesús en los párpados pesados de sus tres amigos más queridos, durante la noche de vigilia, ahora ya tan cercana?

LAS PALMAS

Al alba tuvieron que suplicarle: «Sobre todo, no pases la noche en la ciudad, sino ven a ocultarte aquí, al caer la noche...» La muchedumbre asediaba la puerta. Le llevaron un borrico. Montó sobre el animal y avanzó en medio de los gritos de niños y mujeres. Unas manos agitaban palmas. ¡He aquí, pues, el día con que soñara el hombre de Queriot! Había creído siempre que el Maestro,

a la cabeza de un pueblo armado y fanatizado, con la corona en la frente, haría temblar a los romanos ante su omnipotencia... Y esta esperanza decidíase ahora en el triunfo irrisorio de un rabí extenuado, ya prometido al patíbulo, de un hombre fuera de la ley que se precipita, sin darse cuenta, en la celada, en medio de un populacho imbécil. Por mucho que lancen sus prendas de vestir bajo los pies del borrico y aclamen al Nazareno como Hijo de David y Rey de Israel, cada uno de sus hosannas añade una espina a su corona, una punta más a las cuerdas de los látigos que han de flagelarlo.

Los fariseos protestaban:

—¿No tenéis vergüenza? ¡Hacedles callar!

Entonces, el pobre triunfador, desde el lomo de su asno, les lanzó el desafío sublime por el que el Dios se revela:

—¡Si éstos se callan, gritarán las piedras!

Aparecían ya, bajo el sol de la mañana, la ciudad y el templo. Jesús no apartó la vista de ellos. A Lázaro le iban dedicadas sus primeras lágrimas: esta vez lloraba sobre la ciudad. No la maldice, sino que descifra su horripilante historia; gime:

—¡Si conocieras también tú, a lo menos en este tu día, lo que toca a tu paz! Mas ahora estas cosas están ocultas a tus ojos. Vendrán sobre ti días en que tus enemigos te cercarán con baluarte y te pondrán cerco, y te acosarán por todas partes; te derribarán a tierra y a tus hijos dentro de ti; y no dejarán en tu recinto piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo en que fuiste visitada.

LUNES SANTO

Jerusalén, al acercarse la fiesta, desborda de judíos y hasta de gentiles.

—¿Quién es? —preguntábase la gente.

—Lo vimos con nuestros propios ojos... Resucitó a Lázaro en Betania...

Los pontífices discufían: ¿Cómo prenderle en pleno día, en medio de la muchedumbre de este pueblo fanatizado? ¿Sabría Judas Iscariote dónde su Maestro pasaba las noches? Pero ahora, apenas habiendo bajado del asno, Jesús ya no se escondía.

—Señor —le habían suplicado varios gentiles a Felipe—, quisiéramos ver a Jesús.

CUANDO EL GRANO NO MUERE

Jesús se hallaba en aquel momento en el recinto del templo y anunciaba la hora en que el Hijo del Hombre iba a verse glorificado. ¡Qué gloria más sombría! Según sus palabras, para triunfar era preciso morir, y para salvar su vida, perderla: «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, se queda solo; pero si muere, produce muchos frutos...» (La tierra conocía de antemano el secreto de la renuncia del Creador, del sufrimiento redentor. Este misterio estaba inscrito en la Naturaleza.)

Inmediatamente después de pronunciar esas palabras, Jesús se interrumpe. Creeríamos ver su mano temblorosa deslizarse desde su frente sobre sus ojos, como para no ver, a dos pasos de Él,

aquella puerta abierta ya sobre las tinieblas: «Ahora mi alma está turbada, y ¿qué voy a decir?» El hombre se debate en Él; el cordero presente el matadero, no quiere avanzar más y se resiste: «¡Padre, líbrame de esta hora!» Mas inmediatamente se domina; había venido por aquella misma agonía, por aquella manera de morir. Y no se dirige al pueblo, sino a sí mismo para reconfortarse cuando lanza su grito de victoria:

—Y yo, cuando fuere elevado de la tierra, lo atraeré todo hacia mí.

Todo, incluso a los que van a torturarlo. Y también todas las cosas, y la carne purificada de Lázaro.

Se le asediaba con preguntas absurdas. Iba a morir, todo estaba decidido, y aún nadie acertaba a comprenderlo. Acababan de llegar las últimas jornadas; nunca más el autor de la vida tocaría la tierra con sus pies, ni con sus manos acariciaría la frente de los niños; ¡y ellos no estaban deslumbrados por aquella certidumbre! Agotadas sus tuerzas, este gran vencido sólo podía repetir con voz débil:

—¡Soy la luz! La luz ya sólo estará en medio de vosotros muy poco tiempo... Sed hijos de la luz.

MARTES Y MIERCOLES

Por la noche, tal como lo tenía prometido, se ocultó en Betania e hizo otro tanto durante las noches siguientes. Acaso no habitaría en casa de Lázaro, descubierta ya desde hace tiempo por sus enemigos. La vertiente oriental del Monte de los Olivos, donde san Marcos asegura que se había refugiado, colinda, efectivamente, con Betania.

En la mañana del martes tomó nuevamente el

camino de Jerusalén y maldijo de paso una higuera que no llevaba frutos, sin duda para anunciar cuál sería el destino de la ciudad.

Sin embargo, todos los días diríjese al templo (¡qué fatiga, ya antes de la suprema caída!) Y Jesús vuelve a comenzar a batirse, sostenido en apariencia por todo el pueblo. A los fariseos que le interrogan como a un culpable, se atreve a contestarles como si fuese un juez. Contra las astucias de aquellos zorros, opone a veces la astucia divina. Cuando ellos le preguntan: «¿Por qué autoridad estás obrando?», les contesta con otra pregunta: «El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres?» Los zorros se turban y balbucean: «No lo sabemos...» Pues si hubieran contestado «de los hombres», hubieran sublevado al pueblo que veneraba en Juan a su último profeta. Y de haber respondido «de Dios», Jesús les hubiera replicado: «¿Por qué no habéis creído entonces en Él?» Balbucean, pues, que no lo saben. Entonces Jesús triunfa:

—Pues bien, yo tampoco os diré por qué autoridad hago estas cosas.

Pero el pueblo lo ha comprendido ya todo. Los fariseos se apartan. El rabí, contento de su victoria, vuelve a mostrarse tan familiar como durante las primeras jornadas, explicando historias, y ahora todo el mundo empieza a comprender su sentido. Por ejemplo, el hombre que tenía dos hijos y que dijo a uno de ellos que fuera a trabajar en la viña, y su hijo se niega, luego cambia de parecer y va. El otro hijo contesta: «Voy allí, Señor», y no va... El más humilde de los que le escuchan sabe bien que el padre de familia de la parábola es el Padre celestial y que las prostitutas y los publicanos arrepentidos son los hijos de la luz, pero que los fariseos sometidos a la fe y que la traicionan en su corazón son unos malditos.

LOS VIÑADORES HOMICIDAS

Precisamente vuelven. El tono del Señor cambia inmediatamente y se hace agresivo. En efecto, para ellos solos, no para sus propios discípulos, inventa la parábola de los viñadores homicidas, tan audaz, tan transparente que los príncipes de los pontífices quieren prenderle en aquel mismo instante, y lo hubieran hecho efectivamente, si el pueblo no les hubiese inspirado miedo.

El hombre que ha arrendado su viña, envía uno a uno a sus servidores a los viñadores para reclamar su parte del vino, pero aquéllos les pegan a uno tras otro y les obligan a huir. Entonces, el amo de la viña se dice: «¿Qué hacer? Enviaré a mi hijo bienamado; acaso al verle le tendrán respeto.» Mas cuando los viñadores le vieron, se dijeron unos a otros: «Este es el heredero, matémosle, y su heredad será nuestra.» Y habiéndole expulsado de la viña, le mataron.

Una profecía a tan breve vencimiento hubiera tenido que conmover todos los corazones; es el Hijo bien amado que, en aquel mismo instante, se está dirigiendo a los viñadores homicidas; la cruz existe ya en alguna parte, en algún almacén donde los patíbulos se guardan. Judas fija la cifra de treinta dineros. Pilatos lee un relato sobre el tumulto que causa entre el pueblo un curandero nazareno. Y, entretanto, aquel aventurero astuto, sobre el cual la sinagoga tiene puestos los ojos y que no irá muy lejos ahora, interpela a los zorros especializados en las Escrituras y les obliga a desojarse en los textos. Mas Jesús, mirándoles, dijo: «¿Qué significa, pues, esta frase de la Escritura: la piedra que han rechazado los que construían llegó a ser la piedra angular? Quienquiera

que cayere sobre dicha piedra, será quebrantado, mas sobre el que la piedra cayere, le desmenuzará.»

Si había en el mundo, en aquel instante, un acontecimiento totalmente imprevisible e inconcebible, era por cierto el eco universal de las diferencias de un predicador nazareno con los pontífices de Jerusalén. Estos últimos no se asustaron. Mas se daban perfecta cuenta de que no conseguirían nada sin los romanos. El delito de blasfemia no existía a los ojos de Roma, de modo que se trataba de hacer recaer sospechas sobre Jesús, y éste es el sentido de la insidiosa pregunta formulada por agentes provocadores:

—¿Nos está permitido pagar el tributo a César?

DAD AL CÉSAR

Veinte años antes, en el momento de la anejió al Imperio, otro galileo llamado Judas había resuelto el problema con la negativa, y fue matado junto con sus partidarios. Si Jesús recurrió a la célebre frase: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», era por la sencilla razón de que en este drama, preparado desde la eternidad, no convenía que los romanos tuvieran otra intervención que la de verdugo. Israel se valdría de ellos para inmolar a su víctima, mas la víctima le pertenece primero a él. Roma, en la persona de Pilatos, no encontró nada que reprochar a Jesús.

Mas, ¿hasta dónde llega el derecho del César? Y, ¿dónde empieza el derecho de Dios? Aquí se inicia un debate sin fin. Hasta el día en que dicha frase fue pronunciada por un pobre judío refractario y destinado a los suplicios, el César era divino y los dioses pertenecían al Imperio, mucho más

que el Imperio a los dioses. Y he aquí, de repente, erigido fuera, y por encima de toda tiranía, el poder de Aquél al que el hombre emancipado reconoce por único Señor sobre la tierra y el cielo. La conciencia humana continuará sufriendo las peores violencias: no por eso quedaría menos libre de ahora en adelante: el martirio sólo alcanza el cuerpo, y todas las fuerzas del Estado vendrán a aniquilarse, de siglo en siglo, en el umbral de un alma santificada.

XXIV

EL ÓBOLO DE LA VIUDA

El duelo entre la Sinagoga y el Hijo del Hombre ha llegado a su punto muerto. Los fariseos ya dejan de interrogarle para no verse humillados ante la muchedumbre. En el decurso de lo que se está tramando, aguardan pacientemente. A veces, el Nazareno les provoca: «¿Cómo dicen que Cristo es hijo de David? David le llama "Señor", ¿cómo podría ser, pues, su hijo?» Pero los fariseos se escabullen; ya están preparando su réplica, que será sangrienta.

En la espera de la hora, el Hijo del Hombre ya apenas actúa. Se contenta con mirar pasar a las gentes: a los escribas vestidos con largas togas, saludados por todos a causa de sus plegarias que no se acaban nunca, los fieles que colocan su ofrenda en el templo. Apoyado en una columna, en el recinto del templo, Jesús se irrita, se mofa de los fariseos, pero al mismo tiempo se entenece a la vista de la viuda que ofrece a Dios su misma indigencia. ¿Qué vale una limosna que no nos priva de nada? Acaso no hemos dado nunca nada.

PROFECIA DE LA RUINA DEL TEMPLO Y DEL FIN DEL MUNDO

Así, durante aquellas últimas horas, Jesús, aparentemente fuera de combate, mira pasar a las gentes, como un agitador vigilado por la Policía se hallaría sentado hoy en la terraza de un café, sabiendo que se le puede detener de un momento a otro.

Comoquiera que ya ningún rostro retenía su atención, sus ojos quedaron fijos en el mismo templo. Una voz familiar se eleva a su lado: «¡Ah, Maestro!, ¡qué piedras más hermosas! ¡Cuán adornadas están! ¡Qué edificio!» Entonces, Jesús dijo:

—Días vendrán de que no quedará piedra sobre piedra que no sea derribada.

Nadie, entre todos los que le habían seguido, se atrevió a contestar, mientras franqueaba el Cedrón, que discurría junto a la parte baja del templo, y subía al Monte de los Olivos. Mas tampoco hubo ninguno que no quedase deprimido por aquella profecía, la peor que podía herir el oído de un judío. Por fin, todos se decidieron a la vez:

—Maestro, ¿cuándo ocurrirán estas cosas? ¿Por qué signo se reconocerán que están a punto de acontecer?

El Hombre-Dios, al final de la carrera, ya semiemancipado del tiempo en que había quedado sumergido durante treinta años, hablará sin tener en cuenta la duración; pues es Jesús, el Señor, para quien, según la epístola de Cefas, «un día es como mil años, y mil años son como un día...»

Muchas almas se sintieron turbadas por la profecía de la ruina del templo de la ciudad, confundida con el fin del mundo. La fe de muchos quedó

quebrantada por la frase: «Esta generación no pasará sin que todo esto quede cumplido...»

Las persecuciones contra los cristianos, el sitio y la ruina de Jerusalén, sí, aquella generación fue testigo y víctima de ello. Sólo los cristianos supieron escapar a los soldados de Roma y encontrar salvación en las montañas, según lo que les tenía recomendado el Señor: «Cuando veáis a Jerusalén rodeada por ejércitos, sabed que la desolación está cerca... Entonces, los que estén en Judea, que huyan a las montañas... Que no se den el tiempo de volver a bajar para buscar un manto...»

Mas entre aquella ruina y los signos en los astros y en las mareas que anunciarán el comienzo del fin, Jesús no sitúa ningún intervalo determinado: «Jerusalén será pisoteada por los pies de los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se hayan cumplido.» En cuanto sigue con su ojo eterno el desenvolvimiento de la historia, Jesús ya no es un ser humano que prevé el porvenir, sino el Hijo de Dios que, provocando la concordancia de los tiempos, les gritaba a los fariseos:

—¡Antes de que Abraham fuera, yo soy!

Y el que lo sabe todo, tampoco ignora que su visión no está conforme con la de los suyos y que les induce a error. Mas este error bienaventurado les armará de una esperanza bastante fuerte para conquistar la tierra. Nada contará ya a sus ojos de las glorias de este mundo condenado, y condenado a breve vencimiento. Si hubieran creído que tras diecinueve siglos los cristianos tendrían que esperar todavía la manifestación del Hijo del Hombre, acaso se hubiesen dormido.

A decir verdad, el Señor, borrando las perspectivas, no engaña a sus amigos. En efecto, el mundo se acaba para cada uno de nosotros en el día de nuestra muerte. Y bien es cierto que nadie de nosotros sabe ni el día ni la hora en que el sol se apagará para él, cuándo la luna habrá acabado de bañar sus noches, cuándo las estrellas se per-

derán todas al mismo tiempo en la inmensa tiniebla que se cerrará sobre él. Y el Anticristo surge en cada una de nuestras vidas, en la hora en que menos le esperamos; los falsos profetas vienen con su veneno y los magos con sus filtros: «Vigilad, pues no sabéis ni el día ni la hora.» Las vírgenes están locas por no haber llevado consigo el aceite, y dejáronse vencer por el sueño porque el esposo tarda en acudir, hasta que se despertaron en medio de la noche por el terrible grito: «He aquí que el esposo está ante la puerta...» Terror de la muerte súbita.

Y, sin duda, un día Jesús resplandecerá en las nubes con gran potencia y gloria. Y aquel día, el «tiempo de los gentiles» se nos aparecerá con el mismo aspecto en que lo viera el Cristo durante los días de su carne. En aquella luz que iluminará de lleno, no tanto el destino de las razas y de los reinos como el de cada alma humana en particular, la historia del mundo quedará reducida a miles de millones de historias individuales. Y todos los machos cabríos estarán a la siniestra, y todos los corderos a la diestra.

Entonces el rey dirá a los que están a su diestra: «Venid, benditos de mi Padre; tomad posesión del reino que os ha sido preparado desde el origen del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era extranjero y me habéis visitado, encarcelado y vinisteis hacia mí.» Los justos responderán: «Señor, ¿cuándo os vimos tener hambre, y sed, cuándo os vimos extranjero, y desnudo, y enfermo, y en prisión?» Y el rey les contestará: «En verdad os digo, que todas las veces que hicisteis esto a uno de esos pequeños, mis hermanos, me lo hicisteis a mí...»

¡Qué esperanza más grande! Todos aquellos que no descubrieron que su prójimo era el propio Jesús pertenecen, pues, a la masa de los que ignoran a Cristo o le olvidaron. Si no, no le plan-

tearían esta cuestión. Y, no obstante, son ellos los bienamados. Entre los que llevan la caridad en el corazón no depende de nadie no servir a Cristo. Alguien que cree odiarle le ha consagrado su vida; pues Jesús está oculto y enmascarado en medio de los humanos, escondido entre los pobres, entre los lisiados, los encarcelados y en los extranjeros (los metecos). Muchos de cuantos le sirven oficialmente no han sabido nunca quién es; mas muchos otros que no le conocen siquiera de nombre, oirán el último día las palabras que abran ante ellos las puertas de la alegría: «Era yo aquellos niños, era yo esos obreros; yo estaba llorando en aquella cama de hospital; era yo tal asesino en la celda cuando tú le estabas consolando.»

XXV

JUEVES SANTO

Todas las noches le llevaban a Betania. Estaba ya padeciendo la angustia de lo que iba a sufrir: toda la Pasión existía ya en su pensamiento, la vivía, azote por azote, escupitajo por escupitajo. Arrastraba ya aquella cruz de madera. ¿Vio a su madre en aquellos últimos días? Acaso habrá salido ella de su noche, pues Él ya no tenía fuerzas para rechazarla. Los discípulos observaban a su Maestro y se callaban, aferrándose a la promesa de que Él volvería muy pronto, ocurriese lo que ocurriese, como cierto hombre salido para un viaje y que llama a la puerta, de noche, o al cantar el gallo... Sí; ellos velarían. Una noche, uno de ellos tuvo que preguntar a los demás:

—¿Dónde está Judas?

Otro contestó que el ecónomo no se atrevía ya a aparecer en la casa de Betania después de lo que había dicho acerca del perfume de nardos. Y Jesús, que sin duda caminaba el último, encorvado bajo el peso del árbol invisible, veía en aquel mo-

mento en espíritu al más razonable de sus discípulos tratar con el vencedor a base de treinta dineros: «Por fórmula —debía decirles—, para no despreciar vuestra oferta...»

La última noche antes de la agonía, el jueves, al cantar el gallo, advirtió a Pedro y a Juan que fuesen a la ciudad para preparar la cena pascual. La Pascua de aquel año caía en sábado. ¿Por qué Cristo quiso celebrar aquella cena, no en la vigilia, como todos los judíos, sino ya una noche antes? Sabía, sencillamente, que al día siguiente sería ya Él el inmolado cordero.

Sin duda, un amigo estaba advertido de antemano para que esperase a los dos discípulos junto a la puerta de la ciudad. Quedaba entendido que llevaría un jarrón de agua para que Pedro y Juan pudieran conocerle. Aquel hermano había preparado en los altos de su casa las alfombras y las almohadas en torno a la mesa baja, haciendo inmolarse en el templo el cordero de ritual.

Jesús caminaba absorbido en su amor.

«Antes de la fiesta de Pascua —escribe san Juan—, Jesús, sabiendo que su hora había llegado para pasar de este mundo a su Padre, después de haber amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.» Apenas llegados, se disputaron los asientos en torno a Él, sin darse cuenta del día ni de la hora. Juan se acomodó a su diestra. El hombre de Queriot debía estar más cerca por el otro lado, pues Jesús pudo darle con su mano un bocado mojado en el plato.

—He deseado con un anhelo ardiente cenar con vosotros esta Pascua, antes de sufrir.

El hombre en que iba a apoyarse el árbol, un patíbulo, recibió en aquel momento el peso vivo de una cabeza. Según el rito, Jesús bendijo la primera copa de vino. Mas las disputas volvieron a empezar. Comoquiera que cada cual pretendía ser

el más grande, les recordó que entre ellos el más grande debía ser el más pequeño:

—Y yo estoy en medio de vosotros como quien sirve.

Y, buscando inmediatamente el rebajamiento total, les lavó los pies, Él, el autor de la vida. Lavó los pies de Judas, que no se lo impidió. Sólo Pedro se debatía, protestando. Fue preciso que Cristo le amenazara:

—¡Si no te los lavo, no tendrás parte conmigo!

—Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza... —dijo Pedro.

EL OLOR DE UN ALMA

En otro momento, Jesús hubiera sonreído. El alma pura y simple de Cefas resplandeció, mas, al mismo tiempo, muy cerca de Él, trascendía ese olor de corrupción y de muerte espiritual que el Señor ya no podía soportar más. Ya no se contiene y murmura:

—No estáis limpios todos. —Vuelve a dominarse inmediatamente—. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavar los pies los unos a los otros.

El olor de aquella alma le atormenta. Ya es incapaz de soportarlo. Los otros once no han adivinado nada, ni comprendido lo más mínimo. Acaso no quieran mucho a su compañero, demasiado fascinado por los dineros. Pero, en fin, tiene toda la razón al defender la bolsa común; es un hombre algo cazarro, pero cada cual tiene su carácter. Jesús ya no tiene fuerza para disimular.

—En verdad os digo que uno de vosotros me traicionará...

Esta frase estalla en la sala sombría en donde trece judíos están sentados ante un plato humean-

te. Se produce un gran silencio y cada uno de aquellos hombres se pregunta a sí mismo, examina su conciencia, y todos asedian al Maestro:

—¿Soy yo, Señor?

A la siniestra de Cristo, muy cerca de su oído, la voz de Judas tiembla:

—¿Soy yo, Maestro?

Ninguna provocación; sin duda, él mismo no lo sabía aún y estaba indeciso. En el fondo de su ser una lucha le desgarraba, lucha desesperada, en el sentido más fuerte de la palabra, y que tantos cristianos conocen: cuando el alma, herida a muerte, se debate sabiendo que al final saldrá vencida. Judas había amado a Jesús, y acaso le ama, aun a pesar de su rencor y su deseo de no solidarizarse con el más débil. Las treinta monedas valen sobre todo como signo de su alianza con el Gobierno. De todas maneras, el pobre Jesús ya estaba perdido. Judas se siente desfallecer; su angustia no es fingida cuando pregunta: «¿Soy yo, Maestro?» Él solo debía oír la respuesta pronunciada con voz muy baja y que le delataba de una vez para siempre.

—Tú lo has dicho.

Y de nuevo, el Señor comunica su secreto, con acento desgarrador, porque acaba de perder a uno de sus pequeñuelos, pues Judas era uno de los que El mismo había escogido, algo menos querido que los demás, acaso; mas durante todos aquellos tres largos años, debían haber cruzado, en tal o cual circunstancia, palabras cariñosas, y hubo sin duda un perdón dado y recibido.

—El Hijo del Hombre se va, según está escrito. Pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Más valdría para él no haber nacido.

En el pesado silencio que siguió, Pedro hizo un signo a Juan, que estaba apoyado en el hombro de Jesús, para preguntarle: «¿A quién se refiere?» Juan sólo tuvo que levantar la mirada y

mover apenas los labios para ser comprendido:

—Señor: ¿quién es?

Acaso Jesús se hubiera contenido y no hubiese confiado el secreto a ningún otro. Sin embargo, una vez llegado a los fines de su vida, en aquel último acto, ¿qué podría haber aún oculto para aquel que oye respirar por la última vez? (¡Cuán poco pesa aquella cabeza y cuán pesada sería la cruz!) Le susurra, pues:

—Es aquel a quien yo diere el pan mojado.

Y habiendo mojado el pan en su plato, tendió el bocado a Judas, que, sentado al otro lado, debía de haberle oído; por lo menos habrá visto la cabeza de Cristo inclinarse sobre la de su discípulo preferido. En aquel instante preciso «Satanás entró en él». Loco de celos estaba Judas; era demasiado sutil para no haber comprendido que se le mantenía aparte, que si Juan había sido siempre el más preferido, él era el menos amado... El odio se desencadena de repente en el alma de aquel desgraciado, un odio angelical, y el Hijo del Hombre ya no se hallaba con fuerzas para soportarlo, Él, que aún tenía que sufrir toda la Pasión. Aquella presencia real, sustancial, de Satanás en un alma creada para el amor, excedía lo que aún le quedaba como fuerzas. Le suplicó, pues:

—Lo que tienes el designio de hacer, hazlo pronto.

Los otros creyeron que le enviaba a distribuir limosnas, o a comprar lo que les hacía falta para la fiesta. Judas, loco de odio, se levantó. Puesto que el propio Maestro le enviaba a su destino, ¿por qué hubiera resistido, él, que acaso jamás había reposado su cabeza en el hombro de nadie? El corazón de Cristo jamás había latido junto a su oído. Había sido querido en la medida precisa y mínima para que su traición resultare imperdonable. Su rencor le ahogaba. Abrió la puerta y se adentró en la noche.

LA EUCARISTIA

Aquellos mismos entre los apóstoles que no sabían nada, sentían la atmósfera como aliviada. Acaso Judas había dejado la puerta entreabierta. El Maestro había bajado los ojos y todos contemplaban aquel rostro familiar, rostro que no conocían, amasado constantemente y vuelto a modelar por unos sentimientos desconocidos y no humanos. Sostenía entre sus dedos un mendrugo de pan. Lo partió con sus manos santas y venerandas, y lo distribuyó en pedacitos entre ellos, diciendo:

—Tomad, éste es mi cuerpo.

Cogió luego la copa y, tras haber dado gracias, se la dio a ellos y todos bebieron. Y les dijo:

—Ésta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza, que será derramada para muchos. En verdad os digo que no voy a beber nunca más del fruto de la vid, hasta el día que vuelva a beberlo con vosotros en el reino de Dios.

¿Comprendieron que acababan de recibir parte de aquel cuerpo y de aquella sangre? El Hijo del Hombre estaba allí, sentado al centro de la mesa, y al mismo tiempo cada uno de ellos se percataba de que Él se estremecía en su fuero interno, palpataba, ardía como una llama que no hubiera sido nunca más que un refresco y una delicia. Por primera vez en este mundo se consumaba la maravilla: poseer lo que se ama, incorporarse a ello, alimentarse con ello, confundirlo con su propia sustancia y sentirse transformado en su amor vivo.

Podemos medir el amor de que se desbordaban los discípulos por las palabras que Jesús pronunció inmediatamente después. En efecto, llamaba «hijitos» a aquellos hombres rudos que estaban en la fuerza de la edad; y, como una bocanada

de sangre, la ternura brotó de repente de aquel corazón que la lanza iba a abrir pronto:

—Hijitos, aún un poco estoy con vosotros. Me buscaréis, mas, como dije a los judíos: donde yo voy vosotros no podéis venir; así os lo digo a vosotros también ahora. Os doy un mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros como yo os he amado. En esto todos conocerán que sois discípulos míos si tenéis amor los unos a los otros.

Y ahora se dirige a Simón. El Príncipe de este mundo, aquella noche, quedará desencadenado; y ellos mismos, los pobres hijos, agobiados... Él, Pedro, tendrá que confortar a sus hermanos, una vez acabada la dura prueba... Impetuosamente, el apóstol le interrumpe y se declara dispuesto a ir con Jesús, tanto a la cárcel como a la muerte. Jesús discierne en él en aquel minuto, la gota más amarga del cáliz que va a beber. Porque ese hombre, el más fuerte entre todos y que lanza gritos, transportado como se halla de amor y confianza, lo negará por tres veces. Jesús se lo advierte suavemente. Mas Pedro, fuera de sí, insiste:

—Cuando se trate de morir contigo ¡no te negaré!

Y todos protestaban como Cefas. Se habían levantado de la mesa, rodeando a Jesús, cuya mirada, deslizándose por encima de sus cabezas, contemplaba aquel árbol desnudo en medio de la noche del mundo, aquel patíbulo que, por fin, estaba a punto de alcanzar. Los once comprendieron que se acabaron las risas y el asombro de los judíos ante los milagros. Sin esfuerzo, profieren bravatas: «Tenemos aquí dos espadas...» Jesús se encoge de hombros: «¡Son más que suficientes!» No tiene necesidad de espadas, sino de fe: «Que vuestro corazón no se turbe...» Ellos saben adónde va conocen el camino... La voz cándida de Tomás se deja oír:

—No, Señor; nosotros no sabemos adónde vas; ¿cómo conoceríamos, pues, el camino?

Hasta el fin toman cada una de sus palabras, en el sentido más material. Jesús le dice:

—Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie llega al Padre sino por mí.

Y, comoquiera que Felipe le corta la palabra: «Mostradnos al Padre, y ello nos basta...»

—Hace ya mucho tiempo que estoy con vosotros, ¿aún no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a mí ve también al Padre —replica Jesús.

No se irrita más por la inteligencia que no pudo vencer, pero que el Espíritu acabará por superar. El diminuto grupo se ha hecho más apretado en torno suyo. Como todos los hombres que temen morir, ya no son más que unos niños asustados por la noche. Y el Hijo del Hombre, cuyo amor se esparcía antaño en forma de palabras violentas y amargas, ya roto, ya encorvado antes del primer bofetón, antes del primer latigazo, los ampara bajo sus alas, los calienta con sus palabras a través de las que el hombre y el Dios se traicionan por turnos: ¡Qué cariño y qué poder más enormes! Y les inicia en el misterio de la Unión.

—No os dejaré huérfanos; vendré hacia vosotros. Aún un poco de tiempo más, y el mundo ya no me verá; pero vosotros me veréis, porque yo vivo y vosotros viviréis. En ese día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése me quiere; y el que me quiere será querido por mi Padre; y lo querré y me daré a conocer a él. Si alguien me quiere, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y nosotros iremos hacia él, y haremos en él nuestra morada.

Una gran calma reina ahora entre ellos; ya no tienen miedo. Son amigos de Jesús, unidos a Él y en Él. Ya degustan con superabundancia la herencia que les tiene prometida: la paz ardiente.

—Os dejo la paz, os doy mi paz; no la doy como la da el mundo. Que vuestro corazón no se turbe.

La hora se acerca. Ya no puede permanecer en

aquel lugar: «Levantaos, vámonos de aquí.» Les lleva consigo fuera de la morada y se detiene por un instante en el vestíbulo. Jamás les había hablado como esta noche. Ahora saben que su amigo es Dios y que Dios es amor. Y el que había descansado su cabeza en el hombro del Hijo del Hombre, se graba para siempre en la memoria cada una de sus palabras.

—Yo soy la vid y vosotros los sarmientos. Como mi Padre me amó, también yo os he amado. Vosotros morad en mi amor... para que mi alegría esté con vosotros...

¿Qué necesidad tenían de comprender más? Toda la Ley Nueva cabía en una sola palabra, la más profanada en todos los idiomas del mundo: amor.

—Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros, como yo os he amado. No existe amor mayor que el dar la vida por los amigos.

Ellos no habían escogido a aquel Maestro adorado; era Él quien los escogiera en medio del mundo. El mundo que quedó rechazado, les profesa odio, como odia también a Cristo, y se verán perseguidos por su amor, pero el Espíritu será sobre ellos.

Los once, nuevamente, se turban porque Él les ha dicho: «Un poco de tiempo más y volveréis a verme...» Jesús, lleno de piedad, quisiera persuadirles de su alegría en cuanto hayan bebido y comido con Él, una vez resucitado:

—En verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, mientras el mundo se regocijará; mas vuestra aflicción se cambiará en alegría. La mujer, cuando da a luz, sufre porque su hora ha venido; mas en cuanto ha parido un niño, ya no se acuerda de sus dolores, por el gozo de que un hombre haya nacido en el mundo...

Se sienten como abrasados por aquellas palabras. Le interrumpen con cierta especie de enajenamiento: «He aquí que hablas abiertamente y sin

valerte de ninguna figura. Ahora vemos que sabes todas las cosas... Creemos que has salido de Dios.»

El Hijo del Hombre, que durante tres años ha sufrido tanto a causa de su falta de fe y su lentitud en comprender, no se alegra mucho ante aquel estallido. Suspira: «Ahora creéis...» Y de repente, con voz dura, dice:

—He aquí que la hora viene, y ya ha venido, en que seréis esparcidos cada uno por su parte, y me dejaréis solo.

Sin embargo, se domina inmediatamente, ante aquellos pobres rostros desolados. No, no les tiene rencor a sus bienamados. Toda la miseria que caerá sobre ellos, Él ya la conoce de antemano, Él ya la está sufriendo. Los once serán los más débiles, al igual que aquella noche, su Maestro ya abatido, les toca los hombros. Y, no obstante, ¡cómo yergue de repente el busto ese Nazareno de la clase baja al que la fuerza armada acecha, ese judío declarado fuera de la ley que será cubierto de escupitajos! ¡Con qué acento soberano lanza el desafío que, más allá de sus jueces y verdugos, pasando por alto incluso al propio Tiberio, alcanza al triunfador angélico de aquella noche!

—¡Tened confianza; he vencido al mundo!

LA PLEGARIA SACERDOTAL

Venció al mundo, pero puso fuera del mundo a aquel grupo de los que no perecerían. Y se glorifica de ello ante el Padre, a la entrada de la arena, en el umbral de la noche (el primero de innumerables hermanos que por odio a su nombre serán entregados a la Bestia). Antes de dar el paso, se recoge durante un instante y reza.

Aquella frase, varias veces repetida en los Evangelios, en cierra un misterio infinito; «Jesús se re-

tiró para rezar...». Suplicar al Padre, Él, que es consustancial con el Padre. ¿Es inteligible esto? Nosotros, que fuimos creados a la imagen de Dios, toda meditación nos vuelve a conducir al centro de nuestro ser, como si nos hablásemos a nosotros mismos. El cristiano más pobre, después de la comunión, o sencillamente en estado de gracia, y que divinice la presencia de las tres Personas, tampoco podría volver en sí, sin estar bañado del Dios que le posee.

Una analogía lejana nos ayuda así a meditar sobre ese misterio: la plegaria del Hombre-Dios que sólo forma una unidad con Él, al que suplica.

Se habla, pues, a sí mismo, y al mismo tiempo a otro. Mas esta vez, en el borde de las tinieblas, una criatura asiste a ese coloquio del Padre y del Hijo: un muchacho, Juan, el hijo de Zebedeo. Acaso no haya podido recoger más que palabras inconexas. Quizá le fue dado compartir aquella meditación muda, y la plegaria del Maestro adorado, sin que el silencio quedase roto, se grababa versículo por versículo en el corazón del discípulo atento.

Él solo se acordó, sin duda por haber sido el único que pudo oírlo, de aquella plegaria. El «hijo del trueno», todavía el día antes exigía un trono para sí y para su hermano, buscando su ventaja personal, por sentirse preferido; con ello, tuvo audacias de niño al que se le perdona todo; un día interrumpe a su Maestro para vanagloriarse por haber prohibido a un hombre de expulsar los demonios en nombre de Jesús, ¡como si Jesús le perteneciera a él solo! Un muchacho, lo que significa ser ávido, violento, cruel, llegó al extremo de querer que el fuego del cielo exterminara la ciudad de Samaria que no quiso acogerles.

No obstante, era el preferido: el joven a quien Jesús amó, pero que no era rico como otro cualquiera y que no poseía grandes bienes (aun cuando fuese de mejor familia que la mayor parte de los discípulos: su padre, Zebedeo, tenía a su ser-

vicio a unos mercenarios, y Juan parece haber sido un familiar de la casa del gran pontífice). Tenía el espíritu más desenfadado, más abierto; y esto no es mucho decir; el discípulo que Jesús quería más, irradiaba genio. Como casi todos los santos, desde Pablo hasta los Padres de los primeros siglos, hasta Agustín, hasta Buenaventura, hasta Tomás, hasta Francisco, hasta Juan de la Cruz; pero él solo más que todos ellos: colmado de los dones del Espíritu.

¿Le hubiera sido suficiente aquella inteligencia abrasada por el amor para verse introducido en el misterio de la postrera oración del Hijo del Hombre? Quizá no, pero su cabeza se había apoyado en el pecho del Señor, y durante aquel minuto infinito él llegó a convertirse en otro; el hijo del trueno sería, de entonces en adelante, el hijo del Amor, el que durante la Cena había reposado su frente en el corazón de su Dios; sorprendió un secreto que no olvidará nunca más: lo que los ojos habían visto, lo que las manos habían tocado, lo que los oídos habían sentido, concierne al Verbo de la Vida.

Asombran las palabras de triunfo que nos ha transmitido, por haber sido proferidas tan pocos instantes antes de la postración y el desgarramiento de Getsemaní. La plegaria de Cristo, de que Juan se acuerda, resplandece con una certidumbre tranquila, como si el Señor aprovechase aquel minuto último antes de que todo el poder se abandonase a las tinieblas:

—Padre, la hora ha llegado: glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique, ya que le diste autoridad sobre toda carne... La Vida eterna consiste en que te conozcan como al único Dios verdadero y conozcan a Jesucristo, a quien Tú enviaste... Por ellos estoy rezando ahora; no rezo por el mundo, sino por los que Tú me diste, pues son tuyos...

Durante un instante contempla aquel océano de dolor en cuya orilla se halla; lo descuida para

contemplar su obra eterna: aquel nudo indefectible de la criatura santificada y de su Dios en la persona del Hijo: «con tal de que sean como nosotros somos uno, yo en ellos y tú en mí, para que queden consumados en la unidad...».

Sin embargo, ¿cuáles son las fronteras de este mundo por el que no reza? ¿Cuál será el destino eterno de este mundo rechazado?

XXVI

GETSEMANÍ

He aquí el momento de adentrarse en la noche. En cuanto haya franqueado aquel umbral, comenzará su Pasión. Recita el «halel», que es la acción de gracias pascual, y abre la puerta. Baja, da la vuelta al Templo que la luna de Pascua ilumina, y llega a un recinto al pie del monte de los Olivos. El reducido grupo suele dormir a menudo en aquel jardín, desde que Jesús se ve perseguido. Se le llama Getsemaní porque hay en él una prensa para las aceitunas. Era su refugio habitual cuando no llegaban hasta Betania.

En aquella noche, los once no hacen nada que les parezca extraordinario: según su costumbre, dormirán en el suelo, envueltos en sus mantos. El Maestro lleva consigo a Pedro, Santiago y Juan, y se aleja para rezar: también esto es completamente normal, y los discípulos no tienen razón para asombrarse.

A un tiro de piedra de sus tres amigos más queridos, Jesús se ha postrado de bruces contra la tie-

rra. Su alma está triste mortalmente; tiene miedo, y es preciso que haya conocido el miedo. El olor de sangre le hace estremecer; experimenta ese terror de la carne, este erizamiento ante la tortura física:

—¡Padre, si vos queréis, alejad de mí este cáliz...!

Una parte de su ser quisiera escabullirse a tan atroz vocación:

—Que tu voluntad sea hecha y no la mía...

Esto significa que la suya en aquel momento sería la de escapar a tamaño horror. Retira de su frente una mano húmeda. ¿De dónde mana aquella sangre? La súplica se hiela en sus labios; se escucha. Todo hombre, en determinadas horas de su destino, en el silencio de la noche, ha conocido la indiferencia de la materia ciega y sorda. La materia aplasta a Cristo. Experimenta entonces en su carne esa ausencia infinita. El Creador se ha retirado y la creación no es más que un fondo de mar estéril; los astros muertos jalonan los espacios infinitos. En las tinieblas se oyen gritos de bestias devoradas.

Aquel judío confundido con la tierra, aplastado contra el suelo, se levanta. El Hijo de Dios llegó a tal punto de rebajamiento que necesita un consuelo humano: cree que ha llegado su turno de descansar su testa llena de sangre en el pecho de alguien. Se levanta, pues, y se acerca a los tres dormidos («dormidos de tristeza», dice san Lucas).

Mas ellos están vencidos por el sueño, inmóviles. El sueño es más fuerte que todo el amor; ya lo sabemos también. Jesús, prisionero de su humanidad, en el momento en que tendría necesidad de los suyos para no desfallecer, choca en ellos contra esa ley de la semimuerte, del amodorramiento y del sueño. El propio apóstol más amado duerme con toda la fuerza de su juventud. Diríase que le aniquila su propia energía.

—¿No habéis podido velar una hora conmigo?

Se levantan, suspiran un poco, vuelven a caer. El Maestro se arrastra hasta el lugar que ya está marcado con su sangre, se hinca de rodillas, extiende sus manos de ciego, hasta que de nuevo se ve rechazado hacia sus amigos..., pues ellos, por muy insensibles que fuesen, están allí, y Él puede sacudirles o tocar sus cabellos. El Hijo del Hombre está reducido a ese movimiento pendular del amodorramiento del hombre a la ausencia de Dios, del Padre ausente al amigo dormido.

Cuando se arrastra hasta ellos por tercera vez, se incorpora por fin con los ojos todavía cerrados y no sabiendo qué contestar. Si la luna iluminaba aún, acaso el Cristo vio aquellos pobres rostros afeados y entumecidos, mordidos por las barbas.

—Dormid ahora y descansad.

Ahora ya no necesita de nadie, sino de sí mismo. Permanece inmóvil, ya no con la faz contra el suelo, ni inclinada hacia los dormidos. Escucha los suspiros, los ronquidos de aquellos tres *cuerpos y, más allá, un ruido de pasos y de voces...* Y, por fin:

—¡Levantaos! El que debe traicionarme ya se acerca.

Con premura, se juntan a los demás discípulos, les despiertan, y todos se reúnen en torno suyo, que se confunde en el grupo. El tribuno que sale de la noche, acompañado de la gente del gran pontífice y algunos soldados de la cohorte, llevando antorchas, sólo percibe a la luz de las llamas un pequeño grupo sombrío de judíos, y no ve a nadie que se destaque del mismo, mandándolo. El Autor de la vida es uno de aquellos nazarenos barbudos, inidentificables, ya que es preciso que Judas designe expresamente. El hombre de Queriot tuvo la idea del beso: «El que yo besare, es Él...»

Idea sobrenatural que el traidor jamás hubiera descubierto él solo. Esta traición mediante el beso desconcierta al que, sin embargo, lo espera-

ba todo. ¡Aquella boca en su mejilla! le dice: «Amigo mío, ¿por qué estáis aquí?» Y cuando los soldados le rodean: «¡Tracionas al Hijo del Hombre con un besol!» Hasta el final, la criatura se asombra. Creía haber apurado hasta la hez la bajeza humana; sin embargo, todavía quedaba aquel beso.

En un principio hubo cierto tumulto. Los apóstoles no se abandonaron en seguida, pues sabían que su Maestro era todopoderoso; y como quiera que Cefas, con su espada, cortó la oreja de Malco, el servidor del gran pontífice, Jesús le ordenó que devolviera su sable a la vaina; les apartó y, como una madre, se adelanta, amparando con su actitud a sus hijuelos.

—¡Yo soy! Dejad ir a todos éstos; hubierais podido detenerme cualquier día en el templo. Pero es vuestra hora...

A la luz de las antorchas, la jauría se abalanzó sobre aquella víctima consentida. Entonces, todos los demás huyeron, salvo un muchacho desconocido que se hallaba allí, y que no tuvo siquiera el tiempo necesario para vestirse. ¿De dónde vino aquella postrera fidelidad? Le prendieron, pero con una astucia de muchacho ágil, les abandonó en las manos la sábana que le envolvía y se escapó.

Jesús fue conducido a casa de Anás (suegro de Caifás, el gran sacerdote), que mandó que le ligan más estrechamente, y le envió a su yerno. Caifás velaba con los ancianos del pueblo y algunos miembros del sanedrín. Acaso jamás había visto antes a Jesús. El hacedor de milagros, el enemigo de los pontífices ¿no sería más que esto, un pobre diablo? No obstante, le interrogó primero, con ese tono que aún tantos siglos más tarde no habrán perdido los jueces de Juana de Arco: con prudente benignidad. El acusado contesta que había hablado siempre abiertamente al mundo, en la sinagoga y en el templo, y que nunca dijo nada en secreto:

—¿Por qué me interrogas? Pregunta de lo que les he dicho a los que me han oído; saben bien lo que les he enseñado yo.

¿Habrá alzado un tanto la voz? ¿Hablabla todavía, sin saberlo, como Maestro? La primera bofetada cayó en su mejilla; una pesada mano de soldado.

—¿Así contestas al gran pontífice?

—Si he hablado mal, hazme ver lo que he dicho de malo; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?

Era preciso, pues, una base de acusación. Dos hombres declararon que el acusado había pretendido destruir el templo de Dios, para volver a construirlo en tres días. El gran sacerdote se levantó:

—¿Lo oyes? ¿No tienes nada que contestar?

TRAICIÓN DE ÇEFAS

La noche, al declinar, era muy fresca. Un gran fuego ardía en el patio, encendido por las gentes de servicio. Todos cuantos rondaban el palacio, en espera del alba, se habían acercado a la llama. De la sombra surgía un círculo de rostros y manos tendidas. Una doméstica se fijó en un rostro barbudo que le parecía conocer:

—¡Pero si es el hombre que estaba con Él! Pedro se sobresaltó.

—Mujer, no le conozco para nada...

Había entrado en el patio, gracias a un discípulo al que la portera del gran pontífice conocía. Desconfiada, la mujer le había mirado el rostro diciendo:

—¿No pertenecía a la misma banda?

Y ya Pedro había negado. Ahora se aleja del fuego para no ser conocido. Un gallo ronco anunciaba precozmente el alba; Pedro no le oyó, tem-

blando de frío y de miedo. Los otros volvían a reunirse en torno suyo:

—Verdaderamente también éste estaba con él, porque es galileo.

—¡Sí! ¡Eres galileo! ¡Tienes el acento!

Un testimonio peligroso fue aportado por un pariente de Malco:

—Le vi hace un rato en el jardín.

Pedro, aterrado, protestaba, juraba por Dios que no conocía a aquel hombre, y tan elocuentes eran sus imprecaciones que sus acusadores vacilaban y volvieron a calentarse, dejándole a solas. El cielo palidecía. Un gallo, de nuevo, se puso a cantar. El día se levantaba en aquel pobre corazón. Todo salía de la noche, todo se iluminaba en él, al mismo tiempo que las azoteas del palacio y de las casas, y las copas de los olivos y de las palmeras más altas. Entonces se abrió una puerta. Empujado por los sirvientes, apareció un hombre, con las manos atadas, carne de horca y de presidio. Miró a Pedro. Acumuló en aquella mirada todo un tesoro infinito de cariño y perdón. El apóstol contempló con estupor la faz ya entumecida por los golpes. Ocultó la suya en ambas manos, y una vez fuera vertió más lágrimas que cuantas había vertido desde que naciera.

Jesús había llegado ya a los escupitajos. Empezó todo cuando Caifás le intimidó a contestar: «Por Dios vivo te conjuro a que nos digas si eres Cristo, hijo del Bendito.» Entonces, el silencio se irguió de súbito y pronunció distintamente.

—Yo soy. Y veréis al Hijo del Hombre sentarse a la derecha del Altísimo y viniendo en las nubes del cielo.

Hubo un grito de horror. Un primer escupitajo dio en su rostro; luego, muchos otros. Unos criados le abofeteaban. Le velaban la cara y le golpeaban a puñetazos:

—Cristo, ¡adivina quién te ha golpeado! —y se reían a carcajadas.

Si no hubiera sido de estatura más bien pequeña, de haber tenido en su porte esa majestad que nosotros le prestamos, la chusma se hubiera mantenido a raya. Pero no, el Nazareno no tenía nada con qué imponerse a aquella hez surgida de las cocinas... Por lo menos en aquel momento, ¡hasta una persona corriente tiene tantas caras! La sorda radiación de la Transfiguración, en determinadas horas, hubiera debido irradiar de esta augusta Faz que nos ha revelado la fotografía del Santo Sudario de Turín. Si nosotros tenemos el rostro de nuestra alma, ¡cómo debía ser el del Hijo de Dios! Mas sin duda Él quiso empañarla. Una voluntad todopoderosa de borrarlo todo destruyó en la Santa Faz todo cuanto hubiese podido hacer vacilar a los verdugos. Bien es verdad que hasta la pureza de un rostro provoca el odio y desencadena el insulto. Los brutos tenían a un Dios a su merced y se entregaban libremente y con alegría a torturarlo, como ciertos marineros que martirizan al grumete que les ha sido entregado indefenso.

La Pasión hubiera podido limitarse a los escupitajos, que significan una abyección mayor que la que nuestra endeble fe es capaz de soportar. Y, no obstante, el poder de Jesús sobre las almas arraiga en esa conformidad con el sufrimiento de los humanos; y no sólo con los dolores normales de la condición humana. No es forzoso que en el mundo haya un prisionero, un mártir, un condenado inocente o culpable que en Jesús ultrajado y crucificado no encuentre su propia imagen y su propia semblanza. Cierta joven asesino de la avenida de Mozart, de París, arrastrado por la acera en medio de una muchedumbre, para la reconstitución de su crimen, recibió a su vez un escupitajo en la cara lanzado por una mujer, e inmediatamente tomó la apariencia de Cristo. Desde que su-

frió y murió, los hombres no se han mostrado menos crueles, no ha habido menos sangre vertida, sino que las víctimas han vuelto a ser creadas por segunda vez a semejanza e imagen de Dios; incluso sin saberlo, sin quererlo.

LA DESESPERACIÓN DE JUDAS

Mientras le arrancaban de manos de los sirvientes para arrastrarle hacia el Pretorio (sin duda la torre Antonia, que domina el templo), un hombre aterrado estaba contemplando su obra. No hay monstruos: Judas jamás hubiera pensado que aquello podía llegar a tales extremos. Un encarcelamiento, algunos azotes quizá, y el carpintero hubiera podido ser enviado de nuevo a su taller. Faltaba poco para que las lágrimas de Judas no se confundieran, en el recuerdo de los hombres, con las de Pedro. Hubiera podido convertirse en un santo, en el patrono de todos los que no cesamos de traicionar. El arrepentimiento le ahogaba: el Evangelio lo precisa al decir «que se arrepintió». Volvió a llevar los treinta dineros al príncipe de los sacerdotes y se acusó: «He pecado al entregar la sangre inocente...» Judas está al borde de la contradicción perfecta. A pesar de todo, Dios hubiera podido tener al traidor necesario para la Redención, y, por añadidura, un santo.

¿Qué le importaban aquellos treinta dineros? Acaso no hubiese entregado a Jesús de no haberle amado, de no haberse sentido menos amado que los demás. Los míseros cálculos de la avaricia no hubieran bastado para determinarse: en el momento mismo en que la cabeza de Juan reposaba en el pecho del Señor, Satanás pudo establecer en el de Judas su reino eterno.

«Entonces, habiendo arrojado el dinero en el

Templo, se fue para ahorcarse.» El demonio no ganó nada frente al último de los criminales que todavía cobija una esperanza. Mientras subsista en el alma más cargada una chispa de esperanza, no está separada del amor infinito sino por un suspiro. Y constituye el misterio de los misterios que aquel suspiro no llegara a exhalarlo el Hijo de la perdición.

Los sacerdotes, habiendo rehusado tocar aquel dinero, que era el precio de la sangre, lo emplearon en la compra de un campo para dar sepultura a los forasteros. Asesinaron al Hijo de Dios, ¡y no querían mancillarse con aquellas monedas! Así, en la vigilia de Pascua, no osaron penetrar en el Pretorio y era preciso que el procurador en persona se molestase para parlamentar con ellos desde el pedestal. Aquí salta a la vista la estupidez de la Letra; la letra que mata..., y en cuyo nombre fueron inmolados tantos corderos, empezando por el Cordero de Dios.

PILATOS

Pilatós odiaba y despreciaba al sanedrín, así como a Herodes Antipas; pero les temía. Había sido vencido por ellos, en Roma, cuando cierta disputa acerca de unos escudos de oro que el procurador había suspendido en el palacio real de Jerusalén y que tuvo que devolver a Cesárea, en su residencia habitual. Desde el momento en que perdió este pleito, el procurador desconfió de aquellos furiosos.

—Tomad vosotros mismos a ese individuo —les gritaba—; juzgadle según vuestra ley...

Pues bien; aquellos mismos judíos que temían mancillarse al pisar el suelo del Pretorio, en donde harían condenar a muerte a un inocente, profesan

que no les está permitido matar a nadie. Entre-garán a Jesús para que se le crucifique, pero no pronunciarán la sentencia. El fariseísmo, tan furio-samente denunciado por Cristo durante tres años, se descubre en aquel momento con toda su horri-ble fealdad.

Pilatos, exasperado sin duda, pero prudente, volvió, pues, al interior del Pretorio. No sabe qué pregunta plantear a aquel hombre lamentable, arrancado durante unos minutos a la jauría in-munda. Sería demasiado decir si afirmásemos que el procurador cedía ante la piedad. Sabíase ya qué era preciso halagar la manía de los locos:

—¿Eres el rey de los judíos?

Pero el Iluminado responde:

—¿Dices esto por ti mismo u otros te lo han dicho de mí?

Claro está que no está loco. Pilatos refunfuña.

—¿Soy yo judío? —pregunta humillado de verse mezclado a aquella historia de fanáticos.

Y, entretanto, el hombre habla:

—Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuese de este mundo, mis servidores combatirían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí... Tú lo has dicho: soy Rey. Nací y vine a este mundo para testimoniar la ver-dad.

Pilatos le dice:

—¿Qué es la verdad?

Si hubiese tenido el corazón de un mendigo, de una mujer perdida, de un peajero, hubiera ob-tenido la respuesta siguiente: «Yo soy la Verdad, yo, que te estoy hablando...» Pero Pilatos era un hombre serio, un gran funcionario: se hubiese en-cogido de hombros. Una virtud secreta actúa sobre él, sin embargo; ese hombre tiene «algo»... No sa-bía decir qué. Ya deja de considerarlo un loco. El sanedrín está desencadenado por la envidia. No se podría negar la potencia de aquella mirada, de aquella voz... Menosprecia Pilatos a los judíos; es

romano, pero es supersticioso. Nunca se sabe. El Oriente hormiguea de divinidades peligrosas. Y jus-tamente su mujer, que tuvo un sueño con respec-to a aquel justo, ha mandado decirle que no se mezcle en aquel asunto. ¿Por qué no libertarle? La desgracia quiere que los del sanedrín se hayan colocado en el terreno político: Jesús se declara rey y Mesías, y precisamente esta clase de agita-dores son los más odiados en Roma. Los adversa-rios de Pilatos bien lo saben, y vuelven contra él un arma temible. Es un asunto de poca monta, pero que podía perderle. Pilatos es un político, y como todos los políticos procura contemporizar con ambos bandos, y busca una salida. Súbitamen-te, se da un golpe en la frente: ¿No es acaso un nazareno? ¡Entonces, Jesús depende de Herodes! Pilatos está en malas relaciones con el Tetrarca, desde que, sin solicitar su autorización, hizo ma-tar a unos galileos sublevados; le hará, pues, esta deferencia, y ganará con la misma jugada en dos tableros: descargándose de Jesús, se reconciliará con Herodes, que precisamente se halla en Jeru-salén para asistir a las fiestas.

JESÚS ANTE HERODES

El asesino de Juan Bautista buscaba ya desde hacía tiempo la ocasión de ver a aquel famoso Je-sús, y le acogió primero bastante aparatosamen-te, rodeado de su guardia y su corte. El aspecto de aquel desgraciado debía confundirle. No obstante, le hizo numerosas preguntas. Mas el Hijo del Hom-bre se había convertido en estatua. A pesar de los gritos de los escribas, no contestaba nada a aque-l zorro, como un día había llamado a Herodes. El Tetrarca y la corte que le rodeaba era el Mundo por el que Jesús no había rezado. Los sacerdotes

le repugnaban menos que aquellos fútiles criminales, aquellos loros, aquella hez que se cree una selección:

—¡No! ¿Este es Jesús? ¡Qué decepción! Sólo por esto ya merece morir.

—¡Pero si me dijeron que se trataba de un hombre apuesto! ¡No tiene aire de profeta! Uno se siente tentado de ofrecerle una limosna.

—¡Es inaudito cómo nacen las reputaciones! Comparado con Juan Bautista, este no le llega ni a los tobillos. Es un mal imitador...

—Fijaos, os lo ruego, en su aspecto... ¿Quién, pues, se ha creído que es ese pobre diablo?

—Cree impresionarnos con su silencio...

Cansado ya, y no pudiendo arrancarle una sola palabra, Herodes, por mofa, le hizo vestir un vestido blanco y volvió a enviarle a Pilatos, a su amigo Pilatos.

BARRABAS

El alto funcionario tuvo que buscar otra salida, y creyó haberla encontrado cuando alguien le recordó que era costumbre, en la fiesta de Pascua, devolver la libertad a un preso designado por la multitud. El procurador salió, pues, de nuevo, y el pueblo interrumpió su gritería para oírle.

—No encuentro ningún crimen en este hombre. ¿Queréis que, según la costumbre, deje en libertad al rey de los judíos?

Si por ironía le llamaba así, ¡qué equivocación más grande! Los escribas y los sacerdotes, fuera de sí, contestaron con la consigna oficial: era preciso pedir la liberación del bandido Barrabás. No se oyó sino un solo grito:

—¡Barrabás! ¡Barrabás!

Pilatos se batió en retirada, procurando salvar

a aquel inocente de la muchedumbre fanatizada. Como quiera que no encontrase nada, su indulgencia de romano le inspiró una estratagema atroz: reducir a aquel hombre a tal estado de abyección y miseria que no pudiera haber nadie que osara dar la menor importancia a su reino irrisorio. Ello equivalía a arrancarle a una manada de lobos, para entregarlo a los soldados. Sabía perfectamente cómo esta gente cumpliría tal faena: al salir de sus manos, el rey de los judíos desarmaría hasta a los del sanedrín; inspiraría compasión hasta a los pontífices sin entrañas.

LA FLAGELACIÓN

Los soldados lo tomaron, pues, a su cargo; iban a divertirse en grande. Los látigos llevaban bolas de plomo. Todos nuestros besos, todos nuestros abrazos, esa prostitución de cuerpos creados para ser la morada del Amor, ese envilecimiento de la carne, esos crímenes cometidos no sólo contra la Gracia, sino hasta contra la naturaleza, los asume estrechamente el Hijo del Hombre.

La sangre que le cubre lo envuelve con un primer manto escarlata, sobre el cual los soldados van a poner otro, de tela esta vez, y que se pegará sobre la carne viva. En el suelo, se ven teas y haces de espinas.

—¡Voy a trenzar una corona para este rey! Mira; ponle esta caña entre las manos... ¡Viva el rey de los judíos!

Y se hincaban de rodillas, empujándose unos a otros; y los puños caían sobre el rostro, que ya no era más que una sola llaga.

ECCE HOMO

Cuando el romano vio lo que quedaba del judío se tranquilizó; los soldados cumplieron bien con su cometido, pues aquella criatura lamentable inspiraría vergüenza a quienes se lo habían entregado. Fue a advertirles personalmente con ese aire que significaba: «¡Ahora veréis!»

Volvió para buscarle y reapareció empujando ante sí a aquella especie de maniquí cubierto de oropes encarnados, tocado con una corona de espinas, con una máscara de escupitajos, pus y sangre, donde los mechones de cabellos quedaban pegados.

—«Ecce homo...» (He aquí al hombre.)

No se hincaron de rodillas. ¿Dónde estaban los leprosos curados, los posesos libertados, los ciegos a quienes había abierto los ojos? Muchos de los que habían creído en Él, y que esperaban aún contra toda esperanza, perdieron lo que aún les quedaba de fe ante aquella piltrafa humana. ¡Ah, que lo quiten de ahí! ¡Que desaparezca lo antes posible! ¿Cómo habían podido creer en «eso»? ¡Qué vergüenza!

Un grito inmenso: «¡Crucifícale!» desconcertó al procurador, que intentó gritar con más fuerza que sus contrincantes: «¡Pero sí es inocente!»

Entonces, un sacerdote se destacó de la multitud. Reinó un profundo silencio, porque hablaba en nombre de todos:

—Tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, por que se dice hijo de Dios.

Pilatos se sentía turbado. Hijo de Dios, ¿qué significaban estas palabras? Volvió al Pretorio,

mandó que le condujesen a Jesús y le hizo esta pregunta, sorprendente:

—¿De dónde eres?

En la mente del procurador no se trataba del origen terrenal de Jesús. No cabe la menor duda de que el romano presintió en aquella ruina humana una fuerza inmensa que era capaz de comprender. Pero Cristo callaba. Pilatos se impacienta. ¿Ignoraría ese hombre que su juez tiene el poder de crucificarle o devolverle la libertad?

—No tendrías sobre mí ningún poder si éste no te fuese dado desde arriba. Por esto, quien me entregó a ti pecó más gravemente.

A partir de aquel momento, Pilatos procuraba soltarle. Pero los judíos gritaban: «Si le libiertas, no eres amigo del César, pues quienquiera que se haga rey, se declara contra el César.» Pilatos, habiendo oído estas palabras, mandó conducir a Jesús fuera del Pretorio y se sentó en su tribunal, en el lugar llamado en griego «lithóstrotos», y en hebreo «gabbatha» (quedó descubierto aquel pavimento que pisaron los pies sagrados). Era víspera de la Pascua, y aproximadamente la sexta hora. Pilatos dijo a los judíos: «He aquí vuestro rey.» Pero ellos se pusieron a gritar: «¡Que muera! ¡Crucifícale!» Pilatos les dice: «¿Crucificaré yo a vuestro rey?» Los príncipes de los pontífices respondieron: «No tenemos otro rey que el César.»

Respuesta amenazadora. Pilatos comprendió que había ido demasiado lejos, que no salvaría a aquel miserable sin verse inmediatamente denunciado en Roma. Buscó una salida para salvar su responsabilidad legal: consistía en lavarse las manos en público y proclamarse inocente de la sangre de aquel justo. Les tocaba a los judíos contestar. El pobre pueblo gritó: «Que su sangre caiga sobre nosotros y nuestros hijos.» Cayó, y aún cae sobre ellos, pero no en una maldición eterna; el lugar de Israel está reservado a la diestra del Hijo de David.

EL CAMINO DE LA CRUZ

El ciervo es entregado a la jauría. ¿Cómo llevaría su cruz, cuando apenas puede arrastrarse? Simón Cireneo, padre de los dos discípulos, Alejandro y Rufo, se encargó de ello en su lugar. Dos bandidos caminan a su lado, arrastrando la misma madera, y sin diferenciarse en nada de Dios. Es preciso ver tal como era aquella cruz: tan diferente del trono que hemos elevado desde entonces y que erige al Cordero de Dios encima del mundo. La verdad resulta casi insostenible, mas hay que mirarla cara a cara: «Los primeros cristianos sentían un sacro horror a colocar a Cristo en una cruz —escribe el padre Lagrange—, pues habían visto con sus propios ojos los pobres cuerpos completamente desnudos, ligados a un grosero tronco en forma de T con una barra transversal, con las manos clavadas en este patíbulo, con los pies fijados a su vez por clavos, mientras el cuerpo se desplomaba bajo su propio peso, unos perros atraídos por el olor de la sangre devoraban los pies, los gavilanes volaban sobre aquel cuerpo sangriento, y el paciente, agotado por las torturas, ardiendo de sed, llamaba a la muerte con gritos desarticulados. Era el suplicio de los esclavos y bandidos. Era el mismo que sufrió Jesús.»

El Gólgota se yergue a la puerta misma de la ciudad. ¿Hubo una distancia suficiente para que se verificaran las tres caídas consagradas por la tradición? La vía es corta, y por ella avanza ahogado por la muchedumbre y arrastrado por los soldados. María quizá no se hallaba al alcance de sus ojos; pero estaba allí. Aprovechaba que su hijo y su Dios no tuviera ya ni fuerzas ni voz para

rechazarla: surge, por fin, del silencio y de la sombra, con la espada en el corazón. Ningún santo podrá abrazar la cruz tan estrechamente como la Virgen; se desposa con la Redención en silencio. No, la Madre no tuvo grito alguno, pues no se la nombra entre las mujeres que gemían en torno al condenado. En cuanto a Él, pudo sopesar en aquellos minutos el castigo de la ciudad y de su pueblo, midiéndolo en el exceso de su sufrimiento, y se estremecía por ellos. ¡«Llorad sobre vosotros y vuestros hijos!» Una de las lloronas se destacó quizás y le enjugó la faz con un trapo. Verónica no es nombrada por los evangelistas. Sin embargo, existe; no es ningún personaje inventado. No es posible que una mujer haya podido resistir el deseo de enjugar aquella faz terrible.

LA CRUCIFIXION

He aquí el instante más atroz: cuando le arrancan la tela pegada a sus llagas, luego los martillazos en los clavos, la erección del árbol, el peso del fruto humano, la sed apagada con vinagre, mirra y hiel, y la desnudez, la vergüenza de aquella pobre carne a la vista de todos... ¡Oh, refugio de la pequeña Hostia! Los verdugos cumplen su tarea de verdugos: no añaden nada a ello; Jesús reza por ellos, porque no saben lo que se hacen. Mas nada apaciguará el odio de los escribas y sacerdotes. Aún están allí ante aquella llaga viva, riéndose, encogiéndose de hombros, burlándose; no se cansan de triunfar: «¡Curó a los otros y no puede salvarse a sí mismo! ¡Baja de tu cruz y creeremos en ti! ¡Si eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo!»

Una sola sombra cae sobre su gozo: la inscripción que Pilatos clavó en el patíbulo: «Este es el

rey de los judíos.» Intentan una diligencia cerca del procurador para que introduzca una modificación: «que se decía el rey de los judíos». Pero el procurador ya está harto, y acaso desgarrado de angustia. Secamente le señala la puerta: lo que está escrito, está escrito.

En torno al patíbulo, tan cerca del suelo, la multitud se apretuja; tan cerca del suelo que el condenado aún podía ser blanco de los escupitajos. No cesan las burlas:

—¡Tú, que destruyes el templo de Dios y lo vuelves a construir en tres días, sálvate pues!

Que se salve a sí mismo y todos creerán en Él. Aquéllos a quienes Él quiere, se apresuran, montan una guardia en torno a su cuerpo, expuesto, cubriendo con su amor su desnudez, demasiado sangrienta, demasiado dolorosa para ofender mirada alguna. A través de la sangre y el pus, ve su dolor reflejado en unos rostros amados: los de María, su madre; María Magdalena y una de sus tías, esposa de Cleofás; Juan cierra acaso sus párpados. Y he aquí el episodio sublime, la última invención de Amor inocente y crucificado, que san Lucas es el único en relatar: «Uno de los malhechores suspendidos en la cruz le injuriaba, diciendo: «¿No eres tú Cristo? ¡Sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros!»

Sin embargo, el otro le respondió diciendo:

—¿No temes a Dios, tú que estás condenado al mismo suplicio? Para nosotros sólo es justicia, pues recibimos lo que han merecido nuestros crímenes; pero Él no hizo ningún mal.

Apenas hubo hablado cuando una gracia inmensa le fue concedida: la de creer que aquel otro supliciado, aquella miserable piltrafa humana que ni siquiera los perros quisieran, es Cristo, el Hijo de Dios, el Autor de la vida, el Rey del cielo. Y dice a Jesús:

—Señor, acuérdate de mí cuando hayas entrado en tu reino.

Entonces, Jesús le dijo:

—Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso.

Un solo movimiento de puro amor, y toda una vida criminal había sido aniquilada. Buen ladrón, santo obrero de la última hora, vuélvenos locos de esperanza.

LA MUERTE

Desde el fondo de su sufrimiento, Jesús envuelve en una sola mirada a los dos seres que más había amado y les confía uno a otro:

—Mujer, he aquí a tu hijo... He aquí a tu madre... —y también la nuestra, para la eternidad.

María y Juan no se abandonaron más. Y, de repente, suena aquel grito desgarrador, el más inesperado, y que aún hoy nos hiela la sangre:

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

Es el primer versículo del salmo XXII, de ese salmo que Cristo se había dedicado a vivir hasta la muerte. Sí, creemos con toda nuestra fe en que era preciso que el Hijo conociera tamaño horror: el abandono del Padre. Mas no es menos cierto que su pensamiento agonizante debía aferrarse a ese salmo cuyos versículos 6, 7 y 8 se cumplían en Él al pie de la letra en aquel momento mismo: «Y yo soy un gusano y no un hombre, oprobio de los hombres y la hez del pueblo. Todos los que me ven se burlan de mí: estiran los labios y mueven la cabeza diciendo: «Puso su confianza en el Señor, ¡que el Señor le salve, puesto que le ama!» Atravesaron mis pies y mis manos. Se reparten mis vestidos y se juegan a los dados mi túnica...»

Todo ello se cumple: la túnica sin costura se echa en suerte. Cristo moribundo se conforma a lo que se había vaticinado de Él. Y se pega a ello

con sus últimas fuerzas. Mas el abandono lo había conocido en Getsemaní. Ese primer versículo del salmo XXII, ¡cuántas veces habrá tenido que gritarlo, a lo largo de aquellos tres años abrumadores! (tal como nosotros mismos decimos, nosotros mismos suspiramos en las horas de fatiga y sufrimiento: «¡Dios mío!») Lo más extraño es que habiéndole oído gritar: «¡Eli! ¡Eli!», unos soldados pudieron creer que llamaba a Elías, y dijeron «Llama a Elías; vamos a ver si éste acudirá para salvarle...» Aquellas gentes sencillas conservaban aún, pues, un poco de fe. Dijo asimismo: «Tengo sed...» Una esponja mojada en vinagre se acerca a su boca. No era por maldad: el vinagre era utilizado por los soldados mezclado con agua. Luego Jesús dijo: «Todo está consumado...»

«Y bajando la cabeza, rindió el espíritu.» Mas antes exhaló aquel gran grito misterioso que hizo a un centurión golpearse el pecho diciendo:

—Este hombre era verdaderamente el Hijo de Dios...

No se necesita palabra alguna, pues, si al Creador le place, un grito basta para que su criatura lo conozca.

LA COLOCACION EN EL SEPULCRO

Nada queda ya de la oscura aventura de tres años, sólo tres cuerpos martirizados junto a la entrada de una ciudad, bajo un cielo de tempestad, un sombrío día de primavera. Espectáculo frecuente: como ejemplo, era costumbre dejar los cuerpos de los delincuentes, expuestos a todas las miradas y los ultrajes de las bestias, a las puertas de las ciudades. Sin embargo, el día de la Preparación, aquellos tres cadáveres no debían permanecer allí. A petición de los judíos y por orden

de Pilatos, los soldados acabaron, pues, con los dos ladrones, rompiéndoles las piernas. Como quiera que Jesús ya estaba muerto, se contentaron con la lanzada que le abrió el corazón, y Juan, con la cabeza apoyada acaso contra el cuerpo en harapos, vio salir por la herida abierta el agua y la sangre, y la sintió correr sobre sí.

Un discípulo secreto de Jesús, de aquellos que habían tenido miedo a los judíos mientras Él viviera, José de Arimatea, obtuvo del procurador el permiso de llevarse el cuerpo. Nicodemo, otro temeroso, buen político se manifestó en aquel momento y se acercó con cien libras de mirra y áloe. Es la hora de los tímidos. Ambos hombres, que no habían osado confesar a Cristo mientras viviera y que iban a verle en secreto y de noche, ahora, que ya está muerto, atestiguan más fe y ternura que los que hablaban. Nada les queda ya que temer ahora a todos aquellos ambiciosos, a los personajes encopetados; ahora, cuando acaban de perder a Jesús. ¿Qué podrían aún temer? Los judíos ya no pueden hacerles ningún daño. Todo se les puede quitar, puesto que acaban de perderlo todo; ya nada les importan aquellos honores que creían les importaba mucho, más que nada en este mundo, puesto que Jesús está muerto.

José de Arimatea poseía un sepulcro nuevo, en un jardín, en la vertiente del Gólgota. A causa de la fiesta, y comoquiera que el sepulcro se hallaba muy cerca, depositaron en él el cuerpo del Señor.

XXVII

RESURRECCIÓN

Unas nubes empañan el azul firmamento. Es posible que aparecieran los muertos, pero sólo más tarde hubo recuerdo de ello. Nosotros nos imaginamos más bien una noche primaveral, semejante a todas las noches primaverales, con el olor cálido y húmedo de la tierra, y ese cansancio carnal, ese vacío que yo, de niño, solía experimentar, después de la muerte del último toro, cuando la arena se vaciaba, como si mi propia sangre se hubiese empobrecido en toda aquella sangre vertida. Una cuenta saldada, un asunto acabado. Y tanto odio, ahora ya completamente inútil, caído sobre el corazón de los escribas. La inmensa tristeza de su raza se amontonaba en ellos; bastante para llenar los siglos de los siglos, con satisfacción, con incapacidad de saciarse. Los fariseos se inquietaban aún por lo que podía subsistir de agitación en torno al cadáver, incluso un cadáver tan deshonorado como aquél. Los que siempre habían visto claro se burlaban de los que se habían deja-

do impresionar por el impostor. Pero la Pascua llegaba ya y cada uno regresaba a su casa.

¿Dónde se escondían los amigos del vencido? ¿Qué subsistía de su fe? El Hijo del Hombre había entrado en la muerte, y, ¡por qué puerta! Su memoria no sólo resultará abominable para los judíos, sino incluso innoble. ¿Y su herencia, de la que tanto había hablado? Un signo de abyección. ¿Su victoria sobre el mundo? Los que le odiaban, lo habían pisoteado, aplastado, convicto de impotencia, o sea de impostura, a la faz de todo el mundo. No, ya nada quedaba por hacer para sus amigos, sino ocultarse, esconder sus lágrimas, su vergüenza, guardando silencio y esperando.

En efecto, a pesar de todo, esperaban algo, recordando ciertas palabras, y se aferraban a las mismas: su fe vacilaba, pero no su amor. Quizás entre ellos algunos corazones ardían en una locura de confianza que había sido ya la locura de la cruz. Sobre todo las mujeres, todas aquellas Marías... En cuanto a la madre de Jesús, ella no necesitaba tener confianza, pues «sabía». Mas la Pasión continuaba en ella. Los golpes no acababan nunca de caer sobre su Hijo, ni los escupitajos de mancillar la faz adorada. La Virgen no era capaz de detener en su corazón la efusión de la divina sangre. Cada grito vibraba todavía en aquel corazón, junto con el menor suspiro escapado de los labios exangües. La Virgen ya no era más que el Eco indefinidamente prolongado de la Pasión. Buscaba en su frente la huella de las espinas. Besaba las palmas de sus manos... Salvo que tuviera que cuidar de Juan, anonadado...

Aquí debería comenzar la historia del regreso de Jesús en el mundo. Más ello equivaldría a la historia de este mismo mundo, hasta la consumación de los tiempos. En efecto, la presencia de Jesús resucitado perdura todavía; estaríamos ten-

tados de decir que no la ha interrumpido su Ascensión: varios meses después de que los discípulos le hubiesen visto desaparecer, cegaba con su luz, en el camino de Damasco, a su enemigo Saulo, y le hablaba. Ahora bien, san Pablo jamás había dudado de que él fuera un testigo de la Resurrección, con iguales títulos que los que habían bebido y comido con el Cristo vencedor de la muerte. Así lo atestigua el famoso pasaje de la primera epístola a los Corintios:

«¿Os enseñé, ante todo, tal como lo había aprendido yo mismo, que Cristo murió por nuestros pecados, conforme con las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, conforme a lo escrito; y que se apareció a Cefas y luego a los once? Después de ello, apareció en una sola vez a más de quinientos hermanos, cuya memoria aún vive, y algunos se durmieron. Luego se apareció a Santiago, y después a todos los apóstoles. Después de todos ellos, se me apareció a mí, como el renacuajo.»

Y, sin duda, las apariciones de Cristo, que son la garantía de su Resurrección, no deben de ser confundidas con las que muchas almas pudieron conocer como beneficio, desde que subieran al cielo. No por eso es menos cierto que el que derriba a Pablo en el camino de Damasco es ese mismo Jesús que un Francisco, una Catalina, una Teresa, una Margarita María, un cura de Ars y tantos otros santos conocidos y desconocidos, ante la Iglesia o en las tinieblas de una vida oculta, oyeron, vieron o tocaron. Presencia que no es la presencia eucarística, pero de la que la diminuta hostia brinda una idea al cristiano más vulgar; volviendo a su sitio, recoge esa llama en lo más íntimo de su ser, esa palpitación del Amor cautivo.

Y esto es tan verdad que mientras tantos relatos evangélicos siguen siendo inimaginables para nosotros, no existe ninguno que se halle más cerca de nuestra experiencia vivida como los que se re-

fieren a Cristo resucitado. Y, primero, porque tampoco nosotros lo conocemos por otro medio distinto de su Pasión. Si a nosotros ya no nos llega desde el fondo de la muerte, nos llega siempre del fondo de su sufrimiento. Para alcanzar a cada uno de nosotros nunca acaba de atravesar nuestro infierno humano. El rostro que nosotros le conocemos no es el del judío a quien los soldados de la cohorte y los domésticos del gran sacerdote no hubiesen distinguido en medio de los otros, sin el beso de Judas. Es la faz abofeteada y magullada a causa de nuestros crímenes, es esa mirada apasionada y triste que nos sigue durante toda nuestra vida, de caída en caída, sin que el amor con que nos envuelve se debilite ni se desanime jamás.

No hay ningún encuentro de Cristo resucitado con algunos de los suyos que no recuerde inmediatamente al cristiano algún acontecimiento de su propia vida. María Magdalena llora ante el sepulcro, «porque se llevaron al Señor y ella no sabe dónde le habrán metido». Habiendo dicho aquellas palabras, se volvió y vio a Jesús de pie; y ella no sabía que fuese Jesús. Él le dijo: «Oh, mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» Ella, pensando que era el jardinero, le dijo: «Señor, si eres tú quien te lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo iré a recogerlo.» Jesús le dijo: «¡María!», y los ojos de la santa mujer se abrieron. Dijo: «¡Rabí!» Y nosotros también le conocimos alguna que otra vez, ¿por qué no confesarlo?, muy a menudo en sus sacerdotes. ¡Decimos tantas cosas malas de los sacerdotes! Y, no obstante, el cristiano que tiene la costumbre (acaso mala) de hincarse de rodillas en los confesonarios, le ocurrió varias veces oír la palabra inesperada, fulminante, recibir bruscamente de un desconocido suave y humilde de corazón, prisionero de aquel ataúd rodeado por una verja, el don de una ternura divina, un consuelo que no podía proceder del hombre.

La invocación de Tomás, llamado Dídimo, ¡cuántas veces surgió a nuestros labios, cuando también nosotros, con los ojos de la fe, con tanteadoras manos de ciego, vimos y tocamos los estigmas del Señor! «Dominus meus et Deus meus...» Mi señor y mi Dios. Posesión de todos, ofrecido, entregado a cada uno en particular.

Una vez, Jesús entró en la sala en la que sus discípulos se hallaban parapetados por temor a los judíos. Les había enseñado sus llagas; les había inundado con su paz y su alegría, y les había comunicado el poder de perdonar los pecados. (¡Certidumbre de verse perdonado! ¡Mano del sacerdote en nuestra frente, palabra de absolución que se vierte sobre nuestro corazón y nuestra carne, como el agua y la sangre del costado abierto por la lanza!) Tomás no estaba con ellos cuando Jesús llegó y no quiso creer lo que aquellos le contaban: «Si no veo en sus manos la huella de los clavos, y no pongo mi dedo en el lugar de los clavos y mi mano en su costado, no creeré...»

Ocho días después, Jesús apareció de repente y dijo a Tomás:

—Pon aquí tu dedo y mira mis manos, y ponla en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel.

Tomás le contestó:

—¡Mi Señor y mi Dios!

Jesús le dijo:

—Porque viste, Tomás, creíste. ¡Bienaventurados los que no vieron y creyeron!

Señor, a quien nosotros no hemos visto con nuestros ojos de la carne, creemos en Ti.

¿A quién de entre nosotros no será familiar el albergue de Emaús? ¿Quién no ha caminado por aquella ruta en una noche cuando todo parecía perdido? Cristo había muerto en nosotros. Nos lo quitaron: el mundo, los filósofos y los sabios, o nuestra propia pasión. Ya no había ningún Jesús

para nosotros en la tierra. Caminábamos por una senda y alguien caminaba a nuestro lado. Estábamos solos y no estábamos solos. Era la noche. He aquí una puerta abierta, la oscuridad de una sala en la que la llama del hogar no ilumina más que la tierra apisonada y hace bailar las sombras. ¡Oh pan partido, oh fracción del pan consumida a pesar de tanta miseria! ¡Quedaos con nosotros, pues ya declina el día...!»

El día declina, la vida acaba. La infancia parece más lejos que el comienzo del mundo; y de la juventud perdida, ya sólo percibimos el último rumor entre los árboles muertos del parque ya desconocido.

Cuando se encontraron junto a la aldea a la que se dirigían, parecía querer ir más lejos. Mas ellos insistieron diciendo:

—Quédate con nosotros, pues se hace tarde y ya declina el día.

Y Él entró en la aldea para quedarse con ellos. Habiéndose sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, y después de haber dado las gracias, lo partió y se lo dio. Entonces sus ojos se abrieron y le reconocieron; pero Él desapareció ante sus ojos. Y ellos se dijeron uno a otro:

—¿No es verdad que nuestro corazón estaba ardiendo en nuestro interior, cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?

En otra ocasión, Cefas, Tomás, Natanael, Santiago y Juan estaban pescando. Habían regresado a su Tiberíades, a su barca, a sus redes, «se situaron en la vida...» y debían pensar en sus familias. No conseguían pescar nada. Un desconocido les dijo que lanzasen su red a la derecha. Retiraron tantos peces que Juan lo comprendió inmediatamente. «¡Es el Señor, Pedro; es el Señor!» Y Pedro se lanzó acto seguido al mar, para alcanzar lo antes posible a su Bienamado. Está allí, en la pla-

ya. Es Él, no cabe duda. Humean unas teas. El sol seca las prendas de Pedro. Están asando su pesca; comen el pan que les da aquel Jesús al que ni siquiera le han preguntado: «¿Quién eres?» Nunca se está completamente seguro de que sea Él. Pero, ¡sí!, Dios mío, eres Tú, ¡eres Tú quien de repente nos formula la pregunta! (¡ah, qué pregunta más familiar para nosotros mismos! Pero ya no lo es la respuesta, desgraciadamente...)

—Simón, hijo de Juan, ¿me quieres más que éstos?

—Sí, Señor; bien sabes que te quiero...

—Apacienta a mis corderos...

Por tres veces se cruza aquel diálogo, en la playa, a orillas del lago. Luego, Jesús se aleja y Pedro le sigue; y Juan a alguna distancia..., como si hubiese perdido su privilegio del «más amado», como si el Señor resucitado no cediera ya más aquella preferencia de su corazón. No obstante, pronuncia, a propósito del hijo de Zebedeo, unas palabras misteriosas que harán creer a los demás discípulos que Juan no conocerá nunca la muerte. Y cuando, unas semanas más tarde, Jesús se evade del grupo de los discípulos, sube hacia el cielo y se disuelve en la luz, no se trata de una partida definitiva. Ya se ha emboscado en el recodo del camino que va de Jerusalén a Damasco, y acecha a Saulo, su perseguidor bienamado. A partir de entonces, en el destino de todo ser humano existirá ese mismo Dios en acecho.

F I N

INDICE

	Págs.
Prólogo a una nueva edición	7
Prólogo a la primera edición	19
I. La noche de Nazaret	23
El anciano Simeón	27
II. El niño entre los doctores	29
El joven Jesús	32
III. Fin de la vida escondida	35
IV. El bautismo de Jesús	39
La primera llamada	40
V. Caná	45
La llamada definitiva	47
VI. Los mercaderes expulsados del templo	51
Nicodemo	53
VII. La samaritana	55
VIII. Tus pecados te serán perdonados	61
La vocación de Mateo	65
IX. Judas	69
X. El sermón de la montaña	75
El centurión	81
XI. Los discípulos de Juan	83
La comida en casa de Simón	85
XII. Los demonios de María Magdalena	89
Parábolas	95
La tempestad apaciguada	97
Entre los gerasenios	98
La hija de Jairo y la orla del manto	100

XIII.	Herodes manda cortar la cabeza de Juan Bautista	103
XIV.	Curación del paralítico en el estanque de Bethesda	107
	Multiplicación de los panes	108
	Jesús camina sobre las aguas	110
	El pan de la vida	112
XV.	En el camino de Cesárea de Filipo	117
	La transfiguración	123
XVI.	Partida para Jerusalén	131
	Las ciudades malditas	132
	En Jerusalén	137
XVII.	La mujer adúltera	141
	Al igual del Padre	144
XVIII.	El ciego de nacimiento	149
	El Buen Pastor	151
XIX.	El buen samaritano	153
	Betania	154
	Pater noster	155
	El pecado contra el Espíritu	156
	De nuevo tranquiliza a los suyos	161
	Suspiros de impaciencia y angustia	162
	Breve estancia en Jerusalén	163
XX.	Cristo llora sobre Jerusalén	165
	Predilección para con los pecadores	167
	El hijo pródigo	168
	Mammón	169
	Los diez leprosos	170
	El reino interior	171
	El regreso de Jesús	172
XXI.	El matrimonio	175
	El joven rico	177
	Los obreros de la última hora	179
XXII.	Resurrección de Lázaro	181
	Se decide la pérdida de Jesús	184
	Solicitud de los hijos de Zebedeo	186
	Entra en Jericó. Curación de Bartimeo	187
	Zaqueo	188
XXIII.	La comida en casa de Simón	189
	Las palmas	192
	Lunes Santo	194
	Cuando el grano no muere	194
	Martes y miércoles	195
	Los viñadores homicidas	197
	Dad al César	198

XXIV.	El óbolo de la viuda	201
	Profecía de la ruina del templo y del fin del mundo	202
XXV.	Jueves Santo	207
	El olor de un alma	209
	La Eucaristía	212
	La plegaria sacerdotal	216
XXVI.	Getsemaní	221
	Traición de Cefas	225
	La desesperación de Judas	228
	Pilatos	229
	Jesús ante Herodes	231
	Barrabás	232
	La flagelación	233
	Ecce Homo	234
	El camino de la cruz	236
	La crucifixión	237
	La muerte	239
	La colocación en el sepulcro	240
XXVII.	Resurrección	243